

BBC
BOOKS

DOCTOR WHO

TOCADO POR UN ÁNGEL

Jonathan Morris



NUNCA MIRE HACIA ATRÁS...





Tocado por un Ángel

Jonathan Morris



Publicada en 2011 por BBC Books,
e impresa por editorial de Ebury Publishing.
Un grupo de la Compañía Random House.

Derechos de autor de Jonathan Morris.
El derecho de autor ha sido establecido.

Doctor Who es una producción de la BBC Wales para BBC One.
Serie originalmente transmitida por la BBC.

Doctor Who, TARDIS y su logo son marcas registradas por la BBC.

Traducción y Portada

Defender



Esta novela fue traducida en apoyo en a la maravillosa iniciativa de AUDIOWHO y a la colaboración desinteresada de un servidor.

Declaratoria

No se busca infringir ningún derecho de autor con la traducción de esta novela. Este trabajo es una iniciativa realizada por aficionados y para aficionados, con el único objetivo hacer esta obra accesible a todos aquellos whovianos de habla hispana.

Se prohíbe utilizar esta traducción con fines comerciales
Los derechos pertenecen a la BBC y Jonathan Morris.

Novelas, cómics y otras obras las podrá encontrar en:

<http://www.audiowho.com/>

Agradecimientos a webs y foros que han ayudado a difundir estas traducciones y menciones especiales:

- **Doctor Who Foro**
- **El Destornillador Sonico**
- **Papel Psiquico**
- **Asociacion Planeta Gallifrey**
- **Con T de Tardis**
- **Doctor Who Wiki en Espanol**
- **Doctor Who Spain**
- **Gmail, Facebook y Twitter**

“El pasado es como un país extranjero. Bonito para visitar, pero realmente uno no quiere vivir allí.”

En el 2003 Rebecca Whitaker muere en un accidente de tránsito. Su esposo Mark está aún de duelo. Él recibe un sobre maltratado, enviado ocho años antes, conteniendo una serie de instrucciones con un mensaje sencillo:
“Vos podés salvarla.”

Mientras a Mark le es dada una oportunidad para salvar a Rebecca, le toca al Doctor, Amy y a Rory salvar todo el mundo. Porque esta vez los Ángeles Llorosos están usando la historia misma como un arma.

Una emocionante y nueva aventura, presentando al Doctor, Amy y Rory, interpretados por Matt Smith, Karen Gillan y Arthur Darvill en la espectacular y exitosa serie de televisión de la BBC.

A mi esposa, Debbie.

ÍNDICE

Prólogo.....	8
Capítulo 1.....	13
Capítulo 2.....	25
Capítulo 3.....	35
Capítulo 4.....	48
Capítulo 5.....	60
Capítulo 6.....	71
Capítulo 7.....	80
Capítulo 8.....	91
Capítulo 9.....	99
Capítulo 10.....	112
Capítulo 11.....	118
Capítulo 12.....	128
Capítulo 13.....	138
Capítulo 14.....	148
Capítulo 15.....	160
Capítulo 16.....	168
Capítulo 17.....	178
Epílogo.....	192

PRÓLOGO

10 de Abril del 2003

¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap!

La lluvia salpicaba contra el parabrisas antes de que el limpiaparabrisas pasara limpiando el cristal, dirigiendo el agua hacia abajo hacia un llamativo canal encima del salpicadero. Más allá, las luces del automóvil develaban un estrecho camino rural surgiendo de la oscuridad, los altos setos a ambos lados que daban la sensación de estar conduciendo dentro de un túnel.

Rebecca frotó su frente. Otro dolor de cabeza. Probablemente debido al idiota que había pasado los últimos ocho kilómetros detrás de ella, con los faros brillando a la distancia en su espejo retrovisor. O la fatiga de conducir sin paradas desde Londres. Definitivamente allí no había otra explicación para su dolor de cabeza. Está bien, ella había estado sufriendolos casi a diario desde el accidente, pero eso no era razón para ir y ver a un médico, sin importar lo que Mark dijera.

Rebecca sintió que la ira la embargaba. Mark debería estar con ella ahora, realizando su tradicional visita bimensual a su familia en Chilbury. Él tenía una excusa, desde luego, él siempre tenía una excusa. Hubo una crisis en el trabajo y él se había ofrecido de voluntario para trabajar hasta tarde, para solucionarla, como era costumbre.

¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap!

La radio siseaba ya que perdió la señal del programa *El Mundo esta Noche*. No importaba. Rebecca ya sabía sobre qué serían las noticias. Todo sería acerca de la invasión de Irak. Durante semanas las noticias de la televisión no habían tratado de otra cosa, periodistas con chalecos antibalas reportaban en vivo desde las habitaciones de los hoteles, intercalando imágenes en infrarrojo, manchas verdes que brillaban de un lado a otro sobre una ciudad en llamas. Era como observar a alguien comentando un juego de computadora.

La gran historia del día de hoy había sido acerca de los soldados estadounidenses derribando una estatua de Saddam Hussein en alguna polvorienta plaza de la ciudad mientras el reportero farfullaba emocionadamente acerca de que ese sería un momento de gran significado en la historia. Al ver las imágenes de los héroes conquistadores desplegando su bandera sobre la estatua caída, Rebeca se había sentido enferma y avergonzada. Ellos repartirían barras de chocolate a continuación.

¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap!

Rebecca giró el dial hacia Radio 1. Un melancólica y popular tonada de piano emergió de los altoparlantes, presentando *Beautiful* por Christina Aguilera. Rebecca dejó sonar la canción, ya que se adaptaba a su estado de ánimo y no la distraería al conducir.

¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap! ¡Whiss-whap!

Al aproximarse a una curva cerrada que giraba hacia la izquierda, Rebecca cambió a la segunda marcha. Ella tomó la curva, para encontrarse repentinamente de frente a dos brillantes luces que se dirigían hacia ella.

Una bocina bramó como el rugido de un monstruo. Instintivamente Rebecca giró el volante hacia la izquierda para evitar el camión pesado de mercadería que venía sobre ella. El lado izquierdo de su automóvil se estrelló contra los setos, hojas y zarzas arañaban el costado. Su corazón latía con fuerza, Rebecca recordó, demasiado tarde, aplicar los frenos.

La parte delantera de su auto colisionó contra la parrilla del radiador del camión y el parabrisas estalló en un millón de cuentas de vidrio. El impacto lanzó a Rebecca hacia adelante, su cinturón de seguridad se tensó tanto que le sacó el aire de los pulmones. Escasamente un segundo después, Rebecca se encontró siendo lanzada a un lado mientras su auto se volcaba. Ella tuvo brevemente la sensación de estar en la montaña rusa de un parque de diversiones. A Rebecca nunca le habían gustado las montañas rusas.

Su único otro pensamiento fue observar con irónica diversión que eso era algo como sacado del programa Accidente. [N.T.: Casualty es un programa trata de

las experiencias tanto del personal médico de un hospital ficticio como de los de los pacientes que sufren accidentes e ingresan allí.]

Lo siguiente que supo, era que yacía en su asiento, mirando a través de un terreno fangoso. ¿Yaciendo en su asiento? Su asiento estaba volteado hacia arriba y su peso descansaba sobre su espalda. Pero si ella estaba aún dentro del auto, ¿por qué podía sentir la lluvia sobre su rostro? Ella no podía sentir dolor alguno, lo cual sin embargo, era un alivio.

Rebecca se maldijo. ¿Cuántas veces se había quejado su madre por teléfono acerca de los camiones que usan los pueblos como un atajo, incluso aunque el gobierno local haya instalado cámaras de velocidad? Ese fue un accidente que tenía que pasar, se dijo a sí misma. Y resultó que tuvo razón.

Rebecca se preguntaba por qué todo en el campo tenía un tono naranja, como si lo iluminara una lámpara de la calle. Un segundo después, todo se volvió oscuro, antes de que todo se encendiera de nuevo con el mismo tono naranja. El camión debe haber activado sus luces de emergencia. ¿Qué había sucedido con el conductor del camión? Por un momento Rebecca espero que él hubiera resultado herido, se lo tendría bien merecido, antes de desterrar la idea. Había sido muy afortunada en no sufrir lesiones.

Pero si ella estaba bien, ¿por qué no podía moverse? Rebecca trató de retorcerse en su asiento. Su cinturón de seguridad estaba tan ajustado que apenas si podía respirar. Pero nada pasó. Ella quería limpiar la lluvia de sus ojos, pero por alguna razón sus manos no respondían. Ella empezaba a preguntarse si estaba herida después de todo.

Fuera del automóvil, la luz naranja parpadeó de nuevo.

Ahora eso era extraño. Casi a seis metros de distancia, en el campo, se alzaba una estatua, como la que podría ser hallada en un cementerio o en un museo romano. La estatua era de una joven mujer, con el pelo recogido y una túnica suelta. Tenía dos alas. Un Ángel. La estatua estaba encorvada, con la cabeza enterrada dentro de sus manos como si llorara. Para aumentar el efecto, la lluvia goteaba de entre sus dedos.

La luz se apagó, regresando a Rebecca a la negrura. Ella pensó brevemente en las hogueras, en la noche de Guy Fawkes y las manzanas acarameladas. [N.T.: una celebración que se realiza la noche del 5 de noviembre, para conmemorar el

fracaso del atentado de destruir el Parlamento de Londres en 1605. Se queman en hogueras muñecos de Guy Fawkes. Las manzanas acarameladas son un plato típico de la celebración.] ¿Por qué estaba ella pensando acerca de hogueras? Entonces se dio cuenta que podía oler que algo se quemaba.

La luz naranja parpadeó de nuevo. Rebecca no podía estar segura, ¿pero no estaba la estatua sosteniendo su cabeza entre sus manos? Porque ahora el Ángel estaba mirando hacia ella con sus blancos ojos, sin pupilas.

Hubo oscuridad de nuevo. Y entonces la luz naranja.

La estatua ahora se había movido más cerca. Aún miraba hacia ella, con sus impasibles ojos de piedra. Su boca estaba ahora ligeramente abierta, como si buscara el aliento para hablar.

Oscuridad. Luz naranja.

Ahora la estatua estaba a solo dos metros de distancia. La engullía con su mirada, cerniéndose sobre ella. Atrapada dentro del resplandor parpadeante de un incendio y el espeso humo que ondulaba a su alrededor, su expresión había cambiado a un mueca de hambre. Sus labios se habían retraído, para revelar filas de afilados colmillos, como los de un murciélago. Llegó hasta Rebecca con la manos extendidas, con las uñas de sus dedos tan largas como garras.

Pero era imposible, Rebecca pensó. La estatua no se estaba moviendo. *No se estaba moviendo.*

Capítulo 1

7 DE OCTUBRE, 2011

Toby Murray era una persona que difícilmente le agradaría. Tenía una cara roja regordeta, flácida y sudorosa, y tenía un pésimo acento de East End.

[N.T.: Barrio bajo de la ciudad de Londres, donde sus habitantes, conocidos como Cockneys, se caracterizan un dialecto y acento distintivos, y con frecuencia emplean la jerga rimada Cockney.]

— ¿Quiere ganar éste, Mark? Vamos por ellos, maldición.

Mark suspiró. Esto no era como el programa La Ley y el Orden, se trataba de algo rutinario del derecho contractual. Él solo lo había aceptado porque los jefes de Toby eran uno de los más prestigiosos clientes de Pollard, Boyce & Whitaker, y porque Toby había, muy patéticamente, insistido en tratar con un socio mayor. Pero si Toby quería tragarse un montón de palabras técnicas de alto nivel, Mark estaría muy feliz en ayudarle.

— No obstante, recomiendo que elijamos nuestras batallas cuidadosamente, dijo Mark. — Encuentre tantos puntos en común como podamos, porque en este momento nuestra posición es tan sólida como un soufflé.

— ¿Entonces, qué me dice? ¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

— Hacer una auditoria de cada contrato, todos los que hayan cumplido y todos los que no. Necesitamos puntos de contacto, fechas, correos electrónicos y pruebas documentales, todo lo que podás darme.

Toby asintió y se puso de pie. — Lo tendrá todo el próximo lunes.

Mark presionó un botón para llamar a su asistente personal. — Tómese el tiempo que sea necesario.

Toby miró alrededor de la habitación, su mirada se posó en una fotografía que Mark mantenía en el estante frente a su escritorio. Toby silbó de la admiración mientras tomaba la fotografía. — ¿Quién es la muñeca?

La fotografía mostraba a Rebecca encaramada en el balcón de su habitación de hotel en Roma. El sol de la mañana brillaba en su cabello como un halo y daba a su piel un brillo dorado. Sus ojos estaban muy abiertos y eran increíblemente azules y una sonrisa de satisfacción se curvaba en sus labios.

— Mi, ah, esposa, dijo Mark sintiendo un súbito arrebató de ira. — Si solo la regresara de nuevo...

— ¿Su señora? Un poco joven, ¿cierto? ¡Bien hecho!

— Fue tomada hace tiempo, si solo la regresaras de nuevo...

— Oh, entiendo. Toby regresó la fotografía al estante. — Antiguas glorias. La mía es lo mismo. Un segundo después que ponés el anillo en su dedo, empiezan a inflarse. Es como si fuera una válvula.

Siobhan apareció en la puerta. — ¿Todo listo, señor Whitaker?

— Eso creo, dijo Mark secamente. — El señor Murray tiene un importante negocio que atender, sin duda.

Mark ofreció su mano a Toby. Él la estrechó intentando aplastar los dedos de Mark. Toby era uno de esos hombres que sentían importante establecer quién era el macho alfa.

— Hasta luego, compañero, dijo Toby soltándolo.

Siobhan guió a Toby fuera de la oficina antes de regresar y cerrar la puerta para que ambos no fueran molestados. — ¿Está todo bien?

— ¿Qué?, dijo Mark, frotando para que la sensación regresara a sus dedos.

— Solo escuché que mencionaban a su esposa.

— Oh, Toby solo miraba su foto, eso es todo.

— Ya veo, dijo Siobhan. Siobhan era una mujer atractiva de piel oscura de unos cuarenta años, una combinación letal de una sonrisa gentil con una actitud insensata. Ella estudió la fotografía de Rebecca. — Se ve muy feliz.

— Lo estaba, dijo Mark con orgullo. — Fue tomada la mañana después de que estuvimos juntos por primera vez.

Siobhan se dio la vuelta y miró con preocupación a Mark. — ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces, desde el accidente? ¿Ocho años?

— Sí, dijo Mark evitando su mirada al dar un vistazo por su ventana al tráfico en la hora pico en el paso vial elevado de Croydon. Nubes grises llenaban el cielo sombrío. Se ponía oscuro tan rápido en estos días.

— Ocho años. Eso es mucho tiempo para que aún esté torturándose. Rebecca no querría eso.

— Usted no sabe lo que Rebecca querría.

— Ella quería que usted fuera feliz. En lugar de utilizar lo sucedido como una excusa para ser miserable.

— ¿Una excusa?

— Debería salir más. Conocer nuevas personas. Mujeres. Solteras, mujeres *vivas*.

— ¿Esto es por Charlotte? Dos semanas antes, Mark había acudido a una cita con Charlotte, la amiga de Siobhan, una mujer atractiva y amistosa, cuya idea de una buena salida nocturna tristemente no incluía pasar tres horas en un bar de vino escuchando a tu cita hablar acerca de su esposa muerta.

— No necesariamente, dijo Siobhan. — Tengo otras amigas. Está Susannah, Joanne...

— Gracias, pero no, gracias. ¿Hay algo más?

— Solo esto. Siobhan deslizó a través de su escritorio un maltratado sobre acolchado aproximadamente del tamaño de un libro de bolsillo. Mark lo tomó. Su nombre y la fecha del día estaban garabateadas en el frente: *Mark Whitaker, 10/07/2011*.

— ¿Esto acaba de llegar?, dijo Mark dándole vuelta al sobre.

— No, un poco extraño en verdad. Al parecer ha estado acumulando polvo en el archivo los últimos ocho años con instrucciones estrictas de que debería serle entregado en esta fecha.

— ¿Ocho años?

— Un paquete misterioso, ¿no? Bueno, ¿va a abrirlo?

Mark pasó su dedo por la solapa donde el sobre había sido engrapado para cerrarlo. Algo sobre este sobre lo inquietaba. De repente sintió su espalda tan fría como una lápida. — No, dijo él. Si esto aguardó ocho años, unas pocas horas más no le harán daño.

Entonces se dio cuenta que había algo extraño respecto al sobre. El nombre en la parte frontal estaba fue escrito por *su puño y letra*.

Eran pasadas las ocho para el momento en que él caminó hacia la recepción. Si alguien más se había quedado en su oficina, habrían pensado que él estaba trabajando hasta tarde, cuando de hecho pasó la última hora jugando Killer Sudoku en la computadora. Posponiendo el momento en que tendría que salir al viento y la lluvia, y empezar el viaje de regreso a su apartamento frío y vacío.

— Buenas noches, señor Whitaker, dijo Ron, el guardia de seguridad nocturno.

Mark asintió para evitar iniciar una conversación con Ron, ya que tendría que preguntarle acerca de sus hijos y por todos los cielos, él no podía recordar sus nombres.

— Encantador tiempo, ¿eh?, dijo Ron indicando la calle de afuera. Las ventanas y el vidrio de las puertas se habían empañando, haciendo que las luces de la calle se vieran como manchas en la oscuridad.

— Sí, bueno, buenas noches Ron, dijo Mark. Pero antes de dar vuelta para marcharse él miró el monitor de circuito cerrado en el escritorio de Ron. Algo había llamado su atención. La pantalla en blanco y negro mostraba el área de la recepción con la calle de fondo. Alguien estaba mirando a través de unas de las puertas, con su cara casi tocando el vidrio. Como si esperara entrar. Mark se dio vuelta para mirar hacia la puerta, pero allí no había nadie.

Volvió a ver hacia el monitor en el escritorio de Ron, pero la imagen cambio para mostrar la vista de una de las escaleras de la oficina. Cuando la imagen volvió a cambiar al área de recepción ya no había una cara en la puerta.

Ron hizo una pausa mientras pasaba la página de su periódico *Daily Mirror*. — ¿Pasa algo, señor?

— No, no, nada, Mark abotonó su abrigo y se dirigió hacia la noche, teniendo el cuidado de usar una puerta diferente a aquella en la cual él había visto una cara blanca como el mármol mirando,



La lluvia dio paso a una llovizna mientras llegaba a la estación de combustible. Ajustando su abrigo firmemente a su alrededor, él se adentró en la congelante noche y cargó gasolina sin plomo por valor de treinta libras en el depósito. Mark empezó a caminar hacia la tienda para pagar cuando recordó el sobre, el cual había colocado en el asiento del pasajero. En lo que a él concernía, podría contener documentos legales confidenciales y no era el tipo de cosas que dejaba abandonadas.

Mark regresó a su automóvil y estudio el sobre bajo las luces del patio de la estación de gasolina. El nombre en la parte frontal definitivamente se miraba como escrito con su propia letra, pero eso no significaba nada; alguien más podía tener una letra similar a la de él. Pero estaba intrigado en porqué alguien dejaría un sobre con instrucciones para ser solo entregado ocho años más tarde. ¿Y por qué el 10/07/2011? ¿Qué era tan importante respecto esa fecha? Mark metió un dedo bajo la solapa del sobre y tiró de ella para abrirla, solo lo suficiente para mirar dentro.

El sobre contenía al menos un centenar de billetes de cincuenta libras cuidadosamente doblados junto con muchos trozos de papel doblados a su alrededor.

Siobhan había tenido razón, esto era un auténtico misterio. Pero eso tendría que esperar. Mark colocó el sobre dentro del bolsillo de su abrigo, cerró su auto y se dirigió al interior de la tienda.

Esa era una de esas tiendas en las estaciones de combustible que son como un pequeño supermercado, donde se venden periódicos, revistas, rollos de carne en salsa para microondas. Allí no había otros clientes. Mark se dio prisa en dirigirse al mostrador atendido por un joven asiático quien no quitó la vista de su smartphone. — Son treinta billetes.

Mark deslizó su tarjeta dentro de la terminal para tarjetas de crédito y digitó su número. Mientras aguardaba a que la máquina respondiera, miró un monitor sobre el hombro del dependiente que mostraba lo captado por las cámaras de circuito cerrado de la estación. La pantalla mostraba una vista desde un punto por encima del mostrador, mirando hacia abajo a la tienda. Mark podía ver una imagen parpadeante y granulada, en blanco y negro, del dependiente y de él mismo en el mostrador. Y detrás de él, hacia el final del pasillo, cerca de la puerta, estaba la estatua de un Ángel.

Eso era ridículo. Si hubiera habido una estatua en la puerta él se habría dado cuenta cuando entró caminando. Mark frunció el ceño ante la imagen en la pantalla. Era una vieja estatua, con su superficie deteriorada y con hoyos. Estaba encorvada y sosteniendo su cara dentro de sus manos.

Mark se volvió para mirar hacia el pasillo de atrás. Estaba vacío. Donde la estatua había estado... o donde debería de haber estado...solo se encontraba el brillante y húmedo piso.

Mark regresó su mirada al monitor y se estremeció. La estatua aún estaba allí, al final de pasillo. ¿Pero no se encontraba más lejos? ¿Y no estaba sosteniendo su cara dentro de sus manos? Porque ahora parecía haberse movido un metro o más hacia él y había bajado sus manos ahuecándolas como en una oración.

Él se dio la vuelta una vez más para mirar hacia el pasillo. Aún estaba vacío. No había estatua, ni nada.

Mark volvió a mirar el monitor. La estatua se había movido de nuevo. Estaba mirando hacia arriba, directamente hacia el lente de la cámara. Mirándolo a él. De forma atenta, con sus ojos en blanco y la boca ligeramente abierta. Y un par de metros frente a ella Mark podía verse a sí mismo, de pie ante el mostrador, mirando hacia el monitor, y el dependiente aún digitando en su smartphone.

La máquina aceptó el PIN y el dependiente desprendió el recibo de Mark y éste murmuró un gracias y se dio la vuelta para partir.

Por suerte, la tienda aún estaba vacía. Con su corazón desbocado, Mark se apresuró en salir de la tienda, teniendo el cuidado de evitar el pasillo donde la estatua había estado.

Corrió de regreso a la seguridad de su automóvil y azotó la puerta al cerrarla. Solo estaba exhausto, eso era. Esa era la única explicación posible.

Con algo de aprensión, Mark revisó el espejo retrovisor. Pero allí no había nada, nada sentado detrás de él en el asiento del pasajero, no había nada en el patio de la estación de combustible. Estaba solo.



Luego de parquear cerca de su apartamento en Bromley, Mark se dirigió a la calle principal en busca de algo que cenar. Acurrucándose dentro de su abrigo, recorrió penosamente el camino, con sus ojos fijos en el pavimento para evitar los charcos. La sirena de una ambulancia gimió a la distancia, pero aparte de eso, él pudo haber sido el único hombre vivo en todo el planeta.

Mark se apresuró a ir al Sabor de Oriente. Dentro estaba seco y caliente y había un olor a arroz frito. Un par de chicos aguardaban sentados cerca de la ventana, charlando. Una pequeña chica china salió de la cocina y tomó la orden de Mark: cerdo agridulce, arroz frito con huevo. Mark le pagó con el último billete de diez libras de su billetera.

Mark miró a su alrededor en busca de algo que ocupara su atención. Montado en la pared, detrás del mostrador, un monitor mostraba imágenes de una cámara de circuito cerrado. Éste mostraba la entrada del restaurante chino, mostraba a la pareja cerca de la ventana y a Mark.

Y de pie, justo detrás de él, estaba la estatua de un Ángel, el mismo de la estación de combustible, pero ahora estaba acercándose hacia la espalda de Mark, con un brazo desnudo extendido.

Mark sintió un escalofrío y contuvo la respiración, se dio la vuelta para mirar detrás de él. Allí no había nada, solo el agua de lluvia escurriendo por la ventana del restaurante para llevar.

Él volvió su mirada hacia el monitor. La estatua se había acercado otro paso más. Aún estaba dirigiéndose hacia él. Mark podía ver los rizos tallados del cabello del Ángel, las plumas en sus alas y sus vacíos y blancos ojos. Y podía verse a sí mismo en el mostrador, mirando hacia el monitor. Los dedos de la estatua ya casi tocaban la parte trasera de su cuello.

Sin poder respirar por el terror, Mark se abalanzó hacia la puerta del restaurante chino, la empujó con fuerza para abrirla y avanzó tropezando en la oscuridad. El viento helado golpeó su cara. No se atrevió a mirar atrás, corrió por la calle principal, corriendo tan rápido que su estómago le dolía.

Tenía que llegar a casa. Allí estaría a salvo, a salvo de... a salvo de lo que fuera esa cosa.

Mark disminuyó hasta un trote, su corazón retumbaba en protesta y continuó por la calle principal. Pasó la casa de apuestas. La carnicería Halal. Pasó la tienda de aparatos de alta fidelidad...

De pronto todos los televisores en la ventana de la tienda destellaron volviendo a la vida. La tienda tenía cámaras de video como parte la exhibición de la ventana, una de esas cámaras estaba apuntando hacia Mark. Él podía verse en las pantallas; la misma imagen repetida una y otra vez, de él mirando hacia la ventana.

La estatua estaba justo detrás de él, estirándose hacia su cuello, con su boca abierta para revelar sus horribles y afilados dientes.

— No mire atrás. ¡No dé la vuelta, no cierre sus ojos, y haga lo que haga, *no miré atrás!*

La voz provenía de atrás de Mark. Sonaba como la voz de un hombre joven pero con la autoridad de alguien mucho más viejo.

— ¿Qué?, dijo Mark paralizándose en el acto.

— ¡Mantenga los ojos en la pantalla! Es de vital importancia que no le permita que lo toque.

— ¿Y cómo hago eso?

— Es un encierro cuántico. Solo puede moverse si nadie lo está viendo.

— ¿Un encierro cuántico?

— Ya sabe, el principio de incertidumbre de Heisenberg, el propio acto de la observación afecta la naturaleza del objeto que está siendo observado. Amy, Rory. Sigán mirando las pantallas. Tomen turnos para parpadear.

— Correcto, dijo una chica con acento escocés desde atrás de la oreja izquierda de Mark.

— Mirar los televisores, entiendo, no hay problema, dijo nerviosamente un hombre joven.

— Y traten de no parpadear al mismo tiempo, dijo la voz con autoridad.
— Eso sería totalmente desastroso. Bueno, ahora el amigo que se mira a sí mismo en la televisión. Muévase hacia adelante. Muy lentamente.

Mark tragó saliva y avanzó lentamente hasta que su nariz casi estaba tocando la ventana de la tienda.

— Bien. Ahora dos pasos a su derecha. *¡Lentamente!*

Mark dio dos pasos hacia la derecha, mirándose en las pantallas de televisión, mientras gradualmente salía del alcance del Ángel. — ¿Qué es esa cosa?

— Es una especie de... carroñero temporal. O un depredador. Una de esas dos cosas. O ambas.

— Rory, voy a parpadear... ¡Ahora!, dijo la chica escocesa.

— Pero está hecho de piedra, dijo Mark.

— Un mecanismo de defensa, dijo la voz autoritaria. — Verá, usted no puede matar una piedra.

— ¿No se puede?

— Bueno, nadie que lo intentó y vivió.

— Amy, voy a parpadear... ¡Ahora!, dijo el joven nervioso.

— Muy bien, ahora es seguro mirar hacia atrás, dijo la voz con autoridad.

Tomando una respiración profunda, Mark se dio la vuelta para mirar a una preciosa chica alta, con cabello largo, de un color rojo vivo y un hombre joven con nariz prominente y con un gorro de lana, ambos mirando atentamente hacia la ventana. Junto a ellos estaba un apuesto hombre joven, con pómulos angulosos y un espeso cabello castaño peinado con un flequillo. Con su chaqueta de tweed y la corbata de lazo parecía que estaba camino a una fiesta de disfraces como Albert Einstein.

No había rastro de la estatua. — Pero aquí... ¡Aquí no hay nada!, balbuceó Mark.

— No, el hombre con la chaqueta de tweed tenía un aparato similar a una anticuada grabadora colgando de uno de sus hombros y hacía girar en su mano un dispositivo grueso, similar a un soplete, del mismo modo como una estrella del pop hace trucos con el micrófono. Él levantó el aparato hacia la ventana y éste emitió un zumbido agudo alto y emitió un brillo verde. — No, este Ángel Lloroso *en particular* no tiene forma corpórea.

— ¿Qué significa eso?

— Significa que solo existe dentro de los televisores. Dentro de *cada* televisor. Lo que guarda la imagen de un Ángel, se convierte, en sí en un Ángel.

— ¿Por lo tanto no puede salir de la pantalla y atraparnos?, dijo la chica con cabello rojo. — Rory, voy a parpadear... ¡Ahora!

— No, no lo creo así. Debe estar muy débil, utilizando lo último de su energía.

— ¿Pero aún puede tocarme?, dijo Mark.

— Si usted está siendo enfocado por una cámara sí. Él está en una pantalla, la imagen suya está en la pantalla, así que puede hacer contacto con su imagen, y así... con usted.

— Amy, voy a parpadear... *¡Ahora!*, dijo el hombre joven con la nariz prominente.

— ¿Quién es usted? ¿Y cómo sabe tanto acerca de esas cosas?

— Soy el hombre que va a salvar su vida. Puede llamarme *El Doctor*.

— ¿El Doctor?

— Y en respuesta a su segunda pregunta. Me he encontrado con los Ángeles Llorosos antes. Detecte uno usando *esto*. El Doctor señaló la anticuada grabadora. Cada vez que el continuo espacio tiempo empieza a vibrar, esto se enciende. El Doctor dio un golpecito a la grabadora con frustración. — Oh, debería hacerlo si la bombilla funcionara. También hierve huevos. Esto no es un fallo, es una función.

— Rory, voy a parpadear... *¡Ahora!*

— Qué cosa más extraña, el Ángel no es la fuente de la vibración, dijo El Doctor. — No, es *usted*.

El Doctor miró a Mark. — Él debe haberlo elegido por *una razón*. ¿Me preguntó *por qué*? ¿Qué hay de grandioso en usted?

— Nada, dijo Mark. — ¿Entonces lo que está diciendo es, que esa cosa está tras de mí, y usted no sabe por qué?

— No. ¡No tengo la más ligera idea!

— Pero si no se le puede matar... ¿Cómo puede escapar de él?

— No puede.

— Pero si huyo...

— Todas esta calle está cubierta por cámaras de seguridad. Nunca lo lograría.

— ¿Rory, no deberías estar diciéndome que ahora es mi turno de parpadear?

— ¿Qué? Oh. Rory tragó saliva. — Lo siento, um, creí que era mi turno...

Y entonces Mark se dio cuenta que Amy y Rory estaban mirándose el uno al otro y no a la ventana.

Mark giró. En todos los televisores, podía verse a sí mismo, al Doctor, a Amy y a Rory... y al Ángel, congelado, cuando se había abalanzado hacia su espalda, con su cara contorsionada en una mueca de ira. Otro segundo y hubiera hecho contacto con él.

El pánico se apoderó de él. Mark se tambaleó hacia atrás, giró alejándose del Ángel y echó a correr. Él escuchó al Doctor y a sus amigos gritar detrás de él, pero no sirvió de nada. Tenía que escapar.

Él lo logró. Realmente lo logró. Podía ver el edificio de apartamentos donde vivía, la puerta principal bañada con el brillo de la luz eléctrica.

Mark se quedó sin aliento. Había corrido por la calle principal, sintiendo de pronto terriblemente consciente de cada cámara de seguridad. Estaban por todas partes, en lo alto en las paredes y en los postes de alumbrado, todas mirando hacia abajo, con ojos de vidrio que no parpadeaban. Para evitar ser capturado había tomado una ruta larga hasta casa, evitando los garajes y las tiendas iluminadas. Incluso se escondió de un autobús de dos pisos que pasaba. Ahora tenían cámaras en los autobuses, ¿cierto?

Pero él estaba bien. Frío y húmedo, pero bien. Mark se apresuró a subir los escalones de concreto de la entrada, pasar el jardín y los depósitos de reciclaje, hasta que al fin alcanzó la puerta. Sacó las llaves de su abrigo y encontró una para la puerta, y la deslizó dentro de la cerradura. Y luego se dio cuenta.

Allí había una cámara enfocada directamente hacia él. La cámara del videoteléfono de la puerta.

Algo tan frío como el mármol tocó la parte de atrás de su cuello.

Por una fracción de segundo, pudo ver su horrorizado reflejo y el del Ángel detrás de él, con la mano en su cuello, sus mandíbulas bien abiertas y su lengua extendida, como a punto de morder.

Y luego, Mark desapareció.

Capítulo 2

Rory y Amy lucharon por mantenerse junto al Doctor mientras éste corría a través de las callejuelas sombrías, empapadas por la lluvia, sosteniendo su detector de vibraciones por delante de él. — Por aquí. ¡De prisa!

Rory no tenía idea de dónde se encontraban. Habían estado corriendo a través de áreas residenciales idénticas por quince minutos y había perdido todo sentido de la orientación.

— ¡Aquí!, El Doctor se detuvo, dio vueltas alrededor de un punto y señaló un edificio de apartamentos ubicados detrás de la carretera. Se veían perfectamente ordinarios para Rory, excepto porque en la entrada se podía ver la estatua de un Ángel, con su cuerpo encorvado y sosteniendo su cara dentro de sus manos.

— ¿Qué sucedió?, preguntó Rory. — Algo malo, ¿cierto?

— Silencio. El Doctor avanzó hacia la estatua como un naturalista que se mueve lentamente hacia un león dormido. Con calma y con paso seguro, hizo su camino subiendo los escalones hacia el Ángel.

— ¡Cuidado!, susurró Amy.

El Doctor le dio las gracias por decir algo que era muy obvio, luego se detuvo para examinar al Ángel. Éste no se movió. Él hizo zumbir su destornillador sónico a modo de experimento e hizo el intento de cubrir sus propios ojos, como si jugara a “Ahora de te veo, ahora no te veo”, pero nada sucedió. El Doctor le dio un golpecito en un ala. Un trozo de ésta desmorono y se hizo polvo bajo sus dedos. — Es seguro, creo.

— ¿Qué tan seguro?, dijo Amy.

— Tan seguro como el clavo de una puerta.

— Pero pensé que vos habías dicho que esas cosas se alimentaban, de qué, ¿energía temporal potencial?, dijo Rory mientras seguía a Amy al lado del Doctor.

— Todo lo que queda de la vida sin vivir, murmuró El Doctor.

— Normalmente, transportan a las personas atrás en el tiempo, y zazz, es como los Ángeles obtienen su energía en el presente.

— ¿Normalmente?

— Considerando este caso, este Ángel acabó con sus últimas reservas de energía para enviar a su víctima al pasado. Se sacrificó a sí mismo como una abeja que muere después de perder su aguijón. Pero no como una abeja en absoluto. No, ahora es más que un adorno de jardín. Mientras El Doctor hablaba, uno de los brazos del Ángel se quebró, seguido por sus dos alas, antes que el Ángel cayera hacia adelante, haciéndose pedazos con un pesado golpe.

— ¿Pero por qué hacer eso?, preguntó Amy con cautela en relación a los escombros. — ¿Por qué matarse a sí mismo en vez de alimentarse?

— Tal vez no podía. El Doctor sacudió el polvo de su chaqueta y sus pantalones. — O quizás este es un nuevo tipo de Ángel Lloroso.

— ¿Vos me estás diciendo que ahora vienen en diferentes variedades? ¡Oh, grandioso!

— Ha debido ser atraído hasta su presa... como una polilla a la llama. Los ojos del Doctor se abrieron desmesuradamente por el deleite. — ¡Alto! Esa analogía tiene sentido. Mis analogías *nunca* tienen sentido. Debo escribirla. ¡Rory, anotála por mí!

— No soy tu secretario, Doctor, dijo Rory pacientemente.

— ¿No? Simplemente existe la vacante, es tuya si lo deseas.

Rory notó un grupo de llaves que colgaban de la cerradura de la puerta y las tomó para guardarlas. — ¿No deberíamos estar más preocupados por el tipo transportado? ¿Averiguar dónde está él?

— La verdadera pregunta no es *dónde*, sonrió El Doctor. — Una mejor pregunta sería *cuándo*. Él ajustó su detector de vibración. — Sí. Un rastro residual de tiempo. Se desvanece rápidamente pero nos *debería* ser posible seguirlo. ¡En marcha!

— ¿No deberíamos averiguar primero quién es él?, dijo Rory. Ni siquiera sabemos su nombre. Él hizo tintinear las llaves en su mano.

— ¿Y qué sugerís?, espetó El Doctor exasperado. — ¿Por qué no probamos las llaves en cada puerta del edificio hasta que encontremos cuál es el apartamento de él?

— Sí.

— No hay tiempo.

— Yo podría hacerlo, mientras vos te vas y usás esa cosa rastreadora de tiempo. Y luego, una vez que vos sepas cuándo... y dónde... está él, podés regresar aquí y recogerme.

— Esa es una idea terrible. El Doctor hizo una pausa, perdido en sus pensamientos, luego sonrió. — No, en verdad, esa es una idea *excelente*. ¿No te importa hacerlo?

— Vos me conocés, Doctor, lo que sea por ayudar.

— Yo te conozco, eso es *totalmente* correcto, aún así vos permaneces desconcertantemente lleno de sorpresas. Muy bien. Regresaré aquí exactamente en una hora. Vamos, Pond. ¡Tenemos un rastro de tiempo que seguir!

Amy le dio a Rory una sonrisa de simpatía y un abrazo, luego fue tras El Doctor.



La estatua se había desvanecido. En un segundo había sido tocado en su cuello. A continuación, el Ángel ya no estaba allí.

Mark suspiró con alivio, y procedió a girar la llave de la puerta, solo para encontrar que ésta también había desaparecido. Él revisó, pero las llaves no habían caído al suelo.

Buscando alrededor, Mark notó que había parado de llover. De hecho, el pavimento y las calles, estaban completamente secos. El cielo, en vez de estar oscuro y nublado, se había vuelto claro, azul como las primeras horas de la noche, con luna llena.

Mark revisó sus bolsillos. Aún nada de llaves. Oh, bueno, él le había dado una copia de repuesto a la señora Levenson del apartamento 12. Mark tocó su timbre.

— Sí, respondió una joven voz femenina a través de la crepitación.

— Soy Mark.

— ¿Mark?

— Me he quedado por fuera. ¿Podría presionar el botón y ayudarme a entrar, por favor?

— ¿Dijo Mark?

— Sí, de la puerta de al lado.

— No hay ningún Mark en la puerta de al lado.

— Señora Levenson. Soy yo, usted puede verme a través de la cámara de video.

— Se equivocó de apartamento. No hay ninguna señora Levenson aquí.

El intercomunicador se apagó. Mark maldijo entre dientes y asegurándose que eligió el correcto, presionó de nuevo el botón 12.

— Márchese, por favor, usted se equivoco de apartamento. La mujer tenía un acento español, o algo parecido.

— Yo vivo en el número 11. Mark Whitaker. No sé quién es usted, pero...

— Ningún Mark Whitaker viven allí. En el número 11 viven el señor y la señora Ramprakash.

— Mire, ¿puedo hablar con la señora Levenson, por favor?

— Ya se lo dije. Aquí no vive ninguna señora Levenson. Márchese ahora, por favor, o llamaré a la policía.

Con una creciente sensación de inquietud, Mark se dirigió hacia la calle donde había parqueado. Mientras caminaba, escuchó el sonido del gorgotear de las aves. Como en una noche tibia de verano.



Rory probó la llave en la puerta del número 12 y la giró ligeramente. Nada. Él se movió silenciosamente mientras un estallido de risas de una audiencia llegaba del otro lado de la puerta.

El número 11. Un ligero giro. La puerta se abrió para revelar un vestíbulo. Algunos sobres deslizados sobre el tapete de la entrada. Rory se detuvo para levantarlos.

— Hola. ¿Puedo ayudarle?

— ¿Q...qué? Rory dio un grito ahogado de culpabilidad.

Una mujer extremadamente baja, gorda y de edad avanzada estaba de pie en la puerta de entrada del número 12. Ella lo miraba a través de unos anteojos de borde rosado.

— Hola, er, sí, dijo Rory. — Soy un amigo de, um, el tipo que vive aquí.

La mujer lo miró con desconfianza. —¿*Un amigo?*

— Sí. Del trabajo. Él me pidió que viniera y recogiera... una cosa.

— El señor Whitaker no tiene ningún amigo.

— ¿No? Correcto. Y usted lo llama señor Whitaker. Rory miró la parte frontal de uno de los sobres. — Mark Whitaker. Marky. El Markster. El Markulador. Rory se enderezó. — Ciertamente podría hacerme un favor. Únicamente estamos un poco preocupados por Mark en el trabajo.

Pensamos que podría estar en alguna clase de problema, pero usted conoce al viejo Mark, es muy reservado con sus cosas. Por lo tanto, ¿él le ha mencionado algo, cualquier cosa?

La mujer miró a Rory, analizándolo. — ¿Usted es un amigo del trabajo?

— Mire, él difícilmente me daría sus llaves y me pediría que viniera a su apartamento y a buscar... algo, si no nos conociéramos, ¿verdad? Rory le dio la misma sonrisa tranquilizadora que reservaba para los pacientes de edad avanzada en su lugar de trabajo, el hospital Leadworth. — Le diré una cosa. ¿Por qué no entra conmigo? Le haré una buena taza de té, nos sentaremos y charlamos un poco. Cinco minutos, eso es todo.

La mujer lamió sus dientes. — Supongo que todo eso podría ser cierto... También estoy muy preocupada por el señor Whitaker. Él es, creo, un hombre muy solitario. Ella recogió sus llaves y cerró la puerta.

Rory llevó a la mujer en la cocina del número 11 y empezó a buscar las tazas para el té.

— Mi nombre es Rory, por cierto. Rory Williams. ¿Usted es?

— La señora Levenson.



Su automóvil había sido robado. O al menos, no estaba donde él lo había dejado.

Mark estaba un poco agitado, pero luego de los pasados eventos de la noche, él no tenía energía para molestarse. Consideró buscar una cabina telefónica para llamar a la policía pero algo le hizo decidirse en contra de eso. Ese Doctor y sus dos amigos, ellos tenían algo que ver con esto. Algo que ver con que la señora Levenson no estuviera en el apartamento 12. Encontraría a ese Doctor y le pedía una explicación.

Él regresó a la tienda de artículos eléctricos donde se encontró con El Doctor, pero allí no había rastro de él. Mirando dentro de la ventana de la tienda, le tomó un tiempo darse cuenta que algo estaba mal respecto a los aparatos de televisión en exhibición. Antes todos habían sido de Pantalla

Ancha y de Alta Definición, pero ahora todos eran antiguos, del tipo cuadrado. ¡Y la tienda vendía video grabadoras! ¿Quién diablos vendería video grabadoras en estos días? Mark levantó la mirada hacia el rótulo de la tienda. *Dixons*. Pero ya no había ningún *Dixons*.

Mark continuó caminando, su mente era una confusión, pasó la tienda de alquiler de videos... alto, ¿no había allí un restaurante de pollo frito? Los afiches de la ventana anunciaban las películas *Señorita Doubtfire* y *El día de la Marmota*. [N.T.: Películas de la década de los 90's.] La carnicería aún estaban allí y la casa de apuestas, pero en vez del Sabor de Oriente ahora había un café de comida rápida frita.

Exhausto y hambriento Mark entró al café de comida rápida frita y se dirigió al mostrador. El menú escrito con tiza en una pizarra incluía una taza de té por 40 peniques y un emparedado de tocino por una libra. Mark le dio su orden al dueño del café, un hombre de apariencia cansada de sesenta años, entonces se sentó en una mesa donde alguien había dejado una ejemplar del periódico *The Sun*.

De acuerdo con la portada, a Bobby Charlton, el jugador de futbol, lo acababan de nombrar caballero.

La fecha que se leía en la parte superior de la página era *10 de Junio de 1994*.



— ¿1994?

El Doctor se lanzó alrededor de la consola de seis lados, ajustando controles como si tratara de lograr un alto resultado en una máquina de pinball. El piso se sacudía violentamente y se balanceaba, y Amy se aferró a uno de los barandales alrededor de la consola para evitar caer hasta el nivel inferior. — 1994, solo diecisiete años en el pasado. Lo cual es *extraño*.

— Extraño, ¿en qué sentido?, preguntó Amy.

— Los Ángeles usualmente envían a sus víctimas cuarenta, cincuenta, cien años al pasado, dijo atropelladamente El Doctor con un arrebatado de

entusiasmo. — Colocados fuera del camino, en algún lugar seguro, donde cualquier alteración menor de la corriente temporal será absorbida por el patrón establecido de la historia.

— Oh, correcto, dijo Amy, tratando difícilmente de sonar como entendida en la materia. — ¡El tiempo puede ser reescrito!

— El tiempo *puede*, como vos lo decís, ser reescrito. Detalles insignificantes pueden ser cambiados, siempre y cuando el panorama permanezca más o menos igual. Imaginá el tiempo como si fuera una gran alfombra. O, pensándolo mejor, no lo hagás.

— Pero dijiste que este Ángel era diferente.

— Sí, El Doctor miró hacia el rotor central, tensando sus dedos preparándose para un aterrizaje. — Este Ángel lo envió de regreso a un punto *dentro* de su propio tiempo de vida. Lo cual, en realidad me temo, son muy pero muy malas noticias.



Mark ojeó el periódico. Había un par de páginas de las próximas elecciones europeas y especulaciones de que sí John Prescott o Tony Blair sería el próximo líder del Partido Laborista. Mientras Mark leía, una canción de reggae con bajo profundo era tocada en la radio.

De algún modo él había viajado en el tiempo. Era imposible, totalmente imposible, pero no había otra explicación para eso. Desde que sintió el toque de la estatua, él había estado caminando por 1994. Se sentía extraño, casi como un sueño. Y aún así tan real, tan *mundano*. Si eso era un sueño, difícilmente podría leer los avisos de máquinas lavadoras, o notar la amargura del té. Y además, si eso era un sueño, sus pies no deberían dolerle aún por la carrera hacia su apartamento.

Así, que la siguiente pregunta era, ¿qué iba él a hacer? ¿Regresaría a su propio tiempo? Todo lo que sabía era que, estaba atorado aquí permanentemente. Tenía que conseguir un trabajo, encontrar un lugar donde vivir. Primero lo primero, tenía que encontrar un lugar donde dormir esta noche.

El dueño del café tosió y le señaló el reloj. Pasaba de las 11 de la noche. — Hora de cerrar, amigo.

Mark hurgó en sus bolsillos en busca de algo de cambio y lo dejó caer en el platillo del mostrador. — Vaya. Gracias. Detrás del mostrador había un monitor a blanco y negro, mostrando las imágenes del circuito de cámara cerrada del café. En la pantalla Mark podía verse a sí mismo y al dueño del café, pero con alivio, a ninguna estatua.

— ¿Qué es esto?, dijo el dueño del café, inspeccionando el contenido del platillo. — ¿Una moneda de *dos libras*?

— ¿Cuál es el problema?

— El problema es que aquí no aceptamos dinero de fantasía. ¿Qué es esto? ¿Escoses? ¿No tiene otra cosa?

Mark revisó su billetera. Tenía una tarjeta de crédito y una tarjeta de débito. Por un instante consideró preguntarle al dueño si podía usarlas para pagar, pero se dio cuenta que las terminales para tarjetas de crédito no habían sido inventadas. Mark palpó su abrigo y sus manos descansaron el abultamiento que formaba el sobre acolchado.

Ese no era su dinero. Pero si lo reemplazaba tan pronto como él tuviera la oportunidad, eso difícilmente sería robar, ¿cierto? Mark abrió el sobre y extrajo un billete de cincuenta libras. — Listo, disculpe.

El dueño lo sostuvo en alto para revisar la marca de agua. — Tiene suerte que yo haya sido un buen día. Deme un minuto. Él abrió la registradora y extrajo £48,60, en billetes de cinco y diez libras, y monedas, creando una pila la cual entregó a Mark.

— No conoce usted algún hotel de cama y desayuno por aquí, ¿cierto?, dijo Mark.

— No por aquí, amigo. Su mejor opción es dirigirse hacia London Bridge.

— Sí, gracias. Mark se dirigió hacia la puerta e hizo una pausa, dando vueltas al sobre en sus manos. Era una pequeña coincidencia que él lo

hubiera recibido el mismo día que fue enviado atrás en el tiempo. Un sobre conteniendo la única cosa que él podría necesitar para sobrevivir en el pasado. Eso era demasiada suerte. Demasiada para ser coincidencia.

Mientras el dueño del café desaparecía en la trastienda, Mark regresó a su mesa y estudió el contenido del sobre apropiadamente. Junto con los 120 billetes de cincuenta libras, todos con fechas anteriores a 1994, había una carta escrita a mano. Desdoblándola Mark vio una lista de fechas, de 1994 al 2001, escritas con notas detalladas.

Estaba escrita con su caligrafía. Y aún así no tenía recuerdo alguno de haberla escrito.

Mark miró la primera fecha. *10 de Junio de 1994. Arribo.*

Revisó el otro lado del papel. Hacia la mitad inferior, la lista se convertía en una carta:

Mark

Si recuerdo correctamente, vos tenés que estar leyendo esto en un café en Bromley en el año de 1994. Temprano en la noche, fuiste enviado atrás en el tiempo.

¿Cómo fuiste enviado atrás en el tiempo? No puedo hablar de eso aquí. Pero tenés que saber una cosa. No hay forma de regresar a 2011. No tenés más elección que vivir el resto de tu vida de este día en adelante. Eso no será fácil pero tenés la ventaja de conocer el futuro. A parte de todas las personas del mundo, solo vos sabés lo que el mañana traerá.

He incluido instrucciones describiendo lo que yo hice cuando me encontré yo mismo en el pasado. Seguilas al pie de la letra. Y sea lo que sea que hagás, aseguráte que las instrucciones no caigan en las manos de alguien más. Protegélas con tu vida.

Tu primer paso es utilizar el dinero para crearte una nueva identidad. Dejaré que decidás los detalles. Vos tendrás que hacer tu propio camino en el mundo, justo como yo lo hice cuando me encontré en el pasado.

Pero asegúrate de seguir estas instrucciones, Mark. Porque si vos lo hacés, recordá esto:

Vos podés salvarla.

Justo como yo lo hice.

Tuyo, sinceramente.

Mark Whitaker, Abril 2003.

Capítulo 3

11 de Junio de 1994

La basura en la calle principal se arremolinó, atrapada en una repentina ráfaga de viento y luego, con un sonido chirriante, un faro intermitente apareció de la nada. Un momento después, el exterior de la caseta de policía de la TARDIS se materializó debajo de él. El Doctor emergió, haciendo una mueca de frustración a su detector de vibraciones. Amy lo siguió y suspiró. — No nos hemos movido.

— Oh, pero lo hemos hecho, dijo El Doctor. — En las cuatro dimensiones. [N.T.: Alto, largo, ancho y Tiempo.] *Mirá.* Él señaló hacia una sucursal cercana de Nuestro Precio. — Dentro de diecisiete años, esa tienda... *esa tienda...* venderá emparedados y panes daneses.

— Así que esto es 1994. Amy miró a su alrededor. Todas las tiendas estaban cerradas pero una de ellas tenía un reloj como parte de su distintivo. — Aproximadamente cinco minutos pasada la media noche.

— El rastro temporal ya casi ha desaparecido. Él ha sido transportado a través del tiempo, pero a las mismas coordenadas espaciales. Teniendo en cuenta la rotación de la Tierra, su órbita alrededor del sol, y la órbita del sistema solar alrededor de la Vía Láctea, desde luego.

— ¿Entonces, er, por qué él no está aquí?

— Lo estuvo. El Doctor se aproximó a un pequeño café. Entrecerrando los ojos para mirar adentro, Amy pudo distinguir sillas apiladas sobre las mesas. — Hace como una hora, El Doctor continuó diciendo, sacudiendo su detector de vibraciones. — Solo lo perdimos.

— Oh, bueno, Amy se encogió de hombros. — No supongo que él haya ido muy lejos.

— ¿En *Londres*?, dijo El Doctor. — Podría estar en cualquier lugar en un radio de cien kilómetros. Si viaja a cien kilómetros por hora.

— ¿Podés detectarlo con tu increíble aparato hervidor de huevos?

— No, el rastro se ha enfriado. El Doctor miró a su alrededor como pensando que las tiendas contenían las respuestas a los misterios del universo. — Tenemos que encontrarlo antes de que cause algún daño. La palabra equivocada al oído equivocado y todo el curso de la historia humana... ¡pufff!

— ¿Pufff?

— Desaparece. El Doctor chasqueó sus dedos. — No con un bang sino un *pufff*.

— ¿Qué te hace creer que él va a causar algún daño?

— Amy. ¿Qué harías si te encontraras atrapada en el pasado? ¿En *tu propio* pasado?

— No sé, dijo Amy. — Probable... probablemente buscaría a alguien que conozca. Así podría decirles qué va a pasar en el futuro.

— ¡Exactamente! La palabra equivocada en el oído equivocada. ¡El primer *guijarro* de la avalancha! Ese es el peligro de ser enviado solo un breve lapso de tiempo hacia el pasado. Si vos sos enviada atrás cien años, no conocerías a nadie, no sabría lo suficiente de los acontecimientos del día a día para hacer una gran diferencia, incluso si vos hicieras una diferencia, habría mucho tiempo para que la historia tape las grietas. Mientras que al viajar diecisiete años al pasado, vos conocés un montón de detalles acerca de los eventos futuros, y cualquier alteración en el curso de los eventos futuros

es probable que tenga un impacto directo, dramático y desastroso sobre tu propia línea temporal.

— ¿Entonces, cómo lo encontraremos? Ni siquiera sabemos a dónde va a ir, ni siquiera sabemos quién... Amy se detuvo al darse cuenta que conocía la respuesta. — ¡Rory!

— Sí, Rory, El Doctor estuvo de acuerdo. — Probablemente se esté preguntando a dónde hemos ido.



La torre Canary Wharf [N.T.: es un gran complejo de negocios, situado en uno de los mayores distritos comerciales, al este de Londres.] brilló con el sol de la mañana. Se miraba extraña, estando allí sola sin su multitud de torres rodeándola. Y en la península de Greenwich, no estaba el Domo Millenium [N.T.: Edificio que se construyó para albergar una importante exposición en el año 2000.], solo una obras abandonadas de gas. Desde que Mark había salido de su hotel, encontró que su atención se centraba en los lugares de interés turístico que no existirían hasta en el futuro; el área de la torre que sería demolida para hacer espacio para el rascacielos The Shard y el terreno baldío que se convertiría en el asentamiento del Ayuntamiento de la ciudad.

La diferencia más obvia respecto a 2011 fueron los anuncios publicitarios y aquellas tiendas en la calle principal las cuales habían cambiado sus nombres y logos. Pero incluso las personas se veían diferentes. Los adolescentes tenían el cabello desaliñado como golfillos callejeros o con raya en medio. Los hombres chaquetas de mezclilla y llevaban pantalones vaqueros atados con cinturones más arriba de sus caderas. Las mujeres usaban mechones de cabello teñidos de diferentes colores y lápiz labial brillante. Cuanto más miró Mark, más diferencias pudo ver. Era como el primer día de llegada a un país extranjero, buscando todo lo nuevo, buscando lo familiar entre lo extraño.

A parte del siseo del walkman de un adolescente, el transporte por ferrocarril fue silencioso. Le tomó un tiempo a Mark preguntarse la razón del porque, nadie tenía un teléfono móvil. Allí no había computadores portátiles, no había periódicos gratuitos. Las personas solo leían revistas.

Además de la misteriosa sensación de ser un hombre fuera de su tiempo, el estómago de Mark se revolvió por los nervios ante la perspectiva del encuentro por venir. Su aprensión crecía mientras el tren se ingresaba en la estación de Blackheath y él salía para ascender por la colina hasta la casa de sus padres.

Todo era justo como lo recordaba. Los arbustos descuidados que serían podados de nuevo. El césped que sería cubierto con concreto. El Peugeot de su madre parqueado en el camino lateral de la casa.

Armándose de valor, Mark subió por el camino lateral de la casa y presionó el botón del timbre.

Un perro ladró dentro de la casa. Luego de lo que pareció una eternidad, una figura vino a fundirse con el vidrio esmerilado de la puerta. La puerta se abrió para revelar a su madre. Mirándola más joven de lo que la había visto por años, su cabello aún era castaño oscuro, usaba sus viejos anteojos de armazón plástico.

— Hola. ¿Sí?, dijo ella, sonriéndole con curiosidad. — ¿Puedo ayudarlo?

Su propia madre no lo reconoció. No tenía idea de quién era él.



Amy caminó fuera de la TARDIS y por el pavimento fuera del edificio de apartamentos de Mark. Nada había cambiado. La lluvia salpicaba en los charcos y los truenos retumbaban a la distancia. Ella siguió al Doctor hasta la entrada donde los restos del Ángel Lloroso habían sido barridos lejos por el viento. — ¿Dónde ésta él?, murmuró El Doctor con impaciencia. — He dicho una hora. Algunas personas son tan informales.

— Bueno, solo tenemos que esperar, dijo Amy, golpeando sus talones. — ¿Volvemos a entrar a la TARDIS?

— No hay tiempo. El Doctor extrajo su destornillador sónico de su bolsillo y lo apunto a nivel de la puerta. El zumbido sónico sonó, la luz verde brilló y cada timbre del edificio sonó una vez. Las ventanas de los dormitorios

de una docena de habitaciones se iluminaron cuando sus ocupantes despertaron de su sueño.

— ¡Doctor, Amy, son ustedes!, la voz de Rory crepitó a través del intercomunicador. — Ya estoy bajando. Un minuto después, él apareció en la puerta, mirándose aliviado y sin aliento. — ¡Se tomaron su tiempo!

— Dije que volveríamos en una hora, dijo El Doctor, dándole golpecitos a su reloj.

— Sí, lo sé, dijo Rory. — Eso fue hace una semana.

— ¿Eso es todo? El Doctor hizo una pausa. — ¿Lo siento, has dicho *una semana*?

— Lo hice.

— ¿Toda *una semana*?

— He estado atorado aquí siete días. Aguardando a que vos aparecieras.

— Oh, dijo El Doctor. — Debo haber olvidado el desplazamiento temporal correcto. Aunque, pudo haber sido peor.

— ¿Peor?

— Pudo haber sido un mes. ¡O un año!

— Pensé que vos de nuevo te habías olvidado de mí.

— Nunca. Amy dale a tu esposo un besito en la mejilla. — ¿Así que vos has estado aquí todo este tiempo?

— Sí. Parece ser que es lo que hago la mayoría del tiempo, esperar. Aunque me aparecí por Leadworth a recoger el correo. Solo deudas, me temo.

— Pero si has estado aquí durante siete días, ¿dónde de has estado quedando?, preguntó El Doctor.

— En el apartamento de Mark. Después de todo, tengo sus llaves. Rory dejó que las llaves colgaran de su mano. — Y la señora Levenson del apartamento contiguo me hizo compañía.

— ¿La señora Levenson? Amy entornó sus ojos.

— Una anciana señorita, vecina, es encantadora, pero... no, dijo Rory apresuradamente. — Ella solo me hacía té y charlábamos sobre Mark.

— ¿Entonces, qué averiguo acerca de él?, dijo El Doctor.

— Todo lo que pude. Parece que él no era de los que tienen álbumes de recortes o de fotografías, pero logré encontrar una copia de su currículum y todas las direcciones de sus amigos y su familia. Rory le presentó al Doctor una hoja de papel doblado. — No son muchos nombres. Parece que no era muy sociable.

El Doctor leyó el papel en menos de un segundo y se lo entregó de nuevo a Rory. — Correcto. Entonces, teniendo todo esto, si Mark se encuentra en 1994... ¿A dónde creen que él iría?



— Debe ser un poco sorpresivo, apareciendo yo de esta forma, dijo Mark entrando en la sala de estar. El televisor en la esquina, las fotografías en la mesa para el café, todo era justo como él lo recordaba, excepto por todas las fotos de él en la repisa de la chimenea. Había tantas. Sus padres las deben haber puesto cuando él partió para la universidad y recogíéndolas siempre que él regresaba.

Mark tomó un sorbo su té por no lo tragó. Sentía su garganta tan apretada que pensó que se podría ahogar. Quería abrazar a su madre y contarle todo lo que iba a pasar en los próximos diecisiete años, pero mirándola sentada en el sillón de en frente, con los ojos de su madre brillando de un modo que no lo habían hecho desde hacía años y con una sonrisa de satisfacción en sus labios, Mark no podía soportar la idea romperle el corazón

— ¿Y su esposo, Patrick, no se encuentra? ¿Salió a trabajar?

— Sí, me temo que no volverá hasta tarde, reunión en el ayuntamiento. Es una pena que usted no lo vea.

— Sí, una pena. Esperaba, bueno, saludarlo y esas cosas.

— Especialmente con usted recorriendo todo ese camino, desde... ¿De dónde me dijo que venía?

— Canadá.

— Canadá, sí. Yo no sabía que tuviéramos familiares en Canadá.

— Muy distantes. Primos segundos de primos segundos, ese estilo de cosas.

— Usted debe provenir de parte de la tía de Patrick, Margaret, no sabemos qué pasó con ella.

— Sí, eso es correcto, la tía Margaret. Hubo una pausa incómoda. El perro de la familia, una labradora llamado Jess, desde su colchón, meneaba la cola furiosamente. Ella olfateó las piernas de Mark antes de decidirse a lamer su mano.

— Usted ha sido honrado, observó la madre de Mark. — Normalmente ella no es tan amistosa con los extraños. Sabe, usted no suena como si viniera de Canadá. Pensé que ellos sonaban con los estadounidenses.

— No en el pequeño lugar de donde provengo, Mark se esforzó en pensar en una ciudad de Canadá. — Es un pequeño pueblo, a 60 kilómetros fuera de... Toronto. Mi padre era de Inglaterra. Yo adquirí el acento de él.

— ¿Él era?

— Um, murió. Hace diez años.

— Lo siento mucho. ¿Y su madre?

— Aún viva. Y por lo que sé, se las arregla sola. Se mudó de la casa, a un lugar junto al mar. Creo que le resulta difícil sin papá. Mark rascó a Jess detrás de las orejas. Ella bostezó agradecida.

— ¿Y qué hay acerca de usted, está casado?

— Lo estuve. Mi esposa murió en un accidente de tránsito en el 2003.

— ¿En el 2003?

— 1993, Mark se corrigió precipitadamente.

— Oh, que lamentable. Debe ser tan duro para usted. ¿Algún niño?

— No. No, ningún niño.

Hubo otra pausa incómoda. Jess perdió interés en Mark y se estiró en el tapete. — ¿Y cómo se gana la vida?, la madre de Mark preguntó al final.

— Soy abogado, respondió Mark. Incluso mientras las palabras salían de su boca él lamentaba decirlas.

— ¿Un abogado? Mi hijo Mark estudia leyes en la universidad.

— ¿Lo hace? Oh.

La madre de Mark lo miró por encima de sus anteojos. — Sabe, usted realmente parece mucho a él.

— Debe ser el parecido familiar. Mark tomó una foto enmarcada, de él más joven, de la repisa de la chimenea. — ¿Este es él?

— Sí, ese es, dijo la madre de Mark orgullosa.

— Tiene razón, hay un parecido, dijo Mark estudiando la fotografía.

— Me recuerda a mí mismo a su edad. Mark regresó la fotografía a su lugar de honor. — ¿Entonces, le va bien en la universidad?

— Eso creemos. No tenemos noticias de él a menudo, una llamada telefónica cada dos semanas, pero usted sabe como son a esa edad, lejos de casa por primera vez, es si se olvidaran que mamá y papá existen.

— Pero seguro este no es el caso.

— Pero él estará en casa dentro de pocas semanas, entonces lo tendremos aquí todo el verano. La madre de Mark frunció el ceño. — No ha tocado su té. ¿Lo encuentra bueno?

— Sí, está estupendo, dijo Mark, frotando las comisuras de sus ojos para contener las lágrimas. Fingió tomar otro sorbo. — ¿Cómo es él, su hijo?

— Oh, justo igual que su padre. Trabaja tan duro, cada minuto que Dios le brinda.

El teléfono timbró. La madre de Mark se levantó de su asiento.
— Lo siento. Si me disculpa. Ella se apresuró hacia el pasillo y levantó el auricular. — Hola. ¿Sí? ¡Mark!

Mark se estremeció, temiendo haber sido descubierto. Pero su madre continuó hablando. — Justo estábamos hablando de vos. Ella le hizo un gesto con la mano a Mark en la sala de estar. — Un pariente de Canadá, por aquí investigando sobre su árbol genealógico. El señor, um... ¿Lo siento, cuál me dijo que era su nombre?

— Harry, dijo Mark usando el primer nombre que le vino a la mente.
— Harold... Jones.

— Harold Jones, su madre repitió al teléfono. — Se parece un poco a vos, gracioso, ¿cierto? Bueno, basta de hablar tanto, ¿hay alguna cosa que necesitéis?

Hubo una pausa. La madre de Mark alcanzó un lápiz y una libreta.
— Oh, ya veo. ¿Cuánto necesitás esta vez?

Mark la miró desde la habitación de en frente. Ella se veía tan feliz, tan llena de optimismo. Mark dejó su taza de té y frotó otra lágrima de sus ojos.



— ¿Pero, que tiene esto que ver con Mark Whitaker? ¿Por qué van tras él?, preguntó Rory.

— El Ángel Lloroso lo envió a de regreso a 1994 por una razón. El Doctor se lanzó alrededor de la consola haciendo ajustes en los interruptores, palancas y en lo que parecía ser el dispensador de tiquetes de un conductor de autobús. — Específicamente lo he señalado. Aquí hay *un plan* en marcha.

— ¿Qué plan?, dijo Amy.

— No sabremos la respuesta hasta que encontremos a Mark Whitaker. Entonces tendremos que regresarlo a 2011 antes de que cambie la historia.

— ¿Pero por qué eso es tan malo?, dijo Rory. — Vos siempre estás diciendo que el tiempo puede ser reescrito.

El Doctor le dio a Rory una dura mirada. — *Puede* serlo. Pero eso no significa que *debamos*. Puedo reescribir el tiempo, *sí*, porque sé lo que estoy haciendo. Mientras que un ser humano, que comete un error...

— Sí, pero vos estás exagerando un poco, ¿cierto? Digo, ¿cuánta diferencia puede hacer un hombre?

— Un hombre, Rory, puede cambiar todo el mundo. Ya deberías saber eso.

— Oh, muy bien. Tenemos que detenerlo.

— Rápido. Pero tenemos que encontrarlo primero.

*

— ¿Por cuánto tiempo estará en el país? La madre de Mark preguntaba mientras él salía por la puerta principal hacia el camino de grava.

— Oh. Alrededor de una semana más o menos.

— ¿Y entonces volverá a Canadá?

— Sí, ustedes, um, deben venir y visitarnos. Mark le había dado a su madre una dirección falsa, esperando que ella no se ofendiera demasiado si pasaba los próximos años enviando tarjetas de navidad a un pariente lejano que nunca le enviaba ninguna.

— Eso sería lindo. Siempre le insisto a Patrick que tomemos vacaciones, esta podría ser justo la excusa que necesito.

— Recuerdo. Ustedes nunca tuvieron una luna de miel, dijo Mark en voz baja.

— Lo siento. ¿Qué?

— Nada. Mark aclaró su garganta. — Deberían, gp, realmente deberían hacerlo, antes de que sea demasiado tarde.

La madre de Mark frunció el ceño. — ¿Qué quiere decir con “demasiado tarde”?

Mark tragó saliva. El aire de repente parecía muy escaso. — Nada.

— No, usted quería decir algo, ¿no es cierto? ¿Qué fue lo que dijo?

— Digo, bueno, mi padre siempre le prometía llevar de vacaciones a mi madre, pero un mes antes de su retiro sufrió un ataque al corazón. Sabe podría ser algo hereditario. Debería hacer que papá se vaya a hacer un chequeo.

— ¿Papá?

— Digo, Patrick. Porque ese tipo de cosas pueden ser curadas, si se detectan suficiente antelación.

La madre de Mark lo consideró. Las palabras de Mark la habían asustado. — No sabe cómo es él. Terco.

— Mi papá era igual. Por favor. No acepte un no por respuesta.

— Haré mi mejor esfuerzo, dijo la madre de Mark ofreciéndole una mirada cautelosa.

— Disculpe. De todos modos. Tengo que marcharme, dijo Mark sonriendo con valentía. — Me encantó conocerla. Y gracias por el té. Él estrechó su mano. A medida que sus dedos se tocaban, los dedos de Mark se estremecieron, como si recibiera una pequeña descarga eléctrica.

— Gracias por venir. Dele mi amor a, er, Canadá.

— Adiós. Mark sonrió y se dirigió hacia el camino de grava. Escuchó a su madre llamarlo pero no se atrevió a mirar atrás. Él no podía permitir que ella viera las lágrimas corriendo por sus mejillas.



El piso de la TARDIS se tambaleó y retorció como un caballo salvaje. Amy se aferró a Rory para salvar su vida, mientras que Rory se aferró a uno de los pasamanos de las barandillas. El Doctor bailó alrededor de la consola, sus ojos brillaban con emoción y locura. — Creo, él miró hacia el escáner, luego de digitar una orden en el teclado de la consola, — Sí, creo que lo encontramos.

— ¿Lo encontramos? ¿Dónde?, dijo Rory.

El Doctor movió una palanca y un mapa de Gran Bretaña apareció en la pantalla del escáner. Éste amplió un punto en el norte de Londres. Un brillante punto verde se deslizó hacia arriba, rodeado por círculos pulsantes. — Una fuente de vibración temporal... deténganme si habló demasiado técnico... se está dirigiendo al noroeste.

— ¿Pensás que ese es él?, dijo Amy.

— Una paradoja muy grande que solo aguarda suceder. ¿Quién *más* pensás que pueda ser?

— ¿Se dirige al noroeste? Rory extrajo el papel doblado de su bolsillo. — Aguarden un segundo. De acuerdo con este currículum, en 1994 Mark Whitaker estaba estudiando en la universidad de... Rory revisó el papel. — Warwick.

— ¿No piensan que él está tratando de encontrar a su yo más joven?, dijo Amy.

— Creo que es exactamente lo que está tratando de hacer. El Doctor examinó el escáner. — Lo curioso es, sin embargo, que parece que está viajando a más de mil seiscientos kilómetros por hora...



— ¿Té, café, emparedados?

— No, gracias, dijo Mark.

El camarero del ferrocarril le dio una sonrisa cortés y luego movió su carrito a lo largo del vagón de tren. — ¿Té, café, emparedados?

Mark miró por la ventana al exterior, mirando los campos, los arroyos, los caminos y los puentes pasar ante él como un borrón. Las pequeñas villas y pueblos se deslizaban a la distancia y su reflejo flotaba junto con el aire del tren.

Él revisó su reloj. Otra hora más o menos y estaría de regreso en la universidad. Dentro de su cabeza, se atropellaba con las palabras que quería decir. Tenía tanto que contarle a su yo más joven.

Mark se frotó su mano derecha. La sensación de hormigueo parecía estar empeorando. Probablemente era solo una lesión muscular, pero algo lo hacía sentirse incómodo. Como si estuviera siendo observado.

Él miró hacia afuera de nuevo. Los árboles se precipitaban en pasar y las líneas eléctricas corrían de arriba para abajo. Y mirando hacia arriba no había nada más que el cielo azul...

... Y una cabina de madera que giraba en medio del aire. Flotaba casi a treinta metros sobre el suelo, girando y revoloteando erráticamente pero permaneciendo siempre paralela al tren.

Esa cosa lo estaba siguiendo.



En el interior de la TARDIS, El Doctor, Amy y Rory miraban el escáner, que mostraba un acercamiento del tren Inter City 125 a través de la verde campiña británica.

El Doctor ajustó los controles para acercarlos más. — Podría ser un punto de turbulencia. Ese asunto del tiempo no nos permitirá acercarnos demasiado.

El Doctor corrió hacia las puertas exteriores y las empujó para abrirlas. Un viento impetuoso irrumpió en la sala de control con un rugido. Balanceándose en el umbral El Doctor gritó con alegría como un marinero en una tormenta, con el viento azotando su cabello.

Mientras Rory permanecía en la consola, Amy luchaba por abrirse paso hacia El Doctor, el viento causaba que sus ojos lloraran. Agarrándose del marco de la puerta con fuerza, ella se inclinó hacia afuera y miró hacia abajo.

Estaban volando sobre el tren. Los árboles y las torres de alta tensión pasaban a gran velocidad a solo unos pocos metros debajo de ellos. Esto le recordó a Amy una escena de una película de Harry Potter, donde Harry y Ron perseguían el Expreso de Hogwarts.

— No hay duda de ello, El Doctor volvió a gritar. — No somos los únicos que lo han encontrado. ¡Miren!

El Doctor señaló hacia el último vagón del tren... Seis figuras grises agazapadas en el techo, aferrándose a al vagón con solo sus manos, con sus alas desplegadas. Todos perfectamente inmóviles, como estatuas.

Capítulo 4

El momento de la decisión había llegado. Nuestro Graham tenía resumidas las respuestas de las tres citas posibles, y la muchacha había hecho su elección. El público gritó y aplaudió mientras los dos que ella pudo haber elegido pasaban, luego la pared divisoria se deslizó, los citados se besaron, eligieron su sobre de vacaciones y el tema musical de *Cita a Ciegas* inició.

Viendo el programa, ellos jugaron el usual juego de decidir de a quién seleccionaban para una cita, con Rebecca y Sophie eligiendo los muchachos, Mark y Lucie eligiendo a las muchachas y Rajeev deliberadamente negándose a levantar la mirada de su copia de *La Nueva Ciencia*. Sophie siempre elegía al muchacho que más le recordara a Mark, y luego ponía mucha atención a la selección de Mark para descubrir que le había gustado a él de las muchachas.

— Esto es aburrido, declaró Rebecca, ella se estiró en su lugar en el sofá maltrecho y caminó en frente de la pantalla. — Tenemos que salir o en realidad podemos morir de viejos.

— ¿Qué es lo que sugerís?, gritó Lucy desde la cocina, tirando los restos de pasta en el basurero.

— No sé. Ir a la noche del sábado en la discoteca en grupo o algo. No podemos quedarnos aquí viendo tele toda la noche. Eso es lo que nuestros padres harían.

— Bueno, yo voto por eso, dijo Lucie.

— Vos siempre votás por eso. ¿Y qué hay con vos, Mark?

— No sé, dijo Mark. — Debería regresar a trabajar, en serio.

— *Mark* tiene un examen el lunes, dijo Sophie, rodeando su brazo posesivamente alrededor de él.

— Lo cual es dos días de alejamiento, dijo Rebecca. — Mirá, es un hecho científico bien conocido que si no tomás descansos durante tu estudio tu cerebro explotará. ¿No es cierto, Rajeev?

Rajeev asintió sabiamente, sin levantar la mirada de su revista. — Un hecho probado.

— Y si vos vas a estar sentado aquí viendo tele, también podrías salir, ¿cierto?

— Vos podés ir, sugirió Sophie. — Mark y yo simplemente tendremos una noche en casa. Ella se acurrucó.

— No sé, dijo Mark. — A mí como que me apetece salir de casa. Él sonrió en complicidad con Rebecca y Sophie sintió una oleada de celos. Rebecca... o Bex, como ella prefería ser llamada... siempre lograba que Mark hiciera lo que ella quería. Y él siempre se reía de las bromas de Rebecca, pero nunca se reía de las bromas que *Sophie* hacía. ¿Por qué Rebecca no podía conseguir ella misma un nuevo novio, o regresar con el lindo pero tonto de Dennis?

— Si pero en realidad no podemos costearlo, Sophie le recordó a su novio.

— El por lo cual que sugerí que la Unión, dijo Rebeca. — Quizás el sitio no sea la gran cosa, pero es el más barato de entre todos de los clubes de Leamington. En la pantalla detrás de ella Michael Barrymore presumía sobre la publicidad de unas barras de chocolate.

— Muy bien. Mark se puso lentamente de pie. — Será la Unión. Todos afuera en media hora. Reclamo la ducha. Oh, y Bex, tratá de no usar el agua caliente mientras me ducho. Ser repentinamente congelado hasta la muerte no fue gracioso la primera vez, ni las otras cinco.

— No sé, sonrió Rebecca. — Para mí fue muy gracioso.

— Prometé que no lo harás.

— Muy bien. Lo prometo. Si sucede de nuevo será *un auténtico* accidente.

— Pero yo no puedo ir, protestó Sophie. — No vestida así. Ella sería un hazmerreír, ir a la discoteca vistiendo un jersey grueso y unos pantalones vaqueros.

— Siempre le podés pedir prestado algo a Rebecca, seguro que a ella no le importaría. Sonriendo para sus adentros, Mark subió las escaleras. Quienquiera que hubo diseñado esta casa tenía algo con las escaleras y trató de incorporarlas por medio de pasillos en todo lugar posible.

— Él solo estaba bromeado, lo sabés, dijo Rebecca con mucho tacto, como si no fuera obvio que a Sophie no le sería posible entrar en cualquiera de los vestidos de Rebecca. ¿Estaba Mark insinuando que la encontraría más atractiva si perdía peso? ¿Qué debería ser delgada como Rebecca?

— Sos bienvenida a utilizar cualquier de mis cosas, dijo Lucy. — Aunque probablemente no sean de tu estilo. No, pensó Sophie, refiriéndose a los pantalones de excedente del ejército de su amiga y la camiseta *Hermana de Shakespeare*.

— Está bien. Lo sobrellevaré, dijo Sophie. — Dentro de media hora, entonces.

— Salida con el compañero de piso. Tiempo para fiestas. Excelente, dijo Rebeca. — ¿Vendrás, Rajeev?

— No. Estoy bien así, dijo Rajeev. No es mi ambiente. Además, prometí telefonear a mis padres más tarde, por lo tanto eso ocupará mi noche.

— Hací lo que querás. Ahora, si me disculpás, dijo Rebecca. — Tengo que volverme una preciosidad. Esta va a ser una noche para recordar.



Su vieja casa, justo como la recordaba. Mark había tomado el autobús desde la estación de Coventry a Leamington Spa, el mismo viaje que había hecho una docena de veces antes, y ahora aquí estaba, de pie afuera de la terraza de la casa que él había compartido con Rebecca, Lucy y Rajeev en su segundo año de universidad. Verla hizo a Mark sentirse... ¿cómo sintió él? Emocionado, sí. Nostálgico, como descubriendo una antigua foto escolar. Pero con un tinte de tristeza, por todo lo que había perdido.

La puerta principal se abrió y Mark se agachó para no ser visto. Tres muchachas y un muchacho salieron, el corazón de Mark se detuvo. La primera muchacha, con un peinado negro con fuerte apariencia gótica, era Lucy. Luego estaba Sophie, su ex novia, con todas sus curvas, pecas y su cabello corto castaño estilo garçon.

Y luego estaba Rebecca. Oh, Dios. Se veía perfecta. Tenía un largo cabello rubio y vestía un top blanco y negro con un diseño inca y leotardos. Su risa resonaba en el aire crepuscular.

El muchacho era el propio Mark más joven. Cabello castaño corto con gel y raya en el medio, anteojos estilo John Lennon, tez amarillenta, mejillas rojas. Vestía su mejor camisa marca Fred Perry. Él se miraba tan joven, tan... inocente. Riendo con Rebecca sin importarle el mundo.

Mark los miró marcharse. Tenía que esperar hasta que su yo más joven estuviera solo; no podía hablarle mientras los otros estuvieran a su alrededor.

Manteniéndose bien atrás, pero sintiéndose demasiado notorio, Mark siguió a su otro yo de 20 años por el camino.



— Entonces, ¿cuál es el plan?, pregunto Amy mientras miraba a Mark seguir a su yo más joven a la parada del autobús. El viejo Mark luego se permaneció atrás, manteniendo su cara lejos del grupo de estudiantes.

— Atraparlo antes de que él se atrape a sí mismo, dijo El Doctor agachándose detrás de la pared del jardín. — Antes de que su yo más viejo alcance a su yo más joven.

— Vos hacés que suene tan simple.

— Y lo más importante, antes de que alguno de *ellos* alcance a cualquiera de los dos Mark. El Doctor apuntó hacia el techo de la casa con terraza desde la cual el joven Mark había salido. Le tomó un momento a Amy darse cuenta qué era lo que él estaba señalando. Seis Ángeles de piedra, situados en lo alto de la mampostería, como gárgolas.

— ¿Pero por qué están tras él, de nuevo me pregunto?, preguntó Rory.

— Son como polillas en busca de la llama, murmuró El Doctor. — Si Mark tiene éxito en cambiar su propio pasado, creará una paradoja. Una vez que haya alterado su propia línea de tiempo, el joven no envejecerá para convertirse en el viejo que hizo la alteración. Lo cual creará toda una clase de desagradables y peculiares efectos colaterales, incluyendo la liberación de una vasta cantidad potencial de energía temporal.

— ¡Es por lo cual los Ángeles están tras él!, dijo Amy manteniendo su mirada fija en los Ángeles de la azotea.

— Exactamente. Mírenlos. Están hambrientos, desesperados. Entonces alguien hace sonar *el gong del almuerzo*.

— Um, Doctor, dijo Rory, apuntando hacia la parada del autobús. Amy se volteó a mirar... para ver al joven Mark y sus tres amigas subir al autobús, seguidos por el viejo Mark. Entonces, recordando de repente, Amy se dio la

vuelta para mirar hacia el edificio. Pero los seis Ángeles habían desaparecido.

— ¡Vamos!, gritó El Doctor, salvando el obstáculo de la pared y lanzándose hacia la parada del autobús. Amy y Rory corrieron tras él, pero llegaron demasiado tarde. El autobús se alejó y rugió a la distancia.

El Doctor giró sobre sus talones, buscando inspiración. Un automóvil se aproximó y El Doctor se zambulló en frente a él. Amy dio un grito silencioso. El automóvil chilló para detenerse a unos pasos por delante del Doctor, quien caminó hacia la ventanilla del conductor, agitando amenazadoramente el estuche que contiene el papel psíquico.

— Hola. Soy un policía, dijo él, haciendo un gesto a Amy y a Rory para que se sentaran en el asiento trasero. Entonces él se deslizó al asiento del pasajero contiguo al conductor, y con el aspecto sobresaltado de un vicario dijo, — ¡Ahora siga ese autobús!



El sol del atardecer bañaba el edificio de la Unión de Estudiantes con un brillo rojizo y estiraba las sombras de los estudiantes que se pululaban por fuera. Sophie se aferraba del brazo de Mark posesivamente, reteniéndolo atrás mientras Bex y Lucie se abrían camino por la pasarela de entrada.

Los guardias de seguridad de la puerta revisaron sus tarjetas NUS [N.T.: Tarjetas de la Unión Nacional de Estudiantes.] y luego el grupo se dirigió hacia el interior semi oscuro.

El lugar estaba atestado. Delante de ellos, cientos de estudiantes llenaban la pista de baile La Plaza del Mercado, sus caras sonrojadas y humedecidas por el sudor, iluminadas por luces verdes y rojas provenientes de lámparas giratorias. Los coros de la canción “Things Can Only Get Better” resonaban por los altavoces y el pesado olor a transpiración y a humo llenaba el ambiente.

Ellos se aproximaron a los límites de la pista de baile, el territorio de aquellos demasiado súper o demasiado apenados para bailar. — ¿Algo para beber?, preguntó Mark a las muchachas.

— Estoy bien, dijo Bex, — Se me antoja un poco de baile primero. Sin esperar por una respuesta, ella se dirigió a la pista de baile y empezó a balancearse al ritmo de la música, estirando los brazos sobre su cabeza. Mark solo pudo mirarla con admiración. Él nunca podría hacer eso, simplemente caminar, sobrio, hacia la pista de baile, sin llevar a nadie más con él, pensó. Usualmente le tomaba media hora reunir valor. Pero cuando Bex bailaba se veía segura de sí misma y con gracia. Cuando él bailaba, Rebecca le decía, parecía que estaba abriéndose camino a través de lodo mientras daba manotazos a abejas invisibles.

— No me importaría una bebida, dijo Sophie, arqueando una ceja en desaprobación. Oh, Dios, pensó Mark. Ella creyó que estaba mirando a Bex porque a él le interesaba. Sophie algunas veces podía ser tan paranoica.

— Bien, vamos, dijo Mark, y juntos, él, Sophie y Lucy se apretujaron a través de la multitud hacia las luces del Bar Mandela.

Mark aguardó hasta que su yo más joven hubiera entrado en el edificio antes de unirse a la fila de entrada. Se sentía absurdamente notorio. Aquí estaba él, a sus 37 años, rodeado de estudiantes casi veinte años menores que él. Ellos le lanzaron miradas de compasión y se reían disimuladamente de su ropa.

Al aproximarse al edificio, sin embargo, le trajo de vuelta una multitud de recuerdos. Se veía como un parqueo para automóviles que tenía un extremo inclinado hacia un lado, una losa de concreto con un desnivel rodeada por terrazas poco profundas. Era austero y angular pero para Mark representó uno de los momentos más felices de su vida.

¿Pero cómo podría entrar? Los guardias de seguridad ya le habían visto de forma dudosa. Tenía que engañarlos de algún modo, pretender ser un padre preocupado o algo.

El estrepito de vidrio quebrándose interrumpió los pensamientos de Mark. Inmediatamente todos los estudiantes en la fila corrieron a la orilla de la pasarela. Los dos guardas de seguridad también fueron a mirar sobre la orilla. ¡Qué Diablos!

Mark aprovechó la oportunidad. Mientras los guardias trotaban bajando las escaleras para investigar el disturbio, él caminó calmadamente hacia la entrada y se deslizó dentro.



¡Estudiantes! Normalmente ellos solo roban conos de tránsito. Pero ahora, de algún modo, esta vez, lograron robar toda una estatua.

Trev buscó en todas direcciones a los culpables pero allí no había nadie a la vista. Lo cual no tenía sentido. Quienquiera que ellos fueran, habían logrado apuntalar la estatua contra una de las ventanas del edificio, con uno de sus brazos extendidos como si estuviera en el acto de perforar a través del vidrio. — ¿Qué pensás, Nick?, preguntó Trev.

— Solo Dios sabe. Nick se agachó junto a la estatua. — Pienso que a alguna tumba le está faltando su lápida.

— ¿Pero cómo hicieron para traerla aquí? ¿No pudieron haberla descargado sin ser notados? ¿Quizás esto cayó desde la azotea?

Trev examinó la parte superior del edificio para detectar cualquier signo de movimiento.

— Estúpidos, idiotas... Nick dio un grito sobresaltado. Trev se dio la vuelta para ver qué lo había alarmado.

La estatua había desaparecido. Donde una vez había estado ahora no había nada excepto una zona limpia en el suelo rodeada de vidrios rotos.

— Solo me volví un segundo, dijo Nick incrédulo. — ¿A dónde ha ido esa maldita cosa?



Amy, El Doctor y Rory trotaron pasando el Centro de Artes y cruzaron el camino. Delante de ellos estaba el edificio la Unión de Estudiantes, sus ventanas más bajas parpadeaban con luces multicolores. Mientras se aproximaban, El Doctor disminuyó la velocidad, permitiendo a Amy y a Rory recuperar el aliento. — Nos estamos acercando, dijo él.

— ¿Acercando a qué?, dijo Amy.

— Una acumulación de energía temporal potencial. ¿No podés sentirla? El Doctor movió sus dedos y olfateó. — Una tensión en el aire. Como antes de una tormenta eléctrica.

— Sí, Rory se encogió de hombros. — Pero simplemente pienso que una tormenta eléctrica está por venir.

— Una tormenta eléctrica *está* llegando, dijo El Doctor sombrío. — A menos que la detengamos. Miren.

Un rayo surcó la superficie del edificio, deslizándose sobre el concreto como una lagartija sorprendida, antes de desaparecer con un resplandor azul.

— ¿Qué fue eso?, exclamó Amy.

— El gong del almuerzo, dijo El Doctor. Él enderezó su corbata de lazo y los puños de su chaqueta. — Ahora, necesitare su ayuda. ¿Me veo como el tipo de persona que va a la universidad?

— ¿Disculpá? ¿Qué si vos *te ves* como el tipo de persona que va a la universidad?

— Sí, El Doctor apartó el flequillo de sus ojos. Él estaba muy serio.
— ¿Bueno? ¿Lo parezco?

— Un poco, Doctor. Solo un poco, Amy le aseguró en tono de broma.
— Tal vez no en esta década, pero sí.

— Solo decí que sos departamento de matemáticas y todo irá bien, sugirió Rory.

— Bueno. Bueno. Porque ese es el departamento *súper*, y yo me veo *súper*, ¿cierto?

— Exactamente, rió Amy. — Y por *ninguna otra* razón. Entonces ella puso su mano sobre su boca y fingió toser sonando como “friky.” Rory rió pero El Doctor pareció no notarlo.

Se dirigieron a una pendiente de un paso subterráneo donde un guardia de seguridad revisaba las identificaciones de los estudiantes. Frotando sus

manos con expectación, El Doctor se unió a la fila. Desde el interior del edificio llega el ruido sordo de la música.

El Doctor le sonrió al guardia y abrió el estuche del papel psíquico.
— Hola, soy del departamento de matemáticas. Y estos dos son mis estudiantes. El Doctor se inclinó para susurrar. — Me doy cuenta que ellos no se ven tan súper como yo, pero son auténticos estudiantes, créame.

— Lo que sea, dijo asintiendo el guardia de seguridad. — ¿Siguiente?

Dentro del edificio, el ruido lo saturaba todo. La pista de baile se balanceaba y agitaba como un mar de brazos y caras. El aire se sentía incómodamente caliente pero tenía el sentido casi tangible de la emoción. Esos estudiantes estaban teniendo la noche de sus vidas. Bailando, riendo, besándose, olvidando todos sus problemas.

El Doctor movió sus dedos expectante. — Tenemos que encontrar a dos personas. O mejor dicho, a la misma persona *dos veces*.

— Ustedes van a sugerir que nos dividamos, ¿no es así?, dijo Rory resignadamente.

— Creo... El Doctor hizo una pausa, perdiendo la idea. — Creo... que deberíamos dividirnos. Rory, Amy, encuentren al Mark joven, probablemente esté aquí en algún lugar. Él señaló la muchedumbre abarrotada de estudiantes rebotando de arriba para abajo al ritmo de "The Size of a Cow." Yo encontraré al viejo.

— ¿Y cuándo lo encontremos?, dijo Amy.

— Tenemos que conseguir que los dos Mark estén tan lejos entre sí como sea posible.

— Tan lejos como sea posible, entendido, dijo Amy ofreciendo su mano a Rory. ¿Rory, bailás?

— ¿Estás pidiéndomelo?

— Te lo estoy pidiendo, amor mío.

— Entonces bailaré, dijo Rory tomando su mano. Amy tiró de él hasta la pista de baile con una sonrisa sugerente.

— Ah, y una cosa más, gritó el Doctor tras ellos. — ¡Mantengan un ojo alerta para los Ángeles!



En otro lugar en la pista de baile, el Mark de 20 años, saltaba y giraba entre la multitud, olvidando toda conciencia de sí mismo por el momento. Él tenía un par de pintas de cerveza dentro y estaban tocando sus canciones favoritas a un volumen ensordecedor, eso era todo lo que importaba. Esa era la sección de música independiente de la noche, donde las cosas tendían a volverse un poco estridentes. Ocasionalmente, él sería impactado por un codo o recibiría un empujón, pero eso era parte de la diversión.

Sophie no estaba disfrutándolo. Se balanceaba de un lado a otro, como si fuera una obligación, sonriendo solo cuando Mark miraba hacia ella. Rebecca rebotaba alrededor de la pista de baile, saludando y haciendo muecas a sus amigos. Lucie mientras tanto, se había unido a un grupo de muchachas de apariencia intimidatoria cerca del escenario. La última vez que Mark la había visto, ella había estado haciéndole insinuaciones a una gótica muy bonita con un piercing en la lengua.

El desvanecimiento de “Baby I Don’t Care” dio paso a la apertura de gruñidos de “Smells Like Teen Spirit.” La canción tenía una calidad increíblemente buena y se sentía extraño escucharla dada la reciente muerte de Kurt Cobain, pero bailándola se sentía como un homenaje a su vida. Pero Sophie claramente había tenido suficiente y articulaba su boca a Mark para decirle que se quería marchar. El alboroto empezaba a salirse de control.



— ¿Algún rastro de él?, Amy le gritó a Rory mientras agitaba los brazos al ritmo de la música.

Rory gritó algo en respuesta que ella no pudo escuchar. Alguien la empujó y tropezó con un pie, no como para caerse.

— ¿Qué?

Rory negó con la cabeza. — ¡No! ¿Y vos?

Amy negó con su cabeza. — ¡No! ¡Yo tampoco!

— Disculpe, disculpe. Alguien pasó junto a Amy. Ella se dio la vuelta y tomó aire para protestar. Un joven de apariencia familiar le dedicó una sonrisa de disculpa antes de continuar su camino hacia el límite de la pista de baile, seguido por una muchacha con un cabello castaño corto estilo garçon.

Mark, el joven Mark. El tenía una buena apariencia en esta época, aunque un poco nerd. El tipo de muchacho que necesita que le den la mano. Arregle el estilo del cabello y los anteojos y se podría obtener algo mejor.

— Y he encontrado al otro, le dijo Rory a ella al oído. — ¡Mirá!

Rory señaló hacia la esquina del balcón del primer piso, donde un hombre estaba examinando a la multitud. El mismo hombre que ellos conocieron en 2011. — Y, um, creo que tenemos, er, murciélagos en el campanario.

Amy estiró el cuello para mirar hacia el techo, el cual consistía en triángulos montados juntos en una cuadrícula isométrica. Colgados del techo, medio camuflados contra el cemento desnudo, iluminados por destellos rojos y verdes de las luces de la discoteca, había seis Ángeles Llorosos.

Capítulo 5

Mark buscaba entre la multitud signos de su yo más joven. Pensó que lo había vislumbrado un par de veces, pero lo había perdido en medio de todas las caras.

Observando a los estudiantes, él sentía envidia. Envidia de su juventud, de su gran felicidad, por todos los años que tenían por delante. Está bien, esta discoteca era muy monótona comparada con algunos clubes nocturnos

en Coventry, pero ellos se estaban divirtiendo. Y eso era lo que Mark enviaba más que todo.

La máquina de humo siseaba y la febril introducción al estilo drum and brass de la canción electrónica “No Good” por The Prodigy llenaba el salón. Abajo en la pista de baile, muchachos de todo tipo fluían hacia los bares, mientras que muchachos que bailaban salían del bar Rolf. En cuestión de segundos, ellos estaban empujando y girando al ritmo, imitando enérgicamente un gran pez, un pez pequeño, una caja de cartón. Los láseres verdes barrían de atrás para adelante a través de la multitud, intercalados con ráfagas de rayos estroboscópicos. [N.T.: efecto óptico que se produce al iluminar mediante destellos, un objeto que se mueve en forma rápida y periódica.]

Un rayo azul destelló cerca del borde del pretil del balcón, serpenteando por la orilla antes de desaparecer. Extraño. Mark nunca había visto un efecto de luz como ese antes. Y la sensación de hormigueo en sus dedos se había vuelto más fuerte.

— ¿Buscando a alguien? Mark se dio la vuelta para ver al Doctor de pie en el balcón junto a él, con los brazos cruzados como valorándolo.

— ¿Qué está haciendo usted aquí?

— Buscándolo.

— ¿Cómo hizo para llegar aquí?

— De la misma forma que usted. Bueno, no de la misma forma. Tengo mi propio transporte.

— ¿Su propio transporte?

— Por lo cual es por lo que estoy aquí, dijo El Doctor. — Usted va a... ¡Volver al futuro! Él sonrió radiante. — ¡Sabe, siempre quise decir eso!



— Serán tres billetes, dijo el estudiante detrás de la barra. Mark le pagó, y luego recogió las tres pintas de cerveza tipo lager, equilibrando cuidadosamente los tres recipientes plásticos. El movimiento equivocado más

pequeño podría causar que apretara uno de los recipientes resultando en un desastroso derrame. Requirió toda la concentración de Mark abrirse camino fuera del área del bar, lo cual significó que solo se diera cuenta que Sophie le estaba hablando cuando ella se detuvo.

— ¿Qué fue eso? Mark le preguntó a ella mientras llegaban al área tranquila cerca de la máquina de cambio y él colocaba las bebidas en la repisa cercana.

— Dije que quiero ir a casa.

— ¿No te estás divirtiendo?

— Lo estoy. Solo que ya he tenido suficiente. Y tengo examen mañana, no lo olvides. Sophie gritó alarmada cuando dos estudiantes empujaron entre ella y Mark.

— ¡Hey, tengan cuidado a quien empujan!

— ¿Mark Whitaker?, dijo una muchacha alta, con largo cabello rojo y ojos hermosos. Ella habló con un alegre acento escoses.

— ¿Vaya, sí?, dijo Mark volviéndose hacia el otro estudiante, un tipo de apariencia amistosa, de figura cordial, cabello descuidado y sonriendo a modo de disculpa. — ¿Disculpen, los conozco?

— No. Al menos aún no, dijo la muchacha. — Pero ahora eso no es lo importante. Lo que es importante es que venga con nosotros. Detrás de esta muchacha, Mark podía ver a Sophie con el ceño fruncido por la indignación.

— ¿Qué...? ¿Para qué?, preguntó Mark.

— Un amigo suyo quiere hablar con usted, dijo el tipo de apariencia amistosa con confidencialidad. — En privado.

La boca de Sophie se abrió y se cerró, como un pez dorado atónito.
— ¿Qué amigo?, preguntó Mark.

— Lo descubriré, le susurró la muchacha enigmáticamente. — Es una sorpresa.

— Esto no tiene nada que ver con Gareth, ¿verdad? Gareth estaba en el mismo grupo tutorial que Mark, y tenía una reputación de jugar elaboradas bromas pesadas.

— ¿Si decimos que sí, vendrá con nosotros?

— No.

— Bueno, en ese caso, no. No tenemos nada que ver con Gareth, dijo la muchacha.

— Eso es justo lo que él les dijo que dijeran. Está bien, iré con ustedes, dijo Mark, en contra de su mejor juicio. Por su experiencia, las bromas pesadas de Gareth era mejor superarlas tan pronto como fuera posible.

— Pero si esto es para la semana de recolecta de dinero para caridad, no estoy interesado. Él llevó a Sophie un lado. — ¿Podés aguardar aquí? Volveré en cinco minutos.

— No voy a esperarte, Sophie hizo un puchero, dándole a la muchacha de cabello rojo una mirada de “no sé quién es usted pero por favor muérase.”

— O volvés conmigo a casa en este preciso momento... o no molestés en hacerlo.

Mark no podía pensar en algo que decir. Sophie le lanzó una mirada furiosa y se alejó.

— Te encontraré, gritó Mark detrás de ella, antes de volverse hacia la muchacha de cabello rojo. — Muy bien. Vamos a terminar con esto. ¡Muéstrenme el camino!



Los rayos láser giraban a través del humo y sobre los bailarines, dándole a sus caras un matiz alienígena. Los rayos de luz se volvieron más frecuentes, chisporroteando sobre las cercanas máquinas tragamonedas.

El Doctor se recostó en el pretil junto a Mark. — Déjeme adivinar. ¿Usted está aquí porque desea una charla tranquila su yo más joven?

— ¿Cómo lo sabe?

— Es lo que cualquiera haría en su lugar. Desea contarle cosas sobre las cuales cuidarse, cosas a evitar. No se lo recomiendo, he visto intentar eso antes, nunca acaba bien.

— ¿Quién es usted para decirme lo que puedo y no puedo hacer?

— Ya se lo dije, El Doctor lo miró con ojos fríos e inexpresivos. — Soy El Doctor. Soy el hombre que va a salvar su vida.

— ¿Salvar mi vida? ¿De qué?

El Doctor señaló el balcón opuesto. Mientras El Doctor hacía esto, la música de The Prodigy dio paso su coro hiperactivo y las luces se cambiaron a un efecto estroboscópico. Los destellos le dieron a todo un entrecortado aspecto cinematográfico.

En el balcón estaban cuatro estatuas, todas mirando directamente hacia él. Pero por el parpadeo de las luces estroboscópicas, ellas dejaron de ser estatuas por más tiempo. Empezaron a moverse a lo largo del balcón. Dos de los Ángeles se estiraron sobre el pretil, buscando hambrientamente su presa, sus cuellos se retorcían de atrás y hacia adelante, mientras los otros dos continuaron mirando sin pestañear hacia Mark.

Algo agarró el brazo de Mark. Él se dio la vuelta, para ver que era El Doctor. — No se preocupe. Ellos no van a atacarlo. Al menos, *no todavía*.



Amy condujo a Mark y a Rory hasta otro pozo de una escalera sinuosa, rehusándose a admitir, incluso a sí misma, que estaba perdida. Este lugar era como un laberinto diseñado por un loco. Cada vez que pensaba que estaba llegando a algún lugar, ella terminaba de nuevo dónde empezó. O algún lugar completamente diferente solo que se *veía* igual a donde había empezado.

— ¿A dónde vamos?, dijo Mark.

— Ya se lo dije, dijo Amy mientras pasaban por tercera vez por las oficinas del *Warwick Boar*, el periódico estudiantil de la universidad de Warwick. — Es una sorpresa.

— Usted no sabe a dónde vamos.

Amy se detuvo, ya no soportaba más. — Muy bien. ¿Cuál es el camino más cercano para salir?

— No me lo pregunte. Nunca he estado por aquí antes.

— ¿Qué tal por allí abajo?, Rory sugirió un corredor que se bifurcaba hacia la derecha. Dejando a Mark con Rory, Amy se dio prisa en dar la vuelta a la esquina para ver a dónde conducía.

Dos Ángeles Llorosos bloqueaban el camino más adelante, ambos congelados en sus posiciones mientras se lanzaban desde la oscuridad hacia ella con sus bocas abiertas en una visión de odio.

Amy dejó escapar un grito de sorpresa y se alejó de los Ángeles, recordando en mantener al menos un ojo bien abierto todo el tiempo. Ella retrocedió lentamente alrededor de la esquina y hasta chocar con Rory.

— No. Por ese camino definitivamente *no*.

— ¿Escaleras arriba?, sugirió Rory.

Amy miró hacia Rory, para ver que él había abierto la puerta hacia otro lóbrego pozo de escalera. Ella asintió con tanta confianza como pudo.

— Escaleras arribas, eso es.

Mientras Mark y Rory se dirigieron hacia las escaleras, Amy miró hacia atrás por el pasillo. Los dos Ángeles Llorosos habían doblado en la esquina y quedaron con sus cuerpos arqueados, estirando hacia ella con sus dedos con garras.

Manteniendo sus ojos fijos en las dos estatuas, y giñando alternativamente sus ojos, Amy retrocedió hasta el pozo de las escaleras y se retiró hacia los escalones, tan cuidadosa y rápidamente como pudo.



— Pero tengo que hablar con él, protestó Mark.

— Desde luego que sí. No importan las consecuencias, usted simplemente hace que *su vida* sea mejor.

— Eso no es así.

— ¡No lo entiende? ¿Cree que lo enviaron aquí por la bondad en sus corazones? No, ellos están aquí ahora porque piensan que usted va a crear un evento espacio temporal grande y jugoso.

— No me importa, dijo Mark. Él había tenido suficiente del Doctor y de todo el calor, el humo y el ruido; de la omnipresente sensación de picazón en su mano y de esas estatuas que se mueven. Solo quería estar solo.

El Doctor le cerró el paso. — Oh, por la gracia de Dios. Si un argumento razonado no tiene éxito, no me deja otra opción que recurrir a la fuerza bruta.

— ¿Qué?, dijo Mark, y El Doctor lo golpeó en la cara.



Mark siguió a la muchacha de cabello rojo y al tipo de aspecto amistoso a través de la puerta de emergencia y salió a la terraza de la azotea. Luego del calor y la multitud en el edificio, se sentía bien estar afuera en el aire frío de la noche.

— Rory, mantené los ojos en la puerta, dijo la muchacha. — Y hagás lo que hagás...

— No pardeo, lo sé, lo sé. El muchacho miró hacia la puerta de emergencia detrás de ellos, frunciendo el ceño con determinación, como si esperara ver algo estallar a través de ella en cualquier momento.

Mark miró a su alrededor la terraza vacía. — ¿Me ha traído todo este camino hasta aquí solo para esto? Voy a regresar...

— No. Usted tiene que quedarse aquí, dijo el muchacho, colocándose firmemente entre Mark y la puerta de emergencia.

— Ciertamente, Rory, creo que podemos estar tranquilos, dijo la muchacha. Ella miraba sobre el pretil de la terraza, hacia abajo donde dos estudiantes estaban saliendo del edificio. No, eran demasiado viejos para ser estudiantes. Alguien vestido anticuadamente como un profesor estaba

ayudando a un hombre de alrededor de 40 años, de aspecto aturdido, salía trastabillando por la entrada. Desde el ángulo en que se encontraba, Mark no podía ver sus caras, pero podía escuchar a uno de ellos cantando “Rapsodia Bohemia” con el entusiasmo de un ebrio.

La muchacha se lanzó hacia las escaleras que descendían desde la terraza, revisando que el camino estuviera limpio. — Y haga lo que haga, no nos siga.

— ¿Seguirlos? ¡Como si lo fuera a hacer! Ustedes están locos.

— Sí, eso esto, estamos locos. De todos modos, un beso y un adiós. La muchacha sonrió y se apresuró a descender por las escaleras. El muchacho sonrió con mucho sufrimiento y desapareció tras ella.



Mark despertó para encontrar que lo llevaban caminando a través del campus, con uno de sus brazos alrededor del cuello del Doctor. Su frente palpitaba. — Oh Dios. Mi cabeza. ¡Mi cabeza!

— Creo que tuvo demasiado. ¡Solo lo llevo a casa!, explicó El Doctor mientras pasaba a un guardia de seguridad. El guardia asintió. Él ya lo había visto eso antes.

Mark empezó a recordar lo tratado en su última conversación. — ¿Qué es lo que me hizo?

— Le di un puñetazo en su cara. Lo siento, lo hice con tanta suavidad como pude.

Mark retiró su brazo del cuello del Doctor y estuvo a punto de hablar cuando escuchó de pasos aproximándose. Un momento después, Amy y Rory salieron de entre las sombras, sin aliento.

— ¡Doctor!, gritó Amy agradecida. — ¡Allí estás!

— Amy. Rory. — ¿Qué hay con...?

— ¿El otro Mark?, dijo Rory, frotándose los costados. — Lo dejamos en la terraza de la azotea.

— Bien. Bien. Sonrió El Doctor. — Ahora solo tenemos que poner mucha distancia entre ellos antes de que...

— ¿Antes de qué?, dijo Amy.

El Doctor miró hacia atrás por el camino que ellos habían venido. — Oh, mis queridos amigos. No se ven demasiado felices, ¿cierto? Seis Ángeles Llorosos permanecían a veinte metros detrás de ellos, atrapados en el brillo naranja de una lámpara de la calle. Todos estaban gruñendo y arañando el aire.

— Ciertamente, ahora vos los has privado de su cena, no, dijo Rory inexpresivamente.

Amy tragó saliva y alcanzó las manos del Doctor y Rory, y junto con Mark, y se las arreglaron para que todos estuvieran de frente a los Ángeles Llorosos.

— ¡Caminando hacia atrás! ¡Tan rápido como puedan!, dijo El Doctor dando un gran paso hacia atrás, tirando de Amy a la vez. — ¡Y continúen mirándolos! ¡Y hagan lo que hagan, continúen mirándolos!



De regreso en la terraza del edificio de la Unión de Estudiantes, el Mark de veinte años de edad miraba a través del campus universitario considerando su siguiente movimiento. Debería ir y buscar a Sophie. Él ya podía imaginarse la discusión que ellos tendrían. ¿Por qué ella sencillamente no podía divertirse? ¿Por qué no podía ser más como...?

— ¿Así que es aquí donde vos te has estado escondiendo?, dijo una voz familiar detrás de él.

Mark se volteó para ver a Bex aparecer a través de la puerta de emergencia. — ¿Cómo sabías que estaba aquí?

— Tiempo de confesión. Te seguí. ¿Quiénes eran esas personas?

— Ni idea. Solo me trajeron aquí arriba y me abandonaron.

Bex se unió a él en el pretil. Ella no habló durante un minuto, y cuando lo hizo, empezó con una risa, como si pensara que lo que iba a decir no sería tomado en serio. — Mientras te tengo aquí solo, ella dijo. — Hay una cosa sobre la que he deseado saber tu opinión.

— ¿Sí?

— Algo sobre lo que no estoy segura.

— Sí, ¿qué que se trata?

— Esto.

Bex se volvió hacia Mark y lo besó en los labios. Mark apenas pudo contener la sorpresa. Él nunca pensó que le gustara a ella, no así. Pero allí estaba ella, besándolo, de una forma que solo podía significar una cosa. Los labios de ella sabían a bálsamo labial de cereza y eran cálidos y suaves. Y entonces, como despertando de un sueño, todo terminó.

— ¿Eso era de lo que no estabas segura?, balbuceó Mark. Él aún no estaba completamente seguro de que sus pies estuvieran en el piso. Tendría que mirar hacia abajo para comprobarlo.

— Solo quería saber cómo podría ser.

— Y ahora lo sabés.

— Sí.

— Repugnante, ¿verdad?

— Oh, sí, dijo Bex. — ¿Y para vos?

— Me siento un poco enfermo con solo pensar en eso.

— Entonces, probablemente no sea buena idea hacerlo de nuevo.

— No.

Y entonces Mark la besó. Más tiempo que la primera vez, Mark la sosteniéndola contra él, acariciando suavemente la parte de atrás de su cuello, Hasta que, demasiado pronto, ella se soltó.

— No, todavía es repugnante, dijo Bex olfateando.

— Para mí también. En verdad necesito cepillarme los dientes para deshacerme del mal gusto.

Bex se alejó avergonzada y apartó su cabello detrás de la oreja. — Lo siento. Sé que vos estás con Sophie, es solo que, bueno, creo que ella no sabe lo que tiene. Dios, ¿me hace una perra decir eso?

— Probablemente, pero te perdono.

— Hablando de eso, mejor vas a buscarla, dijo Bex con una sonrisa triste y Mark se dio cuenta en ese momento, que sea lo que haya querido decir, ya había pasado y era tiempo de regresar a la realidad.

*

— Doctor. ¡Nos están alcanzando!

— Sí, susurró El Doctor. — ¡Por favor avisáme cuando nos atrapen y nos maten, odiaría no darme cuenta!

Ellos caminaron hacia atrás por lo que pareció casi dos kilómetros, chocando contra paredes y las barreras de caminos a lo largo de su ruta. El problema era, cada vez que uno de los Ángeles se deslizaba fuera de la vista, podría tomar un atajo a través de los edificios e intentar bloquear su camino. Ahora, aunque todos los seis Ángeles estaban a la vista, estaban tan separados que era imposible mirar a más de uno a la vez. Y había solo cuatro personas para hacer el trabajo.

— Esto no está bien, dijo Amy. Cada vez que ella volvía a mirar a uno de ellos, éste había avanzado un poco más cerca, con su boca más abierta, su lengua degustando el aire y su cara contraída en una expresión de maldad total.

Amy escuchó el ruido de un vehículo aproximándose detrás de ella. Sus frenos chirriaron mientras desaceleraba hasta detenerse, seguido por un silbido hidráulico.

Amy presionó su espalda contra una ventana de vidrio, sin pensarlo, se dio la vuelta. Estaba recostada contra una parada de autobuses. Un autobús cálidamente iluminado esperaba en la cuneta. Amy se dio la vuelta para enfrentar a los Ángeles. Éstos ahora estaban a solo dos metros de distancia.

— Doctor, el autobús...

— Muy bien, dijo El Doctor. — Conmigo, a la cuenta de tres. Uno, dos, tres. ¡Ya!

Amy se volvió y echó a correr tan rápido como podía hacia el autobús. Ella saltó a bordo, seguida por Rory, Mark y finalmente, El Doctor. Él se palpó los bolsillos mientras Amy corría hacia la ventana. Los seis Ángeles estaban congelados junto al autobús, tratando de alcanzarlo con sus manos extendidas. Pero ella podía verlos a casi todos a la vez. Siempre y cuando ella no parpadeara accidentalmente.

— Hola, Amy escuchó al Doctor decirle al conductor del autobús.

— Usted probablemente quiere dinero, ¿cierto?

— Vamos, Doctor, exhortó Amy. ¡Vamos! Con el rabillo del ojo, ella pudo observar que Rory también estaba mirando a los Ángeles, así que ella se volvió para mirar al Doctor extraer una variedad de objetos extraños de sus bolsillos: una banana, un teléfono de goma que chillaba, *El Libro Venusiano de la Calma*.

Mark empujó al Doctor fuera de su camino y entregó al conductor un billete de banco. — Listo.

El conductor lo tomó. — ¿Cincuenta billetes?

— Conserve el cambio. Es su cumpleaños.

El conductor se encogió de hombros, cerró las puertas, y el autobús se sacudió hacia adelante. Amy observó a los Ángeles a través de la ventana, aún congelados en la misma posición en la parada de autobuses.

— ¡Lo hicimos! ¡Lo logramos!, vitoreó Rory.

— Fuimos afortunados, murmuró El Doctor mientras se desplomaba en su asiento. — Pero los Ángeles no se rendirán. Él se miró de pronto muy cansado, con expresión grave. — No. Esto solo ha sido el principio.

Capítulo 6

12 de Junio de 1994

— ¿Entonces, qué son exactamente esos “Ángeles Llorosos”?, preguntó Mark.

El Doctor cortó su salchicha y la pinchó con su tenedor. Pero en vez de comérsela, la balanceó en el aire con énfasis. — Son las criaturas más malévolas en la historia del universo, dijo él. — No hay nada que les dé placer más grande que observar sufrir a una especie inferior. Y para ellos, *todos* somos especies inferiores.

— ¿Y ellos se alimentan enviando a las personas atrás en el tiempo?

— Usualmente. El Doctor comió un pedazo de su salchicha. — Pero estos Ángeles son diferentes. Se alimentan de *paradojas temporales*. Entre más potenciales *las ramificaciones*, mejor. Ramificaciones, amo esa palabra. Rory, ¿podrías tomar nota de eso por mí?

— Aún no soy tu secretario, Rory le recordó.

— La vacante aún está disponible. Durante unos pocos minutos, todos ellos permanecieron sentados en silencio en el restaurante del hotel, el único sonido era el estrépito de la cuchillería proveniente de la cocina. — Lo cual es el porqué, anunció El Doctor, terminando su desayuno, — lo cual es el porqué tenemos que llevarlo a casa, Mark Whitaker.

— Pero si los Ángeles quieren una paradoja, dijo Amy, — ¿por qué se toman toda la molestia de traer a Mark hasta aquí? ¿Por qué no solo cambian ellos mismos la historia?

— Porque eso podría hacerlos parte de la paradoja, y terminarían alimentándose de sus propias líneas temporales. Necesitan a alguien que haga el trabajo sucio por ellos. De esa forma, ellos permanecen al margen de la cadena causa-efecto.

— ¿Y si no puedo regresar?, dijo Mark.

El Doctor limpió sus labios con una servilleta y se inclinó hacia adelante.
— ¿Qué quiere decir con “no puedo”?



El supermercado bullía de compradores domingueros, madres con coches para bebé y padres carritos de compras. Ninguno de ellos prestó atención la cabina azul de policía a un lado del juego mecánico del *Bombero Sam*. Pero Mark no podía apartar sus ojos de ella. Era la misma cabina de policía que había visto volando a través del aire siguiendo al tren. La máquina del tiempo del Doctor.

— Déjeme ver si entendí bien, dijo El Doctor apoyándose con toda propiedad contra la puerta. — ¿En el futuro recibió una carta enviada por *usted mismo*?

Mark asintió. — La recibí el día en que viaje al pasado, justo antes de encontrarlo a usted y al Ángel.

— ¿Cómo sabe que la carta era para usted?, preguntó Amy.

— Porque mi nombre estaba en ella.

— Oh.

— Y era mi caligrafía.

— Era su caligrafía, El Doctor repitió dándole vueltas a cada palabra por separado.

— Y mi nombre era el del destinatario.

El Doctor estiró una mano. — ¿Puedo verla? La carta, digo. No el sobre.

— Yo... yo ya no la tengo, Mark tartamudeó.

— ¿La *perdió*?

— La puse en una caja de seguridad. En Londres. No quiero que caiga en manos equivocadas.

— Vaya espíritu cívico el suyo. El Doctor le dio a Mark una mirada sombría. — ¿Y qué había escrito con su caligrafía en esa “carta”?

— Una lista de instrucciones, diciéndome cosas que debo hacer, inversiones que debería ejecutar, cosas que debo realizar para asegurarme de que la historia permanezca en su curso.

— ¿Cómo cuál?

— Como... Bueno, cuando yo tenía 22 o 23 años, fui de vacaciones a Roma. Mientras estaba allí, perdí mi billetera. Tenía todo mi dinero en ella, tarjetas de crédito, todo. Deshice mis pasos pero no pude encontrarla en ningún lugar. Pero cuando regrese a mi hotel, sucedió que ya la había entregado allí.

— Pero cualquiera pudo haber hecho eso, dijo Rory escéptico. — ¿Qué le hace pensar que fue usted?

— ¡Porque no había forma en que supieran en qué hotel me estaba hospedando! Yo realmente no me lo cuestioné en ese momento, solo estaba encantado de haberla recuperado.

— Así que esa *carta*..., dijo El Doctor, ¿...le dice que esté en Roma, en cierta calle, en cierto día, y así usted puede recoger la billetera de su yo más joven y entregarla en su hotel?

— Sí, dijo Mark desafiante. — Eso es, ese tipo de cosas.

— Un equipo de supervivencia Sally Sparrow [N.T.: la muchacha que el Décimo Doctor contacta desde el pasado a través de videos en el presente, para advertirle de una conspiración de los Ángeles Llorosos. Esto en el capítulo Blink. Tercera Temporada, episodio diez, de la serie televisiva Doctor Who.], murmuró El Doctor, despeinando su cabello. — Y si no está allí para hacer eso, usted estará cambiando todo su pasado.

— Exactamente. Lo cual es justo lo que usted dijo que yo no debería hacer, porque...

—... Podría crear una paradoja. El Doctor empujó para abrir las puertas de la cabina de policía e hizo un gesto para que Mark entrara. — Ahora lo llevaré al interior de la TARDIS. En el interior, Mark pudo ver una caverna de Aladino increíblemente grande, iluminada de naranja, un altar central con una columna de cristal, y escaleras que conducían hacia antecámaras abovedadas. El altar zumbaba con energía. Mark estuvo tentado a entrar, pero se mantuvo atrás.

— Esa no es la única cosa que tengo que hacer, hay otras. Hay otras, dijo Mark.

— Lo que interesa, dijo El Doctor, entrecerrando los ojos, — ¿es por qué usted aún quiere quedarse aquí en el pasado?

— ¿Por qué lo quiero hacer?

— Sí.

— ¿No es lo que cualquiera haría, si se le diera la oportunidad?

— No. El Doctor hizo una pausa examinar el juego mecánico del Bombero Sam, que había notado solo recientemente, antes de continuar.

— Eso no es lo que *cualquiera* haría. Le concedo, que todo el mundo le gustaría volver al pasado uno o dos días. Echar un vistazo a algunas bandas, ver a algunos espectáculos, comprar algunas primeras ediciones. El pasado es como un país extranjero. Bonito para visitar, pero nadie quiere vivir allí.

— ¿Entonces, por qué quiere hacerlo?

— Solo quiero hacerlo, dijo Mark, haciendo una pausa para decidir cuánto debía contarle. — Mire, en el 2011, realmente no tenía mucho porque vivir, ¿cierto? Así que pienso, que tengo una oportunidad de una vida más feliz si me quedo aquí, dijo Mark. — Después de todo, es mi decisión.



El Doctor se inclinó sobre la consola, mirando hacia la columna central, exhaló y estampó con furia la palma de su mano contra la consola.

— Humanos, murmuró él y luego se volvió hacia Amy. — Sos de la misma especie que él, ¿qué es lo que pensás?

Amy lo consideró. Ella miraba hacia afuera de las puertas de la TARDIS, donde podía ver a Mark sentado en una de las bancas de madera cerca del juego mecánico del camión de bomberos. — No le creo.

— ¿Y vos?, le dijo El Doctor a Rory.

— Sí, concuerdo con Amy. Tampoco confío en él.

— A pesar de eso, dijo El Doctor. — Él tiene razón. Si Mark no está aquí para completar todas las tareas de la carta que se envió a sí mismo... podría haber otra paradoja.

— Eso si tal carta existe, dijo Rory.

— Sí, agregó Amy. — Es obvio que miente, lo tiene escrito por toda su cara.

— Quizás... Pero la historia acerca de la billetera en Roma tenía cierto halo de verdad, dijo El Doctor. — Y solo él sabe exactamente dónde y cuándo estar. El Doctor golpeó un par interruptores con irritación. — No tenemos elección. Él tiene que quedarse.



El Doctor, Amy y Rory salieron de la caseta de policía, El Doctor se miraba distante. — Puede quedarse, él le anunció al fin. — Bajo ciertas condiciones.

— ¿Cuáles condiciones?

— Número uno. Solo siga las instrucciones en la carta que usted mismo se envió. No vaya a influir la historia en modo alguno. Incluso la más ligera desviación podría ser *desastrosa*.

— Muy bien, comprendo.

El Doctor miró detenidamente a Mark. — Número dos. No hablará, se aproximará o comunicará con su yo más joven. Manténgase fuera de su

camino a toda costa. Lo mismo va para cualquier amigo, miembro de su familia, colegas y novias. Usted no puede tener ningún contacto.

Mark sintió una punzada de culpa. — No hacer contacto. Correcto.

— Lo digo en serio. Solo una palabra, una llama telefónica, una tarjeta postal, y usted alterará todo el curso de su propia línea temporal. No, aguarde. El Doctor gruñó. — ¿Quién fue? ¿Con quién habló?

— Con nadie.

— No. Usted *debió* de haber hablado con alguien. Yo detecto la inestabilidad.

— ¿Inestabilidad?

— Eso es lo primero que atrae la atención de los Ángeles Llorosos. ¿Quién fue?

— Quizás he visitado... a mi madre.

— ¿Su *madre*?, exclamó El Doctor, abriendo su boca a más no poder con asombro.

— Solo le dije hola.

— ¿Solo le dijo hola?

— Bueno. Espero que eso sea todo lo que le dijo. Porque si no lo hizo... El Doctor acarició su barbilla. — Lo que creo es que, usted ha tenido mucha suerte en escapar, porque cualquier cosa que haya dicho, no ha tenido ningún impacto significativo. O no estaría sentado aquí justo ahora.

Le tomó un poco de tiempo a Mark darse cuenta de las implicaciones de las palabras del Doctor. Lo que él le había dicho a su madre, tratando de convencerla de que ella lograra que su padre se realizara un examen médico, no había cambiado nada. Su padre aún podría morir dentro de tres años y medio.

— Le aconsejo que se mantenga tan lejos como le sea posible de su yo más joven solo para estar seguros, dijo El Doctor. — Salga del país si es necesario. Bélgica, *le recomiendo* Bélgica. Y nunca pensé que diría eso.

— ¿Alguna condición más?

— Condición número tres. El Doctor dio una palmada con sus manos como un profesor universitario que calienta para su exposición. — No va a decirle a nadie que usted es del futuro. Ni siquiera en broma. En lo que a cualquier persona de esta época se refiere, usted nació... ¿Cuántos años tiene, Mark?

— Treinta y siete.

— Usted nació hace treinta y siete años. Puede conservar la misma fecha de nacimiento si lo desea. Pero usted no ha viajado en el tiempo. Si alguien pregunta, usted cree que todo el concepto es cosa de ciencia ficción.

— Correcto.

— Necesitará una nueva identidad. Le dejaré los detalles a usted. Mantenga un perfil bajo. No haga nada que levante sospechas. No se case, no tenga hijos.

— No veo porque no...

— ¿No es obvio', dijo Amy. — Porque si usted termina casado con alguna mujer, podría cambiar la historia porque ella *debería* haberse casado con alguien más.

— Está bien. De acuerdo, de acuerdo, dijo Mark tan fuerte que los compradores que pasaban volvían a mirar hacia ellos. — No me involucraré.

El Doctor palpó los bolsillos de su chaqueta. — ¿Necesita dinero?

— Tengo dinero, dijo Mark. — El sobre que yo me envié contenía seis mil libras.

El Doctor silbó con admiración y luego frunció el ceño. — ¿Lo siento, es suficiente?

— Suficiente como para que me dure un par de meses. ¿Está bien si consigo un trabajo?

— Mientras que no sea de Primer Ministro, sí, dijo El Doctor, soltando una sonrisa. — Y hablando de eso, esa carta suya. Tiene que recordar enviársela.

— No lo olvidaré. La guardo a salvo y luego la envío...

— No. No debe enviar *la carta original*. Eso no tendría ningún sentido. Debe hacer una copia, una copia escrita a mano, *idéntica* en todo detalle. Y se envía la copia.

— La copia. Correcto.

El Doctor dio golpecitos siguiendo un ritmo, sobre la parte superior del camión de bomberos de Sam. — Bueno, creo que eso es todo. Oh... y una última cosa.

— ¿Sí?

— Cuídese de los Ángeles. Siempre y cuando se porte bien, usted debería estar bastante seguro. Los Ángeles solo van a ser atraídos por usted si hay posibilidad de una paradoja. Si ve a los Ángeles, significa que está a punto de crear una paradoja, así que sea lo que sea que esté haciendo, deténgase.

— ¿Está seguro de que no vendrás tras de mí?

— Ellos no van a desperdiciar energía persiguiéndolo a menos de que tengan garantizada la comida.

Mark no estaba convencido pero no quería insistir sobre el punto. — Sí usted lo dice.

— Buena suerte. El Doctor estrechó la mano de Mark y esperó en la cabina de policía. Rory le dio una palmada de ánimo en la espalda y Amy le dio un beso alentador en la mejilla.

— Sea un buen niño, le dijo ella antes de seguir a Rory al interior de la cabina telefónica. El Doctor permaneció en el umbral. — No llame la atención. No contacte a su yo más joven. Y *no*, sin importar lo que haga, *cambie la historia*. Él desapareció en el interior, cerrando la puerta tras de él.

La lámpara en lo alto de la cabina destelló, y el sonido de un gruñido y silbando la cabina de policía desapareció de la vista.

Él los había convencido. Mark palpó el bolsillo de su abrigo, sintiendo el peso tranquilizador del sobre acolchado. Lo abrió y revisó la lista de instrucciones, recordando qué tenía que hacer. Primero, conseguir una identificación falsa. Él tenía listo el efectivo, así que no habría dificultad.

Los dedos de su mano derecha hormiguearon por primera vez desde la noche anterior.

— Gracia por venir conmigo, Mark, dijo una voz familiar. Mark se dio la vuelta para ver a Sophie y a su joven yo salir del supermercado, llenos de bolsas de abarrotes.

Mark se agachó detrás del juego del Bombero Sam, manteniéndose fuera de la vista.

— Ni lo mencionés, es bueno salir de la casa, respondió el joven Mark.
— Además, me siento mal por haberte abandonado anoche.

— Estás perdonado, dijo Sophie. — Pero no lo vuelvas a hacer.

— Muy bien. Una taza de té y luego de regreso al emocionante mundo de los contratos legales, dijo el joven Mark. Su yo más viejo lo observó caminar hacia el parqueo con Sophie.

El hormigueo en su mano desapareció hasta que ya no hubo sensación alguna. De repente hubo el sonido de un breve aleteo encima suyo como el sonido de una gran ave elevándose, pero cuando Mark levantó la mirada hacia el techo de supermercado, allí no había nada.

Capítulo 7

2 de Abril de 1994

Mark se sirvió lo último del vino blanco y yacía acostado en la alfombra. Sobre él estelas de vapor cruzaban el cielo. Los árboles susurraban en la brisa y los patos aleteaban y graznaban el río. A la distancia, el castillo Warwik se levantaba de ente el bosque, imponente y antiguo.

Becky... a ella ya no le gustaba que la llamaran Bex... yacía junto a él, haciendo cosquillas en su cuello con un tallo de hierba. — ¿Entonces, dónde está Sophie hoy?, ella preguntó distraídamente, rodando hasta apoyarse en sus codos.

— Fue a casa de sus padres, dijo Mark. — Sin ninguna razón.

— ¿Qué querés decir, sin razón?

— Digo que, no tuvimos ninguna discusión o algo así.

— No estaba sugiriendo vos la hayas tenido.

Mark tomó un sorbo de vino. Él no había tenido una discusión con Sophie porque para tener una discusión, alguien tiene que estar hablando y por el momento, ambos no se hablaban. Él había enviado a Sophie un correo disculpándose desde el centro de cómputo pero aún no había recibido respuesta.

En ese momento un par de corredores pasaron dando saltos y escuchando sus reproductores portátiles de CD. — ¿Qué hay con Anthony?, dijo Mark. Anthony era el último novio de Becky. Él tenía una cara, que en opinión de Mark, recordaba una patata rosada.

Becky ojeó distraídamente a través de su maltrecha copia de *La Mandolina del Capitán Corelli*. — Partido de rugby. Anthony dijo podría unírseos después, pero no lo hará.

— Bien. Mark se estiró de nuevo, tratando de no pensar acerca de Anthony, Sophie, o el trabajo, tratando de perderse en el azul del cielo.

Becky dejó en paz su libro. — Perdoname, no es de mi incumbencia, pero vos no te estás llevando bien con Sophie, ¿cierto?

— Sí, tenés razón.

— ¿Entonces, cuál ha sido tu error esta vez?

— No, tenés razón esto no es de tu incumbencia.

Becky hizo un puchero. — No sé porque vos seguís con ella. Siento ser tan directa, pero ella te hace infeliz, Mark. Es como, si cuando estás solo, sos un muchacho agradable, pero cada vez que estás con ella, simplemente te sentás allí, ceñudo.

— ¿Lo hago?, preguntó Mark, incluso sabiendo que Becky había dado en el clavo. Él ya no disfrutaba pasar tiempo con Sophie. Eso se había convertido en una obligación que había que soportar.

— Tenés que encontrar a alguien más. Alguien con quien en verdad podas llevar una relación.

— Lo haría, pero vos ya tenés a alguien, lástima, qué lástima, dijo Mark burlándose.

— Como bien recuerdo, vos tuviste tu oportunidad. Esa noche, en la azotea de la Unión de...

— Recuerdo. Mark terminó su vino. — Dios. Si Sophie supiera que estuve hablando con vos de esta forma...

— ¿Qué?

— Oh, ella tiene la idea en su cabeza de que yo preferiría irme con vos.

— Bueno, obviamente, bromeó Becky. — Digo, yo estoy sana, ella es un fenómeno de atar. ¿Es por eso que siempre es tan antipática?

— Hey, amigos, dijo Lucy, uniéndose a ellos con una sonrisa y un bolso de viaje que tintineaba. A pesar del calor, ella vestía su acostumbrada camiseta negra, pantalones vaqueros y botas de soldado. Su novia, una muchacha tímida y amante de los libros llamada Emma la seguía de cerca.
— ¿Nos extrañaron?

17 de Febrero de 1996

— Bueno, esto es embarazoso, gruñó Becky.

Mark yacía en una cama desconocida en una habitación desconocida. En la pared opuesta colgaba una reproducción de un Monet y en una pizarra de corcho, sujetas con alfileres, fotos polaroid de fiestas, mascotas y vacaciones. Una ventana daba hacia una mañana fría y con llovizna. Y Becky estaba sentada en la cama junto a él. Mark podía ver su espalda, tan suave y pálida, sus escápulas, su columna. Entonces ella se sacó una camiseta baggy sobre la cabeza él y tiró un par de pantalones vaqueros.

— Supongo, como cosa civilizada, ¿que a vos te apetece café? ¿O té? No tenemos leche.

— Café negro está bien. Mark parpadeó, sus ojos le picaban, ya que había dormido con los lentes de contacto puestos. — ¿Qué es embarazoso?

— ¿Qué te imaginás? Anoche.

Mark recordó. — Oh.

Ayer había sido un mal día. Fue despido de su trabajo en Televentas, un trabajo que odiaba, pero ese no era el punto, él nunca había sido despedido de un trabajo antes. Luego de romper con Sophie... hasta que al fin... él se mudó con Rajeev. Mientras que Mark, desde que se graduó, aún tenía que conseguir una colocación con un abogado, todos sus amigos aún vivían en Coventry y sus alrededores. Pero mientras ellos estudiaban para obtener sus doctorados, él vagaba a la deriva de un trabajo sin futuro al otro.

Él había acudido a Becky por un té y simpatía. Conversaron por un tiempo, acerca de Anthony y cómo Becky difícilmente lo veía desde que él obtuvo un trabajo en Manchester. Luego Becky había hervido algo de pasta, él había salido de prisa hacia la licorería, y pasaron toda la tarde acurrucados en el sofá, mirando por televisión *Cybil*, *Friends* y *Frasier*. En ese tiempo, el Canal 4 transmitía *The Girlie Show*, ellos llegaron hasta la parte de besos y el desabotonado.

— ¿Qué estás diciendo?, dijo Mark, sintiendo su estómago se revolvía.

— ¿Lo lamentás?

— Desde luego lo lamento. ¡Hola! ¿Vos no?

— No.

— Gracias, dijo Becky sarcásticamente mientras se inspeccionaba a sí misma en un espejo. — Muchas gracias, Mark. Por complicarlo más.

— Mirá, sé que estás con Anthony, es solo, bueno, creo que él no sabe lo que tiene, dijo Mark, repitiendo algo que Becky le había dicho una vez.

— No te preocupés, esto quedará entre nosotros.

— Esto no es sobre nosotros. Esto fue solo, solo un tonto...

— ¿Error?

— Vos lo dijiste no yo. Estaba por decir “caso aislado.” Solo tratemos de olvidar que sucedió, ¿está bien? Becky sacó el edredón de la cama.

— Ahora, no quiero ser ruda ni nada de eso, pero creo que tenés que marcharte. Tengo montones de cosas que hacer hoy y no necesito que estés detrás de mí.

Mark le dio vueltas en su cabeza una y otra vez a la conversación, tratando de resolver dónde se había equivocado, que debió de haber dicho. Él se sentó solo en la cocina, bebiendo café instantáneo, mirando el programa *The Chart Show*, en el televisor portátil de Becky. Aparentemente la familia del programa *The Lighthouse Family*, se sentía “feliz.” Mark no compartía su optimismo y lo apagó.

— Cuando hayas acabado, dijo Becky, haciendo una pausa en su camino hacia la puerta vistiendo un grueso abrigo, bufanda y un gorro,

— asegurate que las puertas queden cerradas.

— ¿No pensás que debemos hablar?, dijo Mark.

— ¿Acerca de qué?

— Acerca de lo que sucedió.

— No hay nada de qué hablar, dijo Becky. — Adiós, Mark. Ella partió, la puerta se cerró con fuerza al salir.

Mark acabó su desayuno, lavó la jarra y el tazón, se puso su chaqueta y desafió al mundo exterior.

Algo había cambiado entre Becky y él. El cálido sentimiento de confianza, las bromas privadas y las confidencias compartidas, habían sido reemplazados por un sentimiento tan frío como esa mañana de febrero.

Mark hundió las manos en sus bolsillos y se dirigió a casa, pensando en el hecho de que él había perdido su mejor amiga en el mundo.



Dentro de la TARDIS El Doctor hizo girar la manija del desmaterializador y se lanzó alrededor de la consola, haciendo ajustes aquí, digitando una nueva posición allá, todo mientras miraba una hoja doblada de papel.

— ¿Entonces, qué es eso?, dijo Amy a través del cristal de la columna central tratando de atraer su atención. — ¿Simplemente vas a confiar en él y dejarlo en el pasado?

— No completamente, dijo El Doctor, haciendo una mueca mientras tiraba de una palanca particularmente rígida. — Estoy programando los sistemas de navegación al contenido del C.V. de Mark Whitaker.

— ¿Qué significa eso?, preguntó Rory.

— *Curriculum Vitae*. Es latín. Pensaba que sabrías eso.

— No, ¿qué significa programar los sistemas de navegación?

— Eso significa que la TARDIS va a seguir a Mark a través del curso de su vida. Al joven Mark, me refiero. No importa dónde él esté, la TARDIS no estará lejos. Multidimensionalmente hablando.

— ¿Estás utilizando la TARDIS para vigilarlo?, dijo Amy.

— Lo cual significa que si hay alteraciones en su línea temporal, la TARDIS nos llevará cerca.

— ¿Alteraciones?, dijo Amy. — Querés decir que si el viejo Mark no sabe comportarse...

— Exactamente, asintió El Doctor. — Si en algún punto él se cruza en el camino de su yo más joven o intenta cambiar el curso de la historia... bueno, estaremos allí para detenerlo.

— Pero aguardá, dijo Rory. — Vos dijiste que siempre que hay una acumulación de energía temporal potencial, los Ángeles Llorosos se sentirán atraídos como una polilla a una llama.

— Lo dije, dijo El Doctor, con una repentina solemnidad. — Es por eso que tenemos que llegar a él primero.

16 de Diciembre de 1997

— ¡Mark!

Le tomó al Mark de 24 años un par de segundos darse cuenta que alguien lo había llamado por su nombre. Se dio la vuelta buscando en la zona comercial una cara familiar. Había viejos retirados con abrigos gruesos, familias jóvenes con carritos para bebé, adolescentes con gorros de Santa Claus, todos ellos con abultadas bolsas de compras. Una banda musical tocaba un villancico festivo.

Pero incluso con la leve sensación de emoción en el aire, incluso con las redes plateadas de luces sobre su cabeza, incluso con los esfuerzos combinados de los grupos musicales Slade, Wizzard y Wham!, Mark no se sentía lleno de la alegría navideña. Se sentía entumecido, miserable y ansioso.

Hasta que vio a Becky saliendo a grandes zancadas de entre la multitud hacia él, con el rostro radiante. Ella llevaba un sombrero esponjoso color crema y bufanda, con sus mejillas sonrojadas por el frío. — ¡Mark!, ella repitió, antes de abrazarlo. — ¿Qué estás haciendo aquí?

Mark levantó sus dos abultadas bolsas de compras. — Adiviná.

— Yo también. ¡Por Dios, navidad es una pesadilla! Becky estudió su cara. — Hay algo diferente en vos. ¿Qué es? No me lo digás. No, me rindo, decime.

— Anteojos nuevos, dijo Mark, aunque no eran nuevos, él los tenía desde hacía seis meses antes.

— Te hacen ver bien, dijo Becky con seriedad. — ¡Maravilloso, cariño! — ¿Mirá, no te apetece un café?, es que creo que si no salgo de este gentío, literalmente podría matar a alguien.

— Sí, suena grandioso, dijo Mark. Becky lo guió a través de la muchedumbre, pasando la tienda Woolworths con sus Teletubies recortados en cartón y más allá de la gran fuente de piedra, cuyo torrente de agua brillaba con colores siempre cambiantes.

Becky se detuvo en la fuente, desconcertada. — Hey. ¿Desde cuándo pusieron estatuas aquí?

Mark se encogió de hombros. En realidad él nunca antes las había notado. Seis estatuas de Ángeles de piedra con túnicas, colocadas alrededor del borde de la fuente, mirando hacia afuera. Excepto que todos cubrían sus caras con sus manos.



Ellos entraron en una vaporosa cafetería, para ser recibidos por el coro de la canción “Never Ever” en la radio. — ¿Café? Veamos si recuerdo, ¿negro y sin azúcar?

— Sipi, dijo Mark.

— Buscá asiento, querés, yo los traeré.

Mientras Becky pagaba y recogía las dos tazas, Mark encontró un par de asientos acolchados en la esquina por la ventana.

— Entonces, dijo Becky colocando cuidadosamente los cafés sobre la mesa, sobre una descartada copia de periódico *The European*. — Noticias. Contáme todo. Ella se quitó el abrigo y tomó el asiento opuesto. Mark la

estudió por un momento. Ella se miraba diferente. Tenía su cabello corto y teñido de rojo con una raya rubia, como la chica del programa *This Live*, y llevaba bastante lápiz labial y delineador en los ojos.

— No hay mucho en realidad, dijo Mark. — Aún trabajando para La Asociación de Vivienda. Pero paga el alquiler, casi. Aún buscando un lugar donde practicar y poder quedarme. ¿Y vos?

— Oh, ya sabés, continuo con las disertaciones. Está bien, eso es algo alejado de la profesión. ¿Y qué pasa con todo lo demás? Aún seguís con esa chica, ¿cuál era su nombre?

— Jenny, dijo Mark. — Sí, aún estamos juntos. Él la conoció en su primer día en la Asociación de Vivienda. Ambos estaban contratados temporalmente en la misma oficina y descubrieron que los dos necesitaban alguien cuerdo con quien hablar. Jenny era muy... *determinada*. Había sido idea de ella que Mark cambiara sus anteojos, junto con la mayoría de su ropa. Mark algunas veces se preguntaba incluso si ella tenía sentido del humor. Siempre que Mark hacía una broma ella solo lo miraba como si la hubiera defraudado de alguna manera.

— ¿Y todo va bien?

— Sí, todo bien. No vivimos juntos pero, ya lo sabés, será inevitable.

— Uau, suena serio. ¿Cuánto tiempo ha sido desde entonces?

— Casi un año.

— ¿Un año? Dios, estoy tan desactualizada. Ella sopló la espuma de su café y bebió un sorbo. — Cuando de te vi la última vez, vos apenas empezabas a salir. Ella es la que no tiene ningún sentido del humor, ¿cierto?

— Sí, rió Mark. Becky había conocido a Jenny, muy brevemente, en la fiesta del cumpleaños de Lucy en marzo. Él aún podía recordar la discusión que él había tenido con Jenny de camino a casa, esa había sido su primera gran discusión. La primera de muchas.

Pero mientras que esa había sido la última vez que Becky lo había visto, no había sido la última vez que él la vio a ella. La última vez que la vio, ella

estaba charlando con algunas personas, él no sabía, acerca de la fiesta de regreso a casa de Rajeev en julio. Él la miró desde el otro extremo de la habitación pero por alguna razón Mark no se atrevió ir hacia ella. ¿Qué le podría decir? Luego de esa noche en febrero, ellos no habían tenido una conversación satisfactoria. Él siempre se sintió cohibido y ella siempre daba la impresión de que preferiría estar en cualquier otro lugar.

— ¿Y qué hay acerca de vos? ¿Aún con Anthony?

— Oh, sí. Aún está entusiasmado, bendiciones para él. Vamos a pasar la navidad con sus padres, Becky sonrió. — Lo cual será una agonía. No creo que ellos me consideren como su nuera material. ¿Qué hay acerca de vos, qué estás haciendo?

— Voy a casa, a pasarla con mis padres.

— Oh, suena lindo.

— En realidad no. Mi... Entonces todo se precipitó. — Mi padre tuvo un ataque al corazón hace dos semanas, no murió, pero tuvimos que llevarlo a un hospital para observación, porque podría pasarle de nuevo, y así... y así he tomado tanto tiempo libre como puedo, yo voy esta noche, parece que él va a pasar navidad en el hospital y por eso tendré que estar allí, no solo para verlo, sino para estar allí por mamá, porque al teléfono, ella sonó como si tratara de no llorar y entonces, sí, eso es lo que estoy haciendo esta navidad.

Mark tomó un pañuelo de papel y lo frotó las comisuras de los ojos.

— Oh, por Dios. Lo siento. Becky le dio una sonrisa simpática y de pronto Mark sintió como si estuviera con la vieja Bex de nuevo.

— Mamá siempre insistió en que él fuera a una revisión médica. Aparentemente algunos parientes en Canadá tuvieron ataques al corazón cuando tenían su edad. Pero él nunca fue a eso, siempre demasiado ocupado. De cualquier modo, las compras de navidad, dijo Mark atragantado por un nudo en su garganta. — Qué pesadilla, ¿eh?

— Sí, dijo Becky frotando sus dedos. — Mirá, si necesitás alguien con quien hablar...

Mark sintió el toque de metal y bajó la mirada para ver el anillo de compromiso en el dedo de Becky. Ella vio que Mark lo notó y retiró su mano.

— No te consideran su “nuera material”, dijo Mark, — ya capto la idea. Felicitaciones.

— Gracias.

— ¿Y cuándo es la boda?

— Oh, dentro de poco. Los padres de Anthony quieren organizar esto de forma masiva. Ellos realmente están viendo la serie *Four weddings and a Funeral* y tomando nota. Creo que aguardan hasta que la Catedral de San Pablo esté disponible. [N.T.: La catedral anglicana de la ciudad de Londres.] Estás invitado. Obviamente. Vos, y cuál era su nombre, Jenny. Si aún están juntos.

— ¿Qué es eso de que vos siempre tratás de separarme de mis novias?, bromeó Mark.

— Solo creo que ninguna de ellas es suficientemente buena para vos, eso es todo.

— Sí, dijo Mark. — Lo cual me recuerda. Él metió la mano en su bolsillo buscando su nuevo teléfono celular y lo encendió. Una llamada perdida, un mensaje nuevo. De Jenny diciéndole que la viera en la oficina a las cuatro, que ella lo amaba y que no llegara tarde, X. Mark revisó el reloj. Eran las cuatro y media.

Mark terminó el resto de su café. — Mirá, tengo que marcharme, fue encantador verte, Becky.

— Fue encantador verte también, Mark. Una cosa que deberías saber antes de que te vayás, creo.

— ¿Sí? Mark se puso su abrigo y tomó sus bolsas de compras.

— Ya nadie me llama Becky. Es Rebecca. Y se puso de pie como si fuera a darle la mano. Pero en vez de eso ella rió y le dio un fuerte abrazo. — Y lo que dije, sobre llamarme en cualquier momento, lo digo en serio. Oh, y se te olvida tu periódico. Ella le entregó la copia desechada de *The European*.

— No es mía.

— Oh, dijo ella tomándola de nuevo. Mientras ella lo hacía, un billete de lotería se deslizó de entre sus páginas. Rebecca lo examinó. — Hey, es para mañana. Ella lo puso dentro de las manos de él. — Tómalo. Nunca se sabe. Ella dijo con voz profunda como de anuncio de televisión. — “Podría ser usted.”

Mark deslizó el tiquete dentro de su bolsillo. — Sí. De cualquier forma. Hay que intentarlo, ya lo sabés. Él caminó hacia la puerta y salió a la fría, húmeda y tan navideña zona comercial.

Pero Mark no podía dejar de mirar atrás hacia Rebecca, sorbiendo su café en la ventana. Entonces notó una sensación de hormigueo en su mano derecha, la misma que había tenido la noche en que ellos se besaron por primera vez.

Rebecca acabó su café, pensando en Mark. Él se veía como que no había dormido en días, sus ojos estaban rojos por llorar y por Dios, esos anteojos realmente no se le veían bien. Quería besarlo y decirle que todo estaría bien, pero ella se contuvo.

Entonces ella notó a un hombre de pie frente a su mesa.

Por un momento ella pensó que Mark había regresado, hasta que se dio cuenta que no era él. El hombre se veía familiar, pero ella no podía ubicarlo. Parecía de 40 años, de piel curtida y anteojos oscuros. — Olvide mi periódico, dijo él, recogiendo el *The European* y dándose vuelta para marcharse.

— Hey, dijo Rebecca. — Allí había un billete de lotería, lo siento, mi amigo lo tomó, pensamos que...

— Está bien. Él probablemente lo necesita más que yo. El hombre sonrió y partió, justo cuando el radio del café empezaba a sonar con los coros de introducción de la canción “Angels.”

Capítulo 8

11 de Agosto de 1998

— ¿Le importa si nos unimos a usted?, preguntó Amy.

— No, en absoluto, dijo Mark deslizando una silla hacia ella. — Pensé que podría verlos aquí.

Rory permitió que Amy tomara el asiento con más sombra, mientras que El Doctor se acomodó en una silla directamente bajo el resplandor del sol de medio día. La estrecha calle se horneaba por el calor, intoxicada con el humo del tráfico y un enjambre de turistas. Ocasionalmente las revoluciones grutales del motor ahogado de una moto scooter ahogaba las conversaciones de las cafeterías y los puestos de recuerdos, pero nunca ahogaban el ruido constante y atronador de la cascada salpicante de la Fontana de Trevi.

— Tres frappuccinos, El Doctor le dijo a la mesera. — El mío descafeinado. La mesera se sobresaltó al mirar al Doctor. Su única concesión al calor era unos anteojos de sol. Él debía estar asándose dentro de esa chaqueta de tweed y con esa corbata de lazo, pero no mostraba ninguna incomodidad.

— ¿Cómo me encontraron?, preguntó Mark.

— Inestabilidad, dijo Rory. — El Doctor tiene un detector especial. El aparato que está sobre su regazo, emite pitidos de forma intermitente.

— Oh, sí, recordó Mark. — Cuando nos encontramos la primera vez. Parece que fue hace tanto tiempo. Rory intercambió una ceja levantada con Amy. En lo que a ellos concernía, habían dejado a Mark en el supermercado hacía unas pocas horas, aún así él ya se miraba considerablemente más viejo, su cabello adelgazado, su piel curtida y mostraba líneas profundas alrededor de su boca y ojos.

— ¿Cuánto tiempo ha sido?, preguntó Amy.

— Cuatro años. Ahora tengo 41. Mark sorbió su té y sonrió. — Mientras que usted no es ni un día más vieja.

— ¿Entonces, qué ha estado haciendo? Sea lo que sea, se ve muy bien, dijo Rory refiriéndose al fino traje gris de Mark.

— Portándome bien, dijo Mark con una sonrisa lacónica.
— Manteniéndome fuera del camino de mi yo más joven. He estado viajando... pasé algunas semanas en Bélgica... y ahora tengo mi propio negocio, una pequeña compañía de consultoría comercial. Le entregó su tarjeta al Doctor.

El Doctor la leyó. — “Harold Jones.” ¿Su nueva identidad?

Mark asintió. — Parece encajar en el plan. Bonito y anónimo, nada que provoque sospechas.

— ¿Y qué tipo de “consultoría comercial” realiza?

— No se preocupe. No estoy brindando información acerca del futuro o algo similar. Solo una cubierta para mis inversiones.

— ¿Inversiones?

— Lo he hecho bastante bien por mí mismo en estos últimos años, Doctor. Oh, he sido cuidadoso para no llamar la atención sobre mí... por cada trato sobre el que obtengo un beneficio, me aseguro de hacer otro en el que obtengo una pérdida. Hasta ahora mayoritariamente he estado negociando en Internet la creación de empresas, registrando nombres de dominios y esas cosas, pero recientemente me he movido a las propiedades, a las acciones y, ah, a los musicales en West End. [N.T.: East End es una zona de Londres, situada en la parte este de la ciudad.]

— ¿Musicales en West End?, exclamó Amy.

— Estoy poniendo algo de dinero en un asunto de ABBA que estar por venir. Creo que podría hacerlo bien.

— ¿Entonces, usted es un gran fanático del teatro musical?

— No, pero conozco cuales espectáculos estarán aún presentándose dentro de diez años. Es lo mismo para todas mis inversiones: si sé que una compañía estará aún operando hacia el 2011, compro acciones de ella. ¡Qué sorprendentemente fácil es hacer dinero, si se conoce el futuro!

La mesera entregó los cafés fríos. El Doctor esperó hasta que ella se hubiera marchado para reasumir su conversación. — ¿Y qué hay acerca de esa pequeña lista de cosas por hacer? ¿Cómo le ha estado yendo?

— Véalo usted mismo. Mark tomó una hoja de papel de su portafolio y se la entregó al Doctor.

El Doctor asimiló ambos lados en menos de un segundo. — ¿Esta es la carta de su yo futuro?

— No, esta es la copia. El original lo mantengo a salvo en mi apartamento.

— Muy sabio. El Doctor regresó a la carta. — Ya marcó dos puntos de la lista, por lo que veo.

— Sí, tuve que posponer el inicio uno de mis exámenes de tercer año, porque mi yo más joven estaba retrasado. Y el año pasado, tuve que asegurarme que él terminara con un billete de lotería premiado

— ¿Un ticket de lotería ganador?, dijo Rory con su boca bien abierta.

— No el premio mayor. Solo que acertara suficientes números para que ganara unas dieciséis mil libras.

Amy silbó de la admiración. — ¡Nada mal para un día de trabajo!

— ¿Pero cómo lo hizo?, preguntó Rory. — ¡Todo el asunto de los musicales y los sitios de internet lo comprendo, pero a usted no le sería posible recordar, cuáles eran los números de lotería ganadores, en una semana de 1997!

— No necesita hacerlo, dijo El Doctor entre sorbos ruidosos a su frappuccino.

— ¿Por qué?

— Porque él los *escribió al pie de la carta que él mismo se envió*, exclamó Amy con una sonrisa.

— ¿Eh?, dijo Rory. Cuanto más trataba de comprenderlo, más confundido estaba. No, es inútil. Necesitaría un diagrama.

— Lo cual nos trae al punto número tres, dijo El Doctor. — Y hablando de ellos, aquí *están*... ¡apareciendo en la fecha prevista! Él bajó sus anteojos para el sol y miró directamente hacia la fuente.

Rory siguió su mirada... para ver al joven Mark, en camiseta, con sombrero flexible blanco para el sol, vagando entre la multitud con una muchacha en vestido de verano. Incluso desde esa distancia, Rory podía decir que ella era impresionante.

Entonces Amy, le dio a Rory una mirada la cual sin la menor duda le recordó que ahora era un hombre casado.



Por primera vez en lo que parecía años, Mark sintió la paz. El cielo era azul. El aire era suave y fresco, y él estaba con Rebecca. Pasaron la mañana explorando el Castello de St. Angelo, la Piazza Navona, El Panteón, volando a través de las calles sin fin, pero nunca corriendo, pero siempre emocionados de lo que había a la vuelta de la próxima esquina. Había sido el día más perfecto de todos.

Desde luego, él no estaba con Rebecca, no en el sentido *novio-novia*. Estaban de vacaciones como amigos y nada más, eso había sido acordado por adelantado. Aunque compartían una cama, la compartían con una almohada entre ellos y estuvieron poniendo sus cosas de noche en el baño para evitar vergüenzas.

¿Cómo había terminado él en Roma con Rebecca? Sí él hubiera sabido en enero como las cosas resultarían... eso no lo habría hecho más fácil. Su padre no había sobrevivido al año nuevo y había terminado con Jenny unas pocas semanas después. Mark solo quería ser un buen hijo con su madre por una vez. Charlaron acerca de papá, escuchando historias que él nunca había oído antes, de como ellos se conocieron la primera vez, y de cómo su padre

salió rápidamente de una reunión del consejo para ver a su hijo recién nacido, lo orgulloso que estaba su padre de él y cómo siempre le contaba a todo el mundo de lo orgulloso que él se encontraba de su hijo. Él permaneció en contacto con Rebecca, hablándole casi a diario por teléfono. Y ella había sido grandiosa. Siempre escuchaba, hacía preguntas y hacía sugerencias, incluso lo hacía reír.

En abril fue, cuando Mark se convirtió en el hombro sobre el cual llorar. Rebecca había descubierto que su novio Anthony había tenido relaciones con una de sus colegas de trabajo y que eso había sido así desde que él se mudó a Manchester. Cuando ella lo confrontó acerca de esto, Anthony le suplicó que lo perdonara, pero Rebecca no podía hacerlo. Ella apenas si podía mirarlo sin sentirse enferma.

Pero ella ya había reservado unas vacaciones en Roma y no tenía a nadie con quien ir. No había sido idea de Mark ofrecerse a tomar el tiquete que sobraba. Eso había sido idea de su madre. Ella le recordó a él como su padre nunca había encontrado tiempo para llevarla a París y que él siempre se lamentaba de dejar que la oportunidad se le escurriera de entre los dedos.

Mark se armó de valor para preguntarle a Rebecca si le importaría que fuera con ella. Ella se rió y le dijo que había estado esperando una eternidad por la indirecta. Él insistió en pagar por su mitad de las vacaciones; después de todo, después de ganar en la Lotería Nacional, él podía permitírselo.

Él había llegado tan lejos en los últimos seis meses, saliendo de la oscuridad a la luz. Y como si supiera lo que él estaba pensando, Rebecca tomó su mano y juntos se apretujaron a través del gentío hacia la Fontana de Trevi.

Y la mano derecha de Mark empezó a hormigear.



La pareja alcanzó la terraza en lo alto de los escalones que descendían hacia la piscina turquesa, entonces hicieron una pausa mientras el muchacho le tomaba una foto a la muchacha. Rory, El Doctor, Amy y Mark observaban desde su mesa, mirando desde atrás de sus menús.

— ¿Usted cree que vaya a perder su billetera aquí?

— Eso es lo que recuerdo. De acuerdo con la carta, eso sucederá en cualquier momento.

Rory se inclinó hacia adelante para tener una mejor visión. Él pudo ver la billetera abultando el bolsillo trasero del joven. Pero Rory no podía ver cómo podría caer accidentalmente. Hasta que él notó a un adolescente delgado y de mala apariencia moviéndose furtivamente a través del gentío, la única persona allí que no estaba mirando la estatua de Oceanus. Sin interrumpir su paso, el adolescente extrajo la billetera del bolsillo del joven Mark y se alejó caminando sin rumbo fijo.

El Doctor hizo a Rory una seña con la cabeza. Dentro de unos segundos el ladrón estaría a su alcance. Rory se mentalizó a sí mismo para atraparlo. Pero entonces el ladrón notó que ellos lo estaban observando. El ladrón se lanzó a correr, empujando a ambos fuera de su camino.

Rory se dio vuelta para ver al adolescente deslizándose velozmente hacia un lado de la calle. Sin pensarlo Rory corrió tras él, dando un grito de ¡Alto! ¡Ladrón! A su alrededor, los turistas miraron desconcertados y boquiabiertos.

Rory dobló en una calle lateral para ver al adolescente haciendo a un lado a cualquier espectador que impidiera su progreso. Delante de él un Fiat bloqueó la calle a todo lo ancho. Él simplemente saltó sobre el capó de automóvil, corrió a través del techo y saltó al suelo, continuando su escape. Sin detenerse a pensar, Rory se movió rápidamente sobre el automóvil tras él, haciendo su mejor esfuerzo por ignorar la andanada de bocinazos y el aluvión de improperios de parte del conductor.

El adolescente se lanzó por otra calle lateral, mirando hacia atrás para ver si había perdido a su perseguidor. No lo había logrado. Luego de aterrizar pesadamente sobre el asfalto, Rory redobló su velocidad, ignorando la punzada en su costado. Él persiguió al adolescente a través de un número de callejones cada vez más estrechos, si no lo veía, lo seguía por el ruido de sus pisadas.

El siguiente callejón terminaba en un tramo de escalones. El adolescente ya había subido veinte o más peldaños pero Rory no se rindió. Gruñendo por el esfuerzo, Rory corrió tras él. Los escalones eran increíblemente empinados, elevándose sobre las azoteas y justo cuando Rory pensó que continuarían por siempre, éstos terminaron en una zona de parqueo.

El adolescente se dirigió velozmente hacia una moto scooter, pero antes de que pudiera girar la ignición, Rory se lanzó hacia él, golpeando tanto al ladrón como a su vehículo contra el suelo. En la lucha que siguió, Rory abrió a la fuerza los dedos del ladrón y tirando liberó la billetera de su agarre. Entonces el adolescente empujó a Rory a un lado y se alejó corriendo.

Rory yacía sobre el asfalto, con su pecho agitado, hasta que escuchó al Doctor, subiendo a la carrera las escaleras detrás de él.

— Bien hecho, le dijo El Doctor ayudándolo a levantarse. — Vos has salvado todo el continuum espacio-tiempo.

— Grandioso, dijo Rory con poco entusiasmo, entregándole la billetera.

El Doctor la examinó y negó con su cabeza. — Pero me temo que esta es la billetera equivocada.

— ¿Qu... qué?

— Solo bromeaba, sonrió El Doctor. — Es la billetera correcta. ¡No viste *tu cara*! El Doctor se ajustó su corbata de lazo, sintiéndose terriblemente complacido consigo mismo. — Ahora tenemos que entregarla en el hotel de Mark...



Esa había sido una de las mejores mañanas de su vida, solo para ser seguida por una de las peores tardes. En algún lugar entre el Panteón y la Fontana de Trevi, Mark había extraviado su billetera. La cual contenía todo su dinero, sus tarjetas de crédito, su seguro de viaje, todo.

Ellos pasaron la siguiente hora desandando su ruta, Mark revisaba las cunetas mientras maldecía su propia estupidez. Él sabía que Rebecca no

tenía suficiente dinero para ambos. No les sería posible salir, visitar museos o ver la villa de Adriano en Tivoli. Cuando más pensaba Mark en eso, más furioso se ponía.

Cuando alcanzaron el Panteón, Mark se desplomó contra una pared.

— Muy bien. Eso es todo. Me rindo.

— Oh, bueno, dijo Rebecca. — Olvidálo.

— Yo no te entiendo. Estoy a punto volverme loco y vos solo te tomás todo con calma.

— Estoy de vacaciones. No es como si Roma se fuera a ir a algún lado. Y de todos modos, ¿cuál es la razón por la que voy a preocuparme cuando vos te estresando suficiente por los dos?

— ¿Entonces no estás disgustado conmigo?

— Desde luego que no. Mirá. Dejá que te compre un helado.

— No podemos costearlo.

— Muy bien. Vamos... vamos a caminar de regreso al hotel. Puede que aún tenga algunos cheques de viajero en mi equipaje. Al menos podemos averiguar cuánto dinero nos queda.

— Sí, supongo que eso es un plan.

— Es un plan brillante, porque pienso que lo es, dijo Rebecca, intentado sonreírle. — No te preocupés. Perdiste tu billetera. No es el fin del mundo.



El Doctor jugueteó con la billetera en su mano como si fuera un mago con un juego de naipes antes de entregársela a la recepcionista del hotel.

— Mire, aquí tengo algo. Encontré esta billetera tirada en la calle y creo que podría pertenecer a alguien quien se hospeda en este hotel.

La recepcionista abrió la billetera y luego miró al Doctor como si pensara que él debía de ser arrestado por interrumpir su día.

— Mark Whitaker, dijo Amy claramente y con amabilidad. — Su nombre está en la tarjeta de crédito.

— Sí, dijo El Doctor. — Así que si usted pudiera ponerla por allí, para cuando él regrese. Eso es todo. Y si pregunta por mí, solo dígame que fue un... extraño apuesto. El Doctor ajustó su corbata de lazo orgulloso.

Amy arrastró al Doctor lejos de la recepcionista antes de que la avergonzara más, para unirse con Rory y Mark en la calle de afuera.

— Bueno, esto está concluido, dijo Rory mientras Amy puso un brazo alrededor de él a modo de felicitación.

— Sí. Otra marca en su lista, señor Whitaker. El Doctor se puso de cuclillas en el suelo, abrió su estuche de cuero y tomó su detector automático de inestabilidad. — Excepto...

— ¿Excepto qué?, dijo Mark.

El Doctor sostuvo el aparato sobre su cabeza, como alguien tratando de obtener mejor señal en su teléfono. — Aún estoy captando inestabilidades. ¿Ve usted ese dial?

Mark miró hacia la máquina. — ¿El que de momento no se mueve?

— Sí. De hecho el que de momento no se esté moviendo significa que el curso de la historia todavía está en proceso de cambio.

— Pero entregamos la billetera del muchacho, protestó Rory. — ¿Qué más tenemos que hacer?

— No hay nada más en mi carta, dijo Mark.

— Entonces debe ser algo más, dijo El Doctor, meneando sus dedos. — *Algo más* que sucedió este día. Algo con un montón de... ¿cuál es la palabra, Rory?

— ¿Ramificaciones?, suspiró Rory.

— ¡Ramificaciones! Sí. ¡Algo con un montón de *ramificaciones*! Entonces, Mark, ¿qué fue?

— No podés esperar que él lo recuerde, se rió Amy. — ¡En todo lo que al él concierne, eso fue, hace como quince años!

Mark se pasó la mano por su cabello, sonriendo ante un recuerdo que volvió a despertar. — Oh, no, lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

— Pero esto no es ayer. Esto es *hoy*. El Doctor agarró a Mark por los hombros y lo miró directamente a los ojos. — Entonces dígame, después de que recobró su billetera... ¿qué hizo a continuación?

Capítulo 9

Los bustos de los emperadores romanos muertos hace tiempo bordeaban el pasillo, cada una hecha de mármol blanco pulido.

— Y este es, dijo Rebecca leyendo la placa de abajo, — Tiberio. En la escala de locura de uno a diez, era como un ocho. Ella continuó caminando por el Salón de los Emperadores, sus pisadas resonaban el piso de mármol.

Ya casi era hora de cerrar y el Museo Capitolino estaba desierto. Mark se relajó, respirando el refrescante aire frío, apenas posible de creer que ellos estuvieran allí después de todos los traumas del día.

Cuando finalmente llegaron al hotel, la recepcionista lo saludó con los ojos muy abiertos por la emoción, haciendo señas con su mano y gritando su nombre. ¡Ella tenía su billetera y aún contenía todas sus tarjetas de crédito y dinero! De acuerdo con la recepcionista había sido entregada por “un extraño apuesto.” Mark le agradeció efusivamente, prometiéndole que cuando llegara a casa les diría a todos los que conocía que los italianos eran las personas más honestas del mundo.

Lo que ella no contenía era algún detalle acerca de este hotel. ¿Así que, cómo pudo saber dónde entregarla? Mark estaba demasiado aliviado para cuestionar su buena fortuna. Rebeca y él compraron una pizza para celebrar y reasumieron su recorrido, visitando el Coliseo, las ruinas del Foro Romano y la Colina del Palatinado, antes de escalar los escalones de la

Colina del Capitolio. Mientras entraban al museo, convencieron a un turista coreano de tomarles una foto junto a los pies de Constantino, *al estilo del grupo Monty Pitons*, antes de entrar al interior del palacio.

— Extraño, dijo Rebecca interrumpiendo los pensamientos de Mark.

— ¿No se ven muy romanas?

Rebecca señaló seis estatuas que permanecían en una fila contra la pared. Eran estatuas de ángeles, sus brazos cruzados sobre sus pechos, sus ojos mirando reverentemente hacia arriba. Sus túnicas y sus cabellos, estilo nido de serpientes, recordaban la estatua Una Amazona Herida de Great Hall [N.T.: Un lujoso salón de eventos, decorado con pinturas y estatuas.] Pero sus alas se veían anacrónicamente estilo victoriano.

— ¿Qué dicen las etiquetas?, dijo Mark, dándole a cada estatua no más de una mirada curiosa.

— No hay ninguna, dijo Rebecca. — Supongo que tienen que ser nuevas.



El joven Mark y Rebecca inspeccionaron las estatuas por un rato más antes de desaparecer a través del umbral al otro extremo del salón.

— Ángeles Llorosos, suspiró Rory.

Haciéndoles un gesto a Rory, Amy y a Mark a que permanecieran acucillados detrás del busto del emperador Adriano, El Doctor se aproximó a las estatuas, manteniendo con sus dedos sus ojos abiertos. Sus pisadas no hacían ruido. — Sí. Esto lo prueba.

— ¿Qué prueba?, susurró Amy.

— Que ellos están esperando a que suceda una paradoja. Un rayo azul crepitó a través del techo ornamentado.

— ¿Qué tipo de paradoja?, Rory se estremeció. — ¿Digo, causada por qué?

El Doctor se dio vuelta hacia Mark. — Cuando usted estuvo aquí antes, ¿sucedio alguna cosa que fuera inusual en algún modo? ¿Un golpe de suerte, una coincidencia que lo colocara en un camino en particular?

Mark volvió a recordar. Él recordó la anterior visita al museo, y ver las estatuas de los Ángeles había sacudido un recuerdo de haberlos visto antes, pero luego de eso, no podía recordar nada aparte de la conversación que él había tenido con Rebecca en el balcón con vista al Foro.

— Nada salta a mi mente, dijo Mark, entonces dio una palmada en su mejilla. — Oh. Excepto porque hubo una cosa. Quedamos encerramos.

— ¿Ustedes quedaron encerrados?, dijo El Doctor.

— Er... Doctor, dijo Amy en voz baja. — No estás mirando a los Ángeles.

— Pensé que vos lo estabas haciendo, dijo El Doctor. — ¿Tengo que decirte todo lo que hay que hacer?

— Lo estoy haciendo. *Ahora*. Dijo Amy mirando, con los ojos bien abiertos, en dirección a las estatuas. Mark siguió su mirada. Tres de las estatuas fueron atrapadas en poses caminando, dirigiéndose hacia el umbral tras el joven Mark y Rebecca. Las otras tres habían sido congeladas mientras se movían asechando hacia El Doctor, con sus brazos extendidos como sonámbulos, con sus rasgos en clama y en blanco.

— Están tratando de colocarse entre el joven Mark y nosotros. El Doctor caminó hacia los Ángeles, haciendo señas a Amy, Rory y Mark, con un dedo en su espalda.

— Mantengan un ojo en los que están más cerca de nosotros, yo mantendré un ojo en los otros, susurró Mark. Con Amy y Rory caminando silenciosamente detrás de él, Mark se deslizó tras El Doctor, manteniendo su mirada fija en los Ángeles que se dirigían hacia la puerta, resistiendo la urgencia de girar hacia los que estaban a solo unos pocos metros de distancia. Lentamente pero con seguridad ellos pasaron las estatuas en su camino hacia la puerta. En el momento en que todos hubieron atravesado El Doctor cerró de golpe la puerta detrás de él y la aseguró con su destornillador sónico.

— Entonces, Doctor, dijo Rory con un suspiro de alivio. — ¿Qué es exactamente lo que tenemos que hacer?

— No es obvio, dijo El Doctor sonriendo con los ojos bien abiertos.
— ¡Tenemos que encerrar al joven Mark!



— Cinco minutos, no más, ¿de acuerdo?, dijo el guarda del museo, apenas dando a Mark y a Rebecca una mirada antes de que desaparecieran dentro del lavabo, a paso veloz. Ambos se dirigieron al túnel subterráneo que conecta las dos mitades del museo, y el cual conduce al Tabulario, la oficina de archivos de la antigua Roma. Vagaron a través de un salón lleno de altares y lápidas funerarias hacia un túnel de paredes ásperas el cual daba a un claustro con vista a las ruinas del Foro de abajo, las columnas corintias caídas, y a la distancia, el Coliseo. Todo bañado por el brillo cobrizo del atardecer.

Rebecca corrió hacia el balcón, suspirando con respeto. — ¡Qué vista! Ella se volvió hacia Mark y sonrió. — Estoy encantada que al final hayas venido. Esto no habría sido ni la mitad de divertido sin vos.

— ¿Vos llamás *divertido* verme en pánico durante una hora?

— Bueno, entretenido, dijo ella sonriendo con satisfacción.

Mark tomó rápidamente una fotografía de la vista. — Vamos, debemos partir.

— Dejá que nos lancen fuera. Primero quiero ver lo que hay por aquí. Varios pasajes llenos de fragmentos del templo se ramificaban a partir del claustro. Rebecca salió corriendo a explorar el primero mientras que Mark miraba hacia atrás del túnel hacia el Tabulario. Por un momento, él creyó ver un movimiento con el rabillo del ojo, como si fueran seguidos, pero allí no había nadie.



— Eso estuvo cerca, susurró El Doctor, todos ellos se mantenían aplanados contra las paredes del túnel, tan inmóviles como estatuas, El Doctor y Mark de un lado, Rory y Amy del otro. Rory podía sentir las irregulares y pegajosas de la pared de piedra contra su espalda.

Cuando el joven Mark se deslizó fuera de la vista, El Doctor se relajó y caminó hacia adelante. — Si su joven yo nos ve... Él hizo una mueca para indicar una calamidad no específica.

Ellos procedieron a avanzar hacia un estrecho umbral que conducía hacia el claustro. — ¿Es por aquí?, preguntó Rory

Mark asintió. — Recuerdo, fuimos encerrados afuera en el balcón, justo por aquí.

— Bueno, supongo es mejor que pongamos manos a la obra, dijo Rory alcanzado la pesada puerta de hierro. — ¿Podría preguntar cómo se supone que la cerraremos sin la llave, pero...?

— El destornillador, dijo El Doctor, haciendo girar su destornillador en el aire.

— Sí, siempre el destornillador, Rory empezó a mover la puerta cuando un grito furioso vino por el túnel.

— Hey. ¿Qué está haciendo? El guardia de seguridad caminaba anadeando hacia ellos, un hombre bronceado, de unos cincuenta años, con bigote espeso y el uniforme de un hombre mucho más delgado. — Ese es mi trabajo.

— Lo siento, lo siento, dijo El Doctor afablemente. — Solo me preocupaba por *la seguridad*. Nunca se es demasiado cuidadoso. Barrió con su destornillador sónico a través del aire tratando de localizar ladrones invisibles.

El guardia de seguridad miró de reojo a Mark. — Pensé que eran dos.

— Lo éramos, dijo Amy con descaro. — Pero ahora somos cuatro. ¿Algún problema con eso?

El guardia resopló y tiró la puerta cerrándola con un bang. Pasó el seguro con un juego de pesadas llaves de hierro, antes de dirigirlos hacia el túnel con su pulgar. — Ya es tiempo de cerrar. El camino para salir está a la derecha, suban las escaleras y vayan a casa, yo iré a la mía y adiós, adiós.

— Sí. Excelente plan, dijo El Doctor, aplaudiendo. — Bien hecho. Muchas gracias, usted ha estado *magnífico*. Vamos, Mark, Rory, Amy. No tenemos nada más que hacer aquí...



— ¿Bueno?

Mark negó con su cabeza. — No. Estamos encerrados. Los dedos de su mano derecha hormigueaban, presumiblemente para él como resultado de golpear su puño contra la puerta.

Rebecca lo miró con diversión. — ¿Realmente este no es tu día?

Mark no sabía si reír o llorar. Durante el vuelo, había tenido la loca fantasía de que algo podía pasar entre ellos en estas vacaciones. Que podría verlo como algo más que un amigo. Pero el día de hoy ella lo había visto en su peor momento, de la forma más irritable e incompetente. Su única oportunidad para impresionarla y él la había echado a perder.

— Estoy seguro de que alguien nos encontrará, Rebecca le aseguró.
— Hay peores lugares para estar encerrado. Y peores personas con las cuales estarlo.



— ¿Qué fue eso? ¿Eso es todo lo que tenemos que hacer?, dijo Amy pavoneándose tras El Doctor.

— Eso creo, sí. El Doctor revisó su detector de inestabilidad mientras subían las escaleras hacia un salón sombrío con estatuas de seres míticos alineadas. — Estoy perdiendo inestabilidad. El futuro ya no está en equilibrio.

Mark notó que el hormigueo en su mano había empezado a desaparecer. Casi se había olvidado que estaba allí.

— Um, Doctor, dijo Rory con cautela. — Si ese es el caso... ¿No van a estar los Ángeles Llorosos un poco disgustados?

— Mucho, dijo El Doctor mientras pasaban por el salón, con sus pisadas resonando en la oscuridad. Ya que el salón no tenía ventanas o claraboyas, la única iluminación provenía de las luces eléctricas. — Así que mantengan un ojo reservado para ellos.

Amy miró a su alrededor, aprensivamente estudió cada estatua que la rodeaba. De todos los lugares para que una estatua se ocultara, ese tendría que ser un museo lleno de estatuas. — ¿Pero estamos a salvo, siempre y cuando los veamos antes de que ellos nos vean?

— Vos nunca estás a salvo donde los Ángeles Llorosos están interesados, murmuró sombríamente El Doctor.

— Detrás de nosotros, gritó Rory, apuntando. Los seis Ángeles Llorosos permanecían en lo alto de las escaleras al final del salón. Todos congelados en el proceso de bajar sus manos de sus caras.

— Todo el mundo mire hacia los Ángeles, dijo El Doctor. — Bueno, estaremos perfectamente bien siempre y cuando...

¡K-chunk! K-chunk!

Las luces eléctricas al final del salón parpadearon y se apagaron. Rory gritó sorprendido.

— Y vos tenías que decirlo, ¿no?, Amy le murmuró bruscamente al Doctor. — ¡Tenías que decirlo!

¡K-chunk!

— ¡Sigan moviéndose!, dijo El Doctor. — ¡Solo sigan moviéndose!

Amy y los otros lentamente retrocedieron mientras las luces en medio del salón se apagaban. Ahora las únicas luces que permanecían eran aquellas detrás de ellos. Al frente de ellos, Amy podía distinguir las formas oscuras y siniestras de las estatuas de centauros y ninfas, sabiendo que en algún lugar en la negrura los Ángeles estaban asechando, aguardando a que el último grupo de luces se apagara.

¡K-chunk!

El último grupo de luces se apagó y fue como si Amy hubiera cerrado los ojos. Alguien la agarró por la muñeca y ella dio un pequeño grito, hasta que se dio cuenta que la mano pertenecía a Rory. Un momento después ella escuchó un zumbido agudo y el destornillador sónico del Doctor se encendió con un brillo verde.

El Doctor agitó el destornillador sónico por delante él como una antorcha, revelando un Ángel que ya se había lanzado desde la oscuridad hacia ellos. El Doctor alumbró con la luz hacia la izquierda, para detener a otro Ángel que se acercó con sus dedos como garras. Y otro, abriendo su boca, en un grito silencioso. Él hacía revolotear la luz verde entre los Ángeles, tratando de mantenerlos atrás, pero cada vez que alumbraba uno, otro había dado un paso hacia ellos.

— Amy, Rory, Mark. ¡Muévanse! ¡Muévanse!, gritó El Doctor. — Voy a contenerlos tanto tiempo como pueda.

— ¿Y qué hay de vos?, gritó Amy.

— Les estaría extremadamente agradecido, si en su camino de salida, alguien pudiera conseguir encender las luces de nuevo.

Amy sintió a Rory apretar su mano y junto con Mark, ellos retrocedieron por el salón, mirando la débil luz verde como se lanzaba de adelante hacia atrás entre las enfurecidas caras de los Ángeles. Entonces llegaron a la habitación contigua y echaron a correr.



— Lamento todo esto.

— ¿Por qué te estás disculpando?, dijo Rebecca, aún encantada con la vista. Debido a que el sol se había ocultado el color de las ruinas había cambiado de naranja a rojo oscuro. El aire olía a ruinas antiguas y a pinos. — Por otro lado, ¿cuántas personas podrían ver esto? Fue algo afortunado, el quedar encerrados.

— En general, ha sido un día de suerte, dijo Mark, uniéndose a Rebeca en el balcón. Desde allí no había una simple estructura moderna a la vista. Edificios de oficinas, calle iluminadas, nada.

— Sí, rió Rebecca. — Debe ser el destino.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Adelante.

— Con todo esto que ha pasado hoy, con cualquier otra persona se hubiera enojado conmigo, pero vos... estás bien con todo esto. ¿Por qué?

Rebecca echó su pelo hacia atrás mientras consideraba la respuesta.
— ¿En serio? En la forma que yo lo veo, luego de lo que pasó con Anthony, podría haberme vuelto toda paranoica y amarga. Pero entonces él habría ganado, él me habría hecho una peor persona. Y luego de escucharte hablar de todas esas cosas que vos has pasado, con tu papá y todo eso, esto pone mis cosas en perspectiva. Básicamente, la vida es demasiado corta para ser miserable. Si podés ser feliz, entonces se feliz.

— ¿Aprovechar el día?, dijo Mark.

— Exacto, aprovecharlo, bebé. Rebecca se volvió hacia él con una expresión que él solo había visto una vez antes, en la terraza de la unión de estudiante.

El estómago de Mark temblaba. Él se inclinó hacia adelante y la besó.

Rebecca respondió besando sus labios mientras él besaba los de ella, suavemente, con precisión, antes de que finalmente Rebecca se alejara.

— Esto no es exactamente lo que quería decir, dijo ella.

— ¿No?

— No. Pero es un buen inicio. Rebecca le dio una sonrisa conspiradora.
— Vos sabés que fácilmente podemos estar encerrados aquí toda la noche...



De regreso en el salón de las estatuas, El Doctor estaba librando una batalla perdida. No importaba qué tan rápido él alternara la luz del destornillador sónico entre los Ángeles, éstos continuaban su avance, estirando sus brazos, obligándolo a retroceder. Y ya que el resto del salón estaba en completa oscuridad, no había forma de que él supiera cuánto tiempo le quedaba antes de quedar con su espalda contra la pared.

— Muy bien. Comprendo que no estén felices, dijo El Doctor conciliadoramente. — ¿Pero por qué no nos sentamos y discutimos esto como seres razonables? ¿Unas tazas de té, jammy dodgers y unas sillas cómodas? [N.T.: Las Jammy Dodgers son unas populares galletas británicas hechas de pasta quebradiza y mermelada de frambuesa.] Los Ángeles no respondieron. Sus ojos permanecían en blanco. Sus mandíbulas permanecían abiertas. — Miren. Yo puedo...

El Doctor se resbaló en el piso de mármol, perdió el equilibrio y aterrizó pesadamente sobre su espalda. Por un momento se encontró a sí mismo en la oscuridad total, hasta que recordó que aún tenía el destornillador sónico en su mano. Con un solo movimiento, lo encendió y lo agitó hacia arriba.

Su brillo verde iluminó las caras de seis Ángeles Llorosos, todos mirando hacia él con expresiones de maldad pura. Lo tenían rodeado.

— Ah, ahora, han cometido un error, verán, dijo El Doctor. — Porque puedo verlos a todos a la vez. Así que la pregunta ahora es... ¿quién de nosotros parpadeará primero?



Cuando ellos alcanzaron la entrada el museo, Amy agarró al guardia de seguridad, el mismo que les había hablado en el túnel. — ¡Tiene que volver a encender la luces!

Él se encogió de hombros con curiosidad. — Yo no apagué las luces.

— ¡Bueno, alguien lo hizo!, gritó Amy. — Aún hay alguien allí dentro. ¡En la oscuridad!

El guardia de seguridad resopló y caminó lentamente hacia la caja de interruptores. Rory y Mark alcanzaron a Amy, Mark con la cara roja por el esfuerzo y Rory con su habitual expresión de preocupación.

— ¡De prisa!, le urgió Amy.

El guardia de seguridad hizo el un sonido de un “tch” y entonces movió hacia abajo una serie de interruptores. El pasillo detrás de ellos brilló con una luz amarilla.

— Gracias, dijo Amy, murmurando en voz baja, — Al fin. Con el guardia de seguridad a la cabeza, ellos se apresuraron a regresar a través del museo brillantemente iluminado.

Regresando al salón con las estatuas de personajes míticos, descubrieron al Doctor tendido en el piso, los Ángeles Lloroso lo rodeaban, encerrados inmóviles mientras se preparaban para atacar.

— ¡Doctor!, Amy corrió hacia él y le ayudó a deslizarse bajo el cerco de Ángeles Llorosos.

— He estado tratando de no parpadear durante el último minuto, dijo El Doctor. — Es más difícil de lo que parece. Mientras Rory y Mark mantenían a los Ángeles bajo una cuidadosa vigilancia, El Doctor sacudió su ropa, se arregló la chaqueta y la corbata de lazo, se aproximó al guardia de seguridad.

— Hola. El Doctor puso amistosamente su brazo alrededor de los hombros del guardia. — Probablemente se pregunta de dónde han salido esas seis estatuas nuevas.

El guardia asintió silenciosamente.

— Bueno, yo no me preocuparía por ellas si fuera usted, ellas no estarán aquí en la mañana, dijo El Doctor. — Pero hasta que todos estemos a salvo fuera de este edificio, no les quite la mirada de encima, ¿eh?

Mark tosió para llamar la atención del Doctor.

— Oh, dijo El Doctor recordando. — Pero primero podría usted aparecerse en el Tabulario. Creo que podría haber dos personas encerradas allá abajo...

12 de Agosto de 1998

Mark yacía en la cama, despertado por el sol mañanero. Se puso sus anteojos y el resto de la habitación quedó al alcance de su visión. La almohada del centro de su cama estaba tirada en el piso donde él la lanzó la noche antes.

Rebecca estaba encaramada en el balcón en un vestido de verano, mirando hacia la calle, mientras ojeaba su copia de *La Playa*.

— ¿Rebecca?, dijo Mark.

— Oh, ya estás despierto, ¿cierto?, dijo ella, haciendo a un lado su libro. El sol de la mañana brilló en su cabello como un halo y le daba a su piel un brillo dorado.

— ¿Acerca de anoche?

— ¿Sí?

Mark tragó saliva. — Solo verifico. Eso no fue solo otro error, ¿cierto? ¿Otro hecho aislado?

Rebecca levantó una ceja. — ¿Eso es lo que querés que sea?

— No, no. No, dijo Mark apresuradamente.

— Tampoco yo, dijo Rebecca. — De hecho, espero que vaya a ser todo lo contrario.

Mark salió de la cama, sus pies golpeaban las baldosas del piso. Él quería correr hacia ella y besarla, pero al mirarla sentada en la ventana, él cambió de idea.

— Aguardá allí.

— ¿Qué?

Mark tomó su cámara y enfocó a Rebecca. — Aguardá, quieta, solo quiero capturar el momento.

Cuando ella se volvió a mirar la calle con sus increíbles ojos azules, él presionó el botón y la cámara hizo click.

Capítulo 10

29 de Octubre de 1999

Ahora con 49 años de edad, Mark hizo una pausa fuera del edificio de oficinas y miró la familiar fachada de concreto. Era aquí donde él trabajó por más de 10 años, empezando como un asistente menor, y tomando gradualmente más y más responsabilidades hasta que eventualmente se convirtió en un socio. O mejor aún, era donde su yo más joven estaría trabajando por los siguientes diez años.

El área de recepción era justo como él la recordaba; está bien, las paredes era de diferente color y en el rótulo sobre el escritorio se leía “Pollard & Boyce”, pero Ron sentando en su escritorio ojeaba una copia del periódico Daily Mirror como era usual. La única diferencia era que ahora él tenía la cabeza llena de cabello.

Mark se aproximó al escritorio. — Harold Jones, para ver al señor Pollard, a las cinco en punto.

Ron asintió e informó a la oficina pertinente por teléfono. — Ellos enviaran a alguien aquí abajo.

Un minuto después la puerta interna se abrió y Siobhan apareció.

— Señor Jones, que gusto conocerlo al fin, dijo ella estrechándole la mano.

Mark no pudo contener una sonrisa. Siobhan estaba aún en sus treinta y algo de años, con la mirada brillante y fresca en su cara

Siobhan lo condujo escaleras arriba hasta la oficina del señor Pollard. Mark atrapó a ver su reflejo en la puerta de vidrio. Había tenido el gran cuidado de no verse como su yo más joven. Se dejó crecer una barba, tiñó de negro lo que le quedaba de cabello y como toque final, usaba unos anteojos oscuros para sol.

Aunque él había hablado con Frank Pollard por teléfono numerosas veces, esta podría ser la primera vez que se vieran en persona. Durante el último año Mark había dividido su tiempo entre Nueva York y Edimburgo, pero él ahora había decidido mudarse a Londres, y había comprado un apartamento en Highgate. Quería estar lo más cerca de su joven yo. Oh, no intentaría hablarle o algo parecido, pero no le haría ningún daño si vigilaba su progreso, desde lejos. Y más que cualquier otra cosa, Mark anhelaba ver de nuevo a Rebecca más que nada.

— El señor Pollard lo está esperando.

Mark encontró a Frank Pollard en su escritorio, radiante de orgullo. Incluso se veía más joven de lo que Mark recordaba, sus mejillas gordas y sonrojadas con salud.

— Harold. Harold, dijo Frank. — Encantado de conocerlo al fin, en carne y hueso, por así decirlo.

— Y a usted también, dijo Mark, tomando asiento. — No pude visitarlo antes, ya que mis negocios me mantienen fuera del país.

— Lo entiendo perfectamente, Frank se sirvió un dulce — ¿Por qué visitar Croydon para hablar, cuando podría estar tumbado disfrutando de los múltiples placeres de “La Gran Manzana”, por así decirlo? ¿Podría pedirle a Siobhan que le preparara algo? ¿Café? ¿Té?

— No, estoy bien. Gracias. Probablemente se pregunta porque he venido a verlo.

— Debo confesarle que estoy un poco intrigado. Su último correo electrónico era muy misterioso.

— Estoy aquí para pedirle un favor.

— ¿Un favor? Frank se inclinó hacia adelante en su escritorio. — ¿Y qué tipo de favor podría ser ese?

— Creo que recientemente anunció una vacante, para un asistente menor.

— Sí, lo hicimos.

— ¿Pero aún no han llenado la vacante?

— No lo hemos hecho, aún. Hemos reducido los candidatos a una pequeña lista, por así decirlo.

— Me estaba preguntando si podría hacer una sugerencia. Una recomendación. Verá, estoy, er, *familiarizado* con uno de los solicitantes y estaría totalmente agradecido si usted considerara darle el puesto.

— Hmm. Es un buen favor el que me pide.

— Me doy cuenta de eso.

— Podría preguntar el nombre de esa persona con quien usted está, como dijo, ¿familiarizado?

— Mark Whitaker.

Frank abrió un archivo en su escritorio y ojeó entre los papeles. — Mark Whitaker. Mark... Whitaker. Ah, aquí está. Lo entrevistamos al inicio de esta semana. — Un joven bastante agradable, aunque un poco de falta de confianza, pero realmente no al mismo nivel de los otros candidatos.

— Pero creo que si usted le da una oportunidad, él probará ser más que capaz.

— Hmm, dijo Frank inspeccionando la aplicación. — *Supongo* que podría tener *potencial*.

— Mire. No le estoy pidiendo que tome a alguien que no pueda hacer el trabajo. Solo le pido que lo tome por un período de prueba. Si no funciona, usted es libre de deshacerse de él. Y no estoy sugiriendo que le dé un trato especial. Trátelo exactamente como lo haría con cualquier otro miembro de su personal. Y en retribución, continuaré dándole tantos negocios a su firma como pueda.

— Esto es muy poco ortodoxo. Pero teniendo en mente la muy alta estima en que lo tenemos aquí en Pollard & Boyce, sería imprudente, por no decir poco profesional, de nuestra parte pasar por alto una... recomendación de un personaje tan brillante.

— ¿Así que le dará el trabajo?

— Sí. Por *un período de prueba*. Frank hizo una nota en la aplicación de Mark con gran ostentación.

— Hay otra cosa.

— ¿Sí?

— Mi participación en esto tiene que permanecer confidencial. En lo que a Mark Whitaker se refiere, obtuvo este trabajo totalmente por mérito propio.

— Ya veo.

— No le debe mencionar mi nombre. Es de vital importancia que él nunca descubra algo acerca de esto.

— La discreción está, desde luego, asegurada, dijo Frank. Este amigo, ¿es algún pariente suyo?

— Algo parecido. Déjeme decirle que tengo grandes expectativas para él.

— ¿Con usted lanzándose para el papel de Magwitch? Frank se rió entre dientes. [N.T.: Abel Magwitch, un personaje de la novela de *Grandes Esperanzas*, de Charles Dickens, quien amasa una gran fortuna y ayuda y protege a un niño pobre.] — ¿Hay alguna otra cosa?

— No. Eso es todo. Mark se despidió y partió, habiendo hecho una marca más en su lista.

31 de Octubre de 1999

— No hay leche, me temo, dijo Mark entregando a Rebecca una taza de té. Ella estaba demasiado cansada para preocuparse. Su espalda le dolía, sus dedos le dolían, sus pies le dolían. Pero al menos eso era todo.

Bueno, la actual parte de *la mudanza* estaba terminada. En términos de mobiliario, todo lo que su sala de estar tenía que ofrecer un destartado sofá de cuero, una silla para armar marca Ikea y la televisión portátil de Mark. Cajas de cartón llenaban el piso, en pilas de cuatro cajas de altura, dejando solo un estrecho camino desde el sofá a la puerta. Tendrían que haber

desempacado todo, pero eso tendría que esperar. Por el momento, Rebecca quería todo esto acabara.

Oh, esto era emocionante. No solo mudarse al glamoroso Camberwell de Londres sino mudarse con Mark. Esto hacía las cosas oficiales de alguna manera. De todos modos, durante el último año ellos básicamente habían estado viviendo juntos, pero entonces ella obtuvo el trabajo en el Imperial College [N.T.: El Imperial College London, es una universidad pública de investigación, localizada en Londres. Se especializa en ciencia, ingeniería, medicina y negocios.], así que desde setiembre Rebecca había estado durmiendo sobre un colchón en el suelo donde Lucy y Emma, con Mark viniendo los fines de semana para ir a buscar un apartamento.

Ahora ellos estaban finalmente aquí. Bebiendo té negro en su propio apartamento. Rebeca se inclinó hacia atrás en su silla mientras observaba a Mark manipulaba nerviosamente la antena. Era el último episodio de la segunda temporada del programa *Cold Feet*, y era extremadamente importante que no se lo perdieran.

El teléfono móvil de Mark timbró. — Aló, ¿sí?... Es correcto. Él hizo una mueca de disculpa a Rebecca. — No, está bien, no estaba haciendo nada importante. Um... Él quedó en silencio mientras la persona al otro extremo de la línea habló por varios minutos. — Gracias. Gracias por informarme... Sí, y a usted también. Adiós. Él apagó su teléfono y miró a Rebecca.

— ¿Qué fue eso?

— Lo tengo, Mark respondió al fin. — Tengo el empleo de asistente, en Pollard & Boyce.

— ¿Lo tenés?

— Estaré en un período de prueba por tres meses, pero... sí. Mark sonaba como si difícilmente pudiera creer en su buena suerte. — Empiezo el ocho.

A pesar de todos sus dolores, se arrastró fuera del sofá y lo abrazó. — Lo sabía, sabía que ellos te contratarían. ¿Qué te dije? Un poco de fe. ¡Bueno ahora tenemos *una segunda* razón para celebrar! Rebecca se dirigió

a la cocina y abrió el refrigerador. Estaba vacío a excepción de una botella de champaña que ella había colocado allí temprano. No pudo encontrar alguna copa así que enjuagó un par de jarras astilladas antes de regresar a la sala de estar. — Champaña en jarras, me temo. Realmente vivimos una vida de decadencia.

— Así empieza y así continuará, observó Mark con ironía. Rebecca se quitó su suéter y lo envolvió alrededor del cuello de la botella e hizo saltar el corcho. Entonces vertió champaña en las jarras y pasó una a Mark. — Aquí vamos, dijo ella levantando su jarra. — Por nuestro nuevo apartamento y tu nueva carrera como un abogado de la ciudad de alto vuelo.

— Casi eso, dijo Mark. — Dios. ¡Por nuestro nuevo apartamento! Por mudarnos juntos.

— Sí. Cosa seria. Rebecca bebió champaña, sintiendo el cosquilleo de las burbujas en su lengua. — Cosa de adultos y todo eso.

— Bueno, casarse será lo siguiente, dijo alegremente Mark.

Rebecca explotó de la risa. — ¿Qué?

— Bueno, lo es, ¿no es así? El siguiente paso lógico.

— ¿Me lo estás proponiendo?

— No, dijo Mark. Él sacó una pequeña caja del bolsillo de su chaqueta y se arrodilló ante Rebeca con una rodilla tocando el suelo. Él abrió la caja para revelar un refulgente anillo de diamantes. — Esta es mi proposición para vos.



Una sección de la consola de la TARDIS explotó con una lluvia de chispas. El piso se sacudió y estremeció, amenazando lanzar a Amy al suelo. — ¡Doctor!, ella gritó aferrándose para salvar su vida. — ¿Qué está sucediendo?

Solo habían pasado diez minutos desde que partieron de Roma y apenas si habían despegado antes de que la TARDIS empezara a retorcerse,

rechinando ruidosamente y todo lo que no estaba fijo en la sala de control se cayó.

— Más inestabilidad, en el continuum espacio-tiempo, ¿verdad?, sugirió Rory levantándose.

El Doctor bailó alrededor de la consola, presionando interruptores, con la frente fruncida por la concentración. — Más inestabilidad. Sí. El cuatro de noviembre. Del año 2000.

— ¿Otro de los puntos en la lista de Mark?, sugirió Amy.

— No había un punto en su lista para noviembre del 2000.

— Pero eso significa... dijo Rory.

— Eso significa que nuestro amigo no se está comportando bien. El Doctor golpeó la consola y gimió mientras empezaba a hacer el sonido familiar de la materialización. — ¡Problema, aquí vamos!

Capítulo 11

4 de Noviembre de 1999

Presionando sus labios juntos para eliminar el exceso de lápiz labial, Rebecca estudió su reflejo en el espejo por última vez, buscando defectos. No pudo encontrar ninguno. Amanda, la cosmetóloga, se mantenía detrás de ella, sonriendo orgullosamente. — Oh, se ve *perfecta*.

Rebecca revisó su cabello, el cual había sido laboriosamente rizado en bucles y fijado, entonces como si balanceara un libro sobre su cabeza, ella se puso de pie. Desesperadamente quería tomar una profunda respiración, pero el corseé del vestido de novia no se lo permitía. Todo había sido ajustado y tensado para un efecto máximo.

Ella volvió a mirar a Lucy y a Emma en sus idénticos vestidos de dama de honor, color melocotón. Ella disfrutaba mucho de la idea de obligar a Lucy a usar algo femenino por una vez.

Alguien llamó a la puerta. — ¿Te encontrás respetable?, dijo el padre de Rebecca.

— No, pero pasé de todos modos, respondió Rebecca. Su padre entró caminando con una sonrisa avergonzada, resplandeciente en su traje de mañana e hizo una pausa para mirar la transformación de su hija.

— Mi pequeña, dijo él. Por un momento ella pensó que él iba a decir lo orgulloso que estaba de ella, pero por la forma en que él la estaba mirando, no hubo necesidad. — ¿Te sentís nerviosa?

— No, estaré encantada cuando todo esto termine, aunque, solo porque entonces las personas dejaran de preguntarme eso. Porque si hay algo garantizado que te pone nerviosa, es que las personas te pregunten todo el tiempo si estás nerviosa.

— No le pongás atención a eso, dijo el padre. — Hablás así por los nervios. Los, um, automóviles están afuera, ¿si ya estás lista?

— Vamos, entonces, dijo Rebecca. Una vez más ella deseo poder tomar una respiración profunda. Ella dio vuelta para marcharse, pero se detuvo en la puerta. — ¡El ramo! Ella tomó un ramo de lirios del tocador. — Habría sido un completo desastre si olvido esto.

Un viento áspero sopló a través del cementerio, arremolinando las hojas a su paso. Temiendo que pudiera dañar su cabello meticulosamente revuelto, Mark retrocedió al interior del porche de la iglesia.

La tarea de Mark, junto con su padrino Gareth, había sido saludar a los invitados a la boda mientras se abrían camino hacia la iglesia. Había sido muy desconcertante ver con sus mejores trajes y vestidos a sus colegas del trabajo, sus amigos de la universidad y a sus compañeros del Pub Quiz. [N.T.: Un bar donde hay concursos de trivia y donde los clientes forman grupos para enfrentarse entre sí.] Eso lo hacía sentir como si estuviera protagonizando una comedia romántica.

— ¡Wassup!, dijo Gareth, dándole una palmada a Mark en la espalda.
— Todavía no es demasiado tarde para efectuar una huída.

— Muy gracioso, dijo Mark, deseando no por primera vez, haber elegido un padrino diferente.

Gareth consultó su reloj. — Veinte minutos. Tiempo de que vayas entrando, solo en caso de que ellos lleguen temprano.

— Sí, dijo Mark, frotando con los dedos de su mano derecha. Estaban empezando a hormiguesear.

*

— ¿Bueno?

— Él está aquí, Amy le dijo al Doctor, quien estaba absorto en su detector de inestabilidad. — En algún lugar. En algún lugar cercano y se acerca cada vez más.

Amy apartó su cabello fuera de sus ojos. La TARDIS los había traído a Chichester, una ciudad muy bien conservada con bastantes construcciones estilo gregoriano, muros romanos y parques frondosos, que se veían pintorescos; cada tienda parecía vender antigüedades o cream teas. [N.T.: panecillos untados con crema y mermelada.] A pesar del clima borrascoso, las aceras bullían de compradores y jubilados de lento caminar. Esto le recordó a Amy Leadworth, pero con más tráfico.

El Doctor hizo un alto, giró sobre sus talones y corrió de regreso por donde habían venido, dando saltos hacia la catedral, como una gacela con patas de hule. — ¡De prisa!

Amy y Rory intercambiaron miradas y lo persiguieron. El Doctor se detuvo de nuevo, agitó el detector, luego miró asombrado el tráfico que se acercaba. Un automóvil todo terreno aceleró por la calle hacia ellos. Le tomó a Amy unos pocos segundos reconocer al conductor; era Mark, su cara semi oculta detrás de una barba y unos anteojos para sol.

— ¡Alto!, gritó El Doctor avanzando hacia el camino del automóvil, con sus manos levantadas. El automóvil chirrió hasta detenerse. El cual fue

seguido por un segundo chirrido, un gran estruendo y el tintineo de vidrios rotos cuando otro vehículo se estrelló contra la parte trasera del vehículo todo terreno.

El viejo Mark salió del vehículo, dando un portazo furiosamente detrás de él. — ¿Pero qué dem...? ¿Qué está haciendo usted aquí?

— Yo podría hacerla la misma pregunta, dijo El Doctor. — De hecho, le *haré* la misma pregunta. ¿Qué está haciendo usted aquí?

— Conduciendo muy felizmente hasta que un maniático corrió en frente de mí.

Amy estudió la cara de Mark. Parecía como si estuviera ocultando algo. — Estamos aquí porque El Doctor detectó inestabilidad. ¿Está tratando de hacer contacto con su yo más joven?

— No, protestó Mark. — Desde luego que no.

— Interesante, dijo El Doctor. — Porque el detector de inestabilidad nunca miente. A menos que sea un mal funcionamiento, lo cual es siempre una posibilidad. Pero no en este caso. Puedo sentir la acumulación de energía temporal potencial. Hace que todos los vellos de mi nuca se ericen. Y tiene un gusto a *limón*.

— ¿Así que a dónde *se dirigía?*, preguntó Rory.

Antes de que Mark pudiera explicar, el conductor del automóvil de atrás caminó hacia ellos. Un tipo con sobrepeso, con aspecto de coronel, vestido con uniforme de chófer. Detrás de él Amy pudo ver una limusina con los faros rotos y el capó arrugado.

— ¿A qué diablos cree que está jugando?, gritó el conductor.

— Lo siento, no fue mi culpa, dijo Mark. — Este...

Las puertas de la limusina se abrieron y de ella salió un hombre de 60 años, con un traje gris mañanero, de cabello canoso bien peinado, seguido de una mujer rubia. Amy la había visto en Roma, ahora impecablemente maquillada y llevando un estilizado traje de novia.

La novia se dirigió hacia ellos, jadeando por el esfuerzo, llevando en sus manos sus zapatos de tacón alto. — No me lo creo. Esto es *más* que increíble.

— ¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?, El Doctor le preguntó, luego sus ojos se abrieron desmesuradamente. — ¡Aguarde! ¿Se va a casar?

— ¡Desde luego que voy a casarme! ¡Este es el día de mi boda! O al menos lo era antes de que esto se volviera un episodio de la comedia de los *Chuckle Brothers*.

El Doctor llevó a Mark a un lado y le susurró. — Oh, no. Usted no se atrevería. Es su *propia boda*. ¿Y la lista que me mostró, de todas la veces que intervendría en su pasado? ¡*Esto no estaba en la lista!* ¿Sabe lo que ha hecho? ¡Se ha salido de la lista!

— Yo no iba a *interferir*, protestó Mark. — Solo quería situarme en la parte de atrás y observar.

— ¿Situarse en la parte de atrás y observar? El Doctor meneó sus dedos de la frustración. — ¿Pero qué le he dicho? ¡Las paradojas! ¡Los Ángeles! ¡*Ramificaciones!* ¿Por qué los humanos nunca hacen lo que se les dice? Alguien debería reemplazarlos a todos con *robots*. No, pensándolo mejor, no debería hacerse, es mala idea.

— Siento interrumpir, dijo Rebeca sin lamentarlo de verdad. — ¿Acabo de escuchar que usted dijo que estaba en camino a una boda?

— Sí, es correcto, dijo Mark. — Iglesia de St. Stephen, en un pueblo llamado Chilbury. La pareja es Mark Whitaker y Rebecca Coles...

— Pero esa... esa es *mi* boda, exclamó Rebecca. — ¿Usted está en camino a mi boda?

— ¿Usted es Rebecca Coles?, dijo Mark fingiendo sorpresa. — ¡Qué coincidencia!

— Bueno. Este es un mundo pequeño. El Doctor le dio una palmadita. — Así que si aquí, um, *Harold* mueve su automóvil, ustedes podrán seguir su camino y casarse justo como desea.

— No, eso no va a suceder. El chofer negó con su cabeza, señalando el daño a la limusina. — No puedo conducirla con esto, el seguro no lo cubriría.

— Oh, *fantástico*, dijo El Doctor, dando una palmada en el capó del automóvil de Mark. — ¡Fantástico!

— Miré, dijo Mark. — Ya que de todos modos me dirijo hacia allá... ¿quizás podría darle un aventón?

— ¡Un aventón! ¡Esto se pone mejor!, gritó El Doctor hacia los cielos.

— Supongo que no tengo elección, dijo Rebecca. — Sino voy a llegar tarde.

— Oh, estoy seguro de que una pequeña demora no lastimará a nadie, dijo el Doctor apresuradamente. — Una prerrogativa de la novia. Hágalo, cariño. ¿Qué son quince minutos en el gran esquema de las cosas?

Mark llevó al Doctor, Amy y Rory a un lado. — Pero ella *no* llegó tarde, dijo él firmemente.

— Ella llegó justo a tiempo.

— ¿Está seguro?

— ¡Recuerdo *mi propia boda*!

El Doctor hizo una pausa, sopesando la situación. — ¡Correcto! Todo el mundo al... automóvil de *Harold*. ¡No hay tiempo que perder, tenemos una boda a la cual asistir! Usted es el padre de la novia, ¿asumo? ¿No es hermosa? ¡Me casaría con ella si me dieran la oportunidad! ¡En marcha!

Mark abrió las puertas laterales de su automóvil, y Rebecca y su padre se acomodaron dentro.

— ¿Disculpá, qué estamos haciendo?, dijo Rory. — ¿Esto no es cambiar la historia?

— ¡No, si Rebeca llega tarde a su boda eso es cambiar la historia!, explicó El Doctor. — ¡Tenemos que llevarla a la iglesia a tiempo!



— Por lo tanto, si no le importa que pregunte, ¿quién es usted?, dijo Rebecca, con sus zapatos sobre sus regazos. Había algo extrañamente familiar respecto a los cuatro extraños. Particularmente el tipo en el asiento del conductor. Quite la barba y veinte años o algo así, y habría sido la viva imagen de Mark.

— Un pariente, dijo él. E incluso *sonaba* como Mark. — Por el lado de la tía Margaret. De Canadá.

El joven a su derecha, con la gran nariz y expresión estúpida, gimió sin razón aparente. — ¿Usted es de Canadá? ¿Todos ustedes?, preguntó Rebecca.

— Sí, dijo el tipo en el asiento del conductor. — De un pequeño lugar a 80 kilómetros al norte de Toronto. Yo soy Harold Jones, este es El Doctor, Amy y Rory.

Rebecca lo consideró. La madre de Mark había mencionado algo acerca de tener parientes en Canadá. Eso podría explicar el parecido.

— Usted no, um suena muy canadiense, sino le importa que se lo diga, dijo el padre de Rebecca.

— No, pero es justo por eso, ve, dijo Amy. — Nosotros los canadienses no lo parecemos a menudo. Es una de las cosas más interesante *acerca* de nosotros.

— ¿Entonces, exactamente quién los invitó a mi boda?, dijo Rebecca.

— Resulta que estábamos en el país, y la madre de Mark nos invitó, como una cosa de última hora, dijo Harold.

— ¿Espero que no sea un problema?

— No, de hecho, fue afortunado que estuvieran allí. Aunque pensándolo bien, si no hubieran estado allí, no habríamos chocado contra ustedes en primer lugar.

— Es gracioso cómo funcionan las cosas, dijo El Doctor mientras el automóvil llegaba a detenerse. En la intersección de adelante las luces estaban en rojo. — ¿Cómo estamos de tiempo, Mar... maravilloso Harold?

— Cinco minutos para la una. No vamos a lograrlo. No con este tráfico.

— Déjeme eso a mí. El Doctor buscó en su chaqueta y extrajo lo que parecía ser un largo cepillo de dientes eléctrico. Él se inclinó hacia afuera por la ventana y apuntó a las luces del semáforo y en un instante las luces se volvieron verdes.

— Bueno. ¿Qué está esperando?, sonrió El Doctor maniáticamente.

— ¡Conduzca!



Mark estaba sentado entre su madre y Gareth en el banco de la fila de enfrente. El aire dentro de la iglesia olía a piedra y a mobiliario pulido. Él miraba hacia sus zapatos, tan brillantes en verdad que podía ver su reflejo.

— ¿Qué hora es?

— Faltan cinco minutos, dijo Gareth. — Dios, espero que ella no haya efectuado una huída.

El teléfono de Mark hizo bip. Era un mensaje de Lucy y Emma, que ellas estaban atrapadas en el tráfico, seguido por cuatro signos de exclamación y una sonrisa.

La madre de Mark le tomó la mano y le dio un apretón. — No te preocupés. Estará aquí a tiempo. Estoy segura de eso.



Mark se detuvo en el camino rural afuera de la iglesia, justo detrás de la limusina de Lucy y Emma. El Doctor, Amy y Rory saltaron fuera del automóvil, lamentándolo al instante al aterrizar dentro de charcos profundos. Rory galantemente ayudó a Rebeca en el borde del césped. — Cuidado. Está terriblemente lodoso aquí afuera.

Mark no podía apartar sus ojos de Rebecca. Ella se veía *tan perfecta*. ¿Cuántas veces había él evocado el recuerdo de ella en el día de su boda? Y ahora aquí estaba ella, viva y respirando, un recuerdo hecho carne. Mark incluso le habló. Escuchando su voz por primera vez en quince años,

mirándola tan llena de esperanza y tan emocionada, Mark sintió tanto una alegría como una tristeza inconmensurable. Cada segundo que él luchó contra el impulso de decirle a Rebecca quién era él y qué le podría suceder a ella una noche de abril de 2003. Pero eso tendría que esperar.

Mark salió del automóvil para unirse a ellos, teniendo cuidado de evitar los charcos. ¿Cuántas veces había venido él a esta iglesia? Una vez para la preparación de la boda, otra para la boda misma y luego incontables veces para visitar la tumba de Rebecca. Desde un lado del camino él pudo observar el parche de césped vacío, donde un día yacería, a la sombra de un tejo viejo y nudoso.

El padre de Rebecca le pasó a ella sus zapatos y apoyándose en la entrada techada del muro de la iglesia, ella retorció sus pies dentro de ellos. — Todo listo. ¿Qué hora es?

— Estamos atrasados quince minutos, dijo el padre señalando el reloj en la torre de la iglesia. — Pero no te preocupés, no es que ellos vayan a empezar sin vos.

— ¿Quince minutos?, dijo Amy. — Pero pensé que...

El Doctor se lamió un dedo y lo mantuvo arriba en el aire. — La historia está cambiando por supuesto, él anunció con gravedad, mientras una luz azul destellaba a través de las lápidas. La misma clase de luz que Mark había visto en Roma y en la Unión de estudiantes. Había una tensión en el aire, como antes de una tormenta eléctrica y era su imaginación, ¿o se estaba poniendo oscuro?

— Así que estaba diciendo la verdad, dijo El Doctor. — Ella llegó a la iglesia a tiempo.

— ¿De qué está hablando?, dijo Rebecca. — Solo estoy quince minutos tarde, no es el fin del mundo.

— Yo no estaría seguro de eso. El Doctor tomó una decisión. — Situaciones desesperadas requieren soluciones desesperadas. Aguarden aquí, todos ustedes. Regresaré antes de que se den cuenta. Él se subió al

asiento del conductor del automóvil de Mark, encendió el motor y aceleró hacia la carretera. Segundos después desapareció de la vista.

— ¿Qué cree él que está haciendo?, dijo Rory atónito. — ¡Gracias, Doctor, por dejarnos en la estacada en las afueras de... la iglesia! Sabés, Amy, creo que él realmente perdió un tornillo esta vez.

— Miren, pueden quedarse aquí si gustan, pero yo tengo que ir a una boda, dijo Rebecca dando sus primeros pasos determinados hacia la iglesia. — Creo que he mantenido a mi futuro esposo aguardando suficiente...

— Aguarde, dijo Mark, Rebecca se detuvo. Las hojas en el sendero se arremolinaron hacia arriba como atrapadas por una ráfaga de viento y, con el sonido como de un gruñido fluctuante, la cabina de policía azul del Doctor apareció en el sendero directamente en frente de Rebecca.

La puerta crujió al abrirse y El Doctor salió. — Bueno, que están esperando. ¡Entren!

— ¿Qué está pasando?, dijo Rebecca, mirando al Doctor y a su cabina azul con incredulidad. — ¿Qué es esa cosa? ¿Y qué está haciendo aquí?

— Solo un pequeño salto, dijo radiante El Doctor, dándole palmaditas a la cabina de policía como si fuera un viejo amigo. — El mismo lugar veinte minutos antes. Ah, y no se preocupe, hay mucho espacio para todos nosotros.

— Lo siento, dijo Rebecca. — ¿Usted está diciendo que esto es alguna especie de *vehículo*?

— Le aseguro que no hay nada porque asustarse. ¿Me veo como el tipo de persona que secuestraría a una novia, en el día de su boda, dentro de una cabina de policía?

— Sí.

— Todo está bien, Amy le aseguró. — Puede confiar en El Doctor.

— Pero voy *retrasada* a mi propia boda...

— Solo dele una mirada al interior, dijo Rory. — Digo, usted ya está retrasada, ¿qué diferencia hace un minuto o dos más?

El Doctor se apartó del camino y permitió a Rebecca ver el interior de la cabina de policía.

— Pero... pero es imposible, tartamudeó Rebecca con temor. — Es como si hubiera toda *una casa* allí dentro...

Capítulo 12

Mark, Rebecca y su padre caminaron dentro de la sala de control de la TARDIS, mirando a su alrededor con temor.

— ¿*Este* es su transporte?, dijo Mark.

Rory simpatizó con ellos. No era cosa más fácil del mundo, caminar desde el mundo normal y entrar a una máquina del tiempo alojada en otra dimensión. Y la elección del decoro del Doctor no lo hacía más fácil, el centro de la sala era una especie de cruce entre escultura de bronce vanguardista y un centro de actividades para niños.

El niño en este caso sería El Doctor. Él se lanzó alrededor de la consola, totalmente en su elemento. Rory tenía una teoría de que al menos la mitad de los botones en la consola verdaderamente no hacían nada y que El Doctor solo los presionaba porque hacían un ruido interesante.

— Sabés, dijo Rebecca a su padre, — No creo que estas personas *sean* realmente parientes de Mark.

El padre de Rebecca asintió. — No me sorprendería si ellos ni siquiera fueran de Canadá.

Un rechinar llenó la sala, la columna central de la consola se detuvo, y El Doctor bajó saltando los escalones para lanzarse a abrir las puertas principales. — ¡Aquí estamos!

Rory siguió al Doctor, a Amy, a Rebecca y a su padre al exterior. La TARDIS había aterrizado el prado comunal frente a la iglesia. Se habían movido casi una docena de metros.

El Doctor verificó el reloj de la torre. — Cinco minutos para la una. Él le sonrió a Rebecca. — Un poco temprano pero ahora será capaz de llegar a la iglesia, en el tiempo previsto.

— ¿Disculpe? ¿Está diciendo que regresamos en el tiempo?, preguntó Rebeca.

— Solo un poco, dijo El Doctor, recostándose casualmente contra la TARDIS. — Apenas si lo notará.

— Er, Doctor, dijo Rory. — ¿Estás seguro de que esto no es hacer trampa?

— No, El Doctor parecía ofendido. Él enderezó su corbata de lazo. — Es lo opuesto a hacer trampa. Es hacer cumplir las reglas. Eso es lo que yo hago. Es lo mío. Él dio una palmada y entonces regresó su atención a Rebecca y a su padre. — Bueno, no hay momento como el presente, en marcha los dos.

Rebecca estaba a punto de cruzar el camino cuando un camión pesado de mercadería retumbó por el camino, con su bocina a todo volumen. Ella retrocedió hasta el prado comunal pero cuando el camión pasó sus ruedas se hundieron en los charcos salpicando de agua fangosa todo su vestido.

Todo el mundo aguardo hasta que el camión se hubo marchado antes de hablar. — Upss, dijo Amy con simpatía. — Estoy segura de que es de lavado en seco.

Rebecca miró su falda machada de barro. Respiró tanto como pudo y dijo, — ¡Se supone que estoy por casarme! Dentro de tres minutos.

El Doctor llevó a Mark a un lado. — No creo, ni por casualidad, que cuando ella apareció en la boda, estaba así, ¿cierto?

Mark negó con su cabeza.

— ¿Es el tipo de cosa que usted recordaría?

Mark asintió.

— Bien, declaró El Doctor. — ¡Todos ustedes, aguarden aquí, no se muevan ni un centímetro! Se revolvió el cabello y luego se volvió a precipitar dentro de la TARDIS, azotando la puerta tras de él. La lámpara en la parte superior de la caseta de policía brilló y con un torbellino de viento, desapareció de la vista. Solo un segundo después reapareció. La puerta se abrió para revelar al Doctor alzando un vestido de novia nuevo, idéntico al que Rebecca estaba vistiendo.

— Me tomó un tiempo encontrar la tienda donde usted había comprado el vestido y lograr que me hicieran una copia exacta, pero aquí la tengo al fin. Pensando acerca de eso, debí de haberle preguntado en qué tienda lo compró antes de partir. Oh, esa tal Samantha continúa diseñando, ¿cierto? De cualquier forma, adelante. El Doctor ofreció el vestido a Rebecca.

— ¿Algún problema?

— Sí, uno pequeño, dijo Rebecca con los dientes apretados. — Primero, si usted cree que voy a cambiarme de pie aquí en el camino, mejor vaya pensando otra cosa.

— Oh, estoy seguro de que usted no tiene nada sobre qué avergonzarse, sonrió El Doctor benignamente. — No, eso sonó mal. Lo que quiero decir es que usted es bienvenida a cambiarse dentro de la TARDIS. Él mantuvo abiertas las puertas de la cabina de policía.

— Segundo, supongo que debo estar casándome dentro de dos minutos y me tomó media hora ponerme esta cosa.

— ¿Media hora? El Doctor estaba horrorizado. — ¿Media hora? Bueno. De regreso a la acción. Él introdujo a Rebecca aún abrazando su nuevo vestido, de nuevo al interior de la TARDIS. — Y vos también, Amy, ya que sabés como funciona la ropa de mujer. Una confundida Amy los siguió al interior de la cabina de policía. La lámpara del techo se iluminó y la TARDIS desapareció. Y reapareció un momento después. Las puertas se abrieron para revelar a Rebecca en su flamante y perfectamente ajustado vestido de novia, con Amy y El Doctor detrás de ella.

El Doctor comprobó el tráfico del camino. — Muy bien. Es seguro cruzar. ¿Tiene todo?

— Creo que sí. Rebecca se volvió hacia su padre, quien estaba contemplando el proceso con absoluta perplejidad. — ¡Mi ramo!, recordó ella con horror. — ¡Lo dejé en la limusina!

El Doctor llevó a Mark a un lado. — ¿Y ella lo tenía en la boda?

— Sí, dijo Mark. — Ella lo lanzó y Lucy lo atrapó.

— ¡Qué bien!, gritó El Doctor con frustración y desapareció dentro de la TARDIS. Esta desapareció y reapareció. El Doctor emergió blandiendo el ramo de lirios de Rebecca. Él se lo lanzó a sus manos. — ¿Algo más?

Rebecca negó con su cabeza.

— Entonces vaya a casarse. El Doctor llevó a Rebecca y a su padre. Amy y Rory cruzaron el camino. Luego pasaron a través de la entrada techada del muro de la iglesia y cuando estaban a la mitad del camino hacia la iglesia, El Doctor caminó en frente de Rebecca y su padre, obligándolos a detenerse. — Una última cosa.

— ¿Qué?, dijo Rebecca.

El Doctor miró a Rebecca fijamente, tocándole la frente con sus dedos y hablándole en un tono continuo e hipnótico. — No recordará esto, el conocerme a mí, a Amy, a Rory o a Harold. En todo a lo que a usted respecta, llegó aquí en limusina, sin incidentes.

— Nosotros... Llegamos aquí en nuestra limusina, Rebecca repitió vacilante.

— Bien, bien, dijo El Doctor. Entonces repitió el proceso con el padre de Rebecca.

— Llegamos aquí en nuestra limusina, el padre de Rebecca confirmó.

— Excelente, ahora cuando chasqueé mis dedos, quiero que ambos despierten, se dirijan a la iglesia, y tengan el día más maravilloso de *sus vidas*. El Doctor chasqueó sus dedos.

Rebecca se crispó, parpadeando como si despertara. Luego vio a su padre a su lado. Él estaba mirando a su alrededor con una expresión de perplejidad, entonces se volvió hacia ella y le dijo, — ¿Lista?

Rebecca asintió. Tomó el brazo de su padre y se dirigieron por el camino hacia la iglesia.



Algo no estaba bien. Mientras llegaban al porche, Rebecca soltó el brazo de su padre miró atrás hacia el cementerio, justo en la vereda hacia el camino habían cuatro personas de pie junto la puerta techada. Ella no podía ver sus caras, pero uno de ellos parecía estar vestido como un antiguo profesor.

Se escuchó el chirrido de unos neumáticos mientras una limusina se detenía afuera. Lucy y Emma salieron de ella en un frenesí de faldas y juramentos. Ellas se sacudían los zapatos y se tropezaban por el camino hacia ellos. — Lo siento, dijo Lucy sin aliento. — El tráfico es literalmente una locura.

— Ustedes están aquí, eso es lo importante, dijo Rebecca.

— Creo que ya es tiempo... el padre de Rebecca le recordó suavemente, ofreciéndole su brazo.

— Lista, dijo Rebecca, dando una última mirada hacia el cementerio. Ella había estado acudiendo a esta iglesia desde que era una niña y nunca antes había notado cuantas estatuas de ángeles había.



Amy sentía una cálida sensación mientras Rebeca, su padre y sus dos damas de honor color melocotón desaparecían en la iglesia. Amy revisó el reloj, era exactamente la una en punto. Lo habían logrado.

Mark empezó a caminar resueltamente por el camino hacia la iglesia. — ¡Mark! El Doctor gritó tras él. — ¿A dónde cree que va?

— Se lo dije, dijo Mark. — Permaneceré atrás y observaré. Eso no hará ningún daño.

— ¿No hará ningún daño?, espetó El Doctor. — ¿Después de *todo* lo que le dije, después de todo por lo que pasamos?

— Esto no va a hacer ningún daño, lo sé. Mark se dio vuelta para continuar su camino.

Dos estatuas se lo bloqueaban. Las estatuas de dos Ángeles, se mantenían solemnemente en frente de la iglesia, sus manos cubrían sus caras, con sus ojos tan blancos como la piedra.

— ¡Los Ángeles!, jadeó Amy. — ¡Estuvieron aquí todo el tiempo!

— Atraídos por la inestabilidad, explicó Rory, para su propio beneficio y no para el de alguien más.

— ¡Mark!, gritó El Doctor. Mark estaba congelado hasta el punto del terror. Amy miró más allá de él... para ver cuatro estatuas más en el cementerio, una agachada cerca de una tumba, bajando sus manos, una saliendo de atrás de otra tumba y dos erguiéndose a cada lado de un monumento de guerra.

Los Ángeles estaban demasiado dispersos para que Amy pudiera verlos a todos a la vez. Haciendo su mejor esfuerzo por no parpadear, Amy se volvió para enfrentar a los Ángeles que se aproximaban desde la iglesia. Ellos se habían acercado más a Mark, detenidos mientras avanzaban hacia él, con las manos levantadas sobre sus cabezas y sus dedos extendidos como garras.

Mark se tambaleó hacia atrás, tropezando con sus propios pies. Amy arrastró su mirada lejos de él, para verificar a los otros Ángeles. Éstos habían avanzando como tratando de cortar todas las rutas de escape, obligándolo a retirarse por la vereda hacia el camino.

— Están tratando de *evitar* que llegue a la iglesia, dijo Amy. — ¿Por qué están haciendo eso si quieren que él cree una paradoja?

— Sí, dijo Rory sarcásticamente. — Esa era también mi mayor preocupación.

El Doctor corrió hasta Mark y lo agarró por el brazo. — ¡Rápido!, dijo él arrastrando a Mark lejos de los Ángeles. — ¡Amy, Rory, manténganse mirándolos, y traten de no parpadear!, él les gritó mientras trataba de guiar a Mark de regreso a la puerta techada. Los ojos de Mark estaban desorbitados por el terror. Estaba muerto del miedo.

Y entonces Amy se dio cuenta que no estaba mirando a los Ángeles. Y ni Rory lo hacía. Ella se dio la vuelta para ver que cuatro Ángeles habían continuado el camino hacia ellos, con sus cuerpos retorcidos con furia y sus bocas atrapadas en gritos silenciosos. Pero si ella podía solo a cuatro de ellos, eso significaba que había dos que no podía ver...

— ¡Al interior de la TARDIS!, ordenó El Doctor. — Tan rápido como puedan. Amy no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Ella corrió a través de la puerta techada del muro de la iglesia, se detuvo para revisar que no hubiera tráfico en el camino, luego salpicó a través de los pozos hasta la TARDIS.

Rory, Mark y El Doctor corrieron tras ella. El Doctor cerró de golpe la puerta y se lanzó hacia la consola. En segundos, el continuo gemido de despegue de la TARDIS llenó el aire.

— Ellos estaban *esperándonos*, dijo Amy con su voz ronca por el terror. — Estaban *aguardando* que estuviéramos aquí...



Gareth golpeó con su cuchara su copa. — ¡Discurso del novio!

Mark tomó un último sorbo de su agua y se puso de pie en frente de todos los que conocía.

La sala de eventos del Gran Hotel quedó en silencio. Todos los amigos de Mark estaban allí: Emma y Lucy, vistiendo verdaderos vestidos, Rajeev quien voló para la ocasión; Gareth quien resultó ser inesperadamente profundo, Siobhan de la oficina, y en una mesa el señor Pollard y el señor

Boyce, los dos abogados que trataban el uno al otro de superarse en elegancia, los padres de Rebecca, que le daban miradas de aprobación y aliento. Y a su izquierda, su madre, sonriendo por primera vez en años. Y finalmente a su derecha, Rebecca. Su esposa. Viéndose más elegante y encantadora de lo que él alguna vez había soñado posible.

La mano de Mark temblaba tanto que apenas podía sostener su discurso. Y encima de todo, su mano había empezado a hormiguear, como si estuviera sosteniendo una batería. La sensación había estado yendo y viendo todo el día.

— ¡Hola!, dijo Mark nerviosamente. — Acabo de casarme. Soy un hombre felizmente casado.

Hubo un murmullo animado de risa.

— Este será un discurso corto y ustedes estarán encantados de escuchar, porque estoy seguro de que todos nos estamos muriendo por averiguar porque Gareth ha instalado un proyector de diapositivas. Pero, como es tradicional, tengo que agradecerles a algunas personas.

— Primero, debo agradecerle a mi padrino, Gareth, por su firme apoyo y su generosa oferta de un pasaje de ida a Nueva Zelanda diez minutos antes de la boda. Creo que estaba bromeando. *Espero* que estuviera bromeando. También quisiera agradecerle por organizar tan magnífica despedida de soltero, porque desafortunadamente no tuve oportunidad para agradecerle en su debido momento por un inesperado ataque de intoxicación alimentaria.

— También quisiera agradecer a las damas de honor, Emma y Lucy, por asegurarse de que Rebecca viniera, por lo cual le estaré con ambas tanto sorprendido como agradecido. Y quisiera agradecer a los padres de Rebecca, Olivia y Rodney, y a mi madre, Emily, por toda su ayuda. Este día es un tributo a su gentileza y generosidad.

— Antes de proseguir, hay una persona más que quisiera mencionar. Una persona que tristemente no pudo estar aquí, y quien yo deseaba que estuviera aquí más que nada en el mundo, pero que sé que está aquí en espíritu, y ese es mi padre, Patrick. Te extraño, papá.

Mark hizo una pausa. Podría sentir las lágrimas formándose en sus ojos. Porque mientras había pronunciado estas palabras, fue como escuchar la noticia de la muerte de su padre una vez más y pensar en todas las cosas que él nunca le diría.

Mirando a través de la habitación, todas las caras familiares iluminadas por el brillo de los candelabros, algo atrajo la mirada de Mark al otro extremo de la sala de eventos donde el juego de puertas dobles daban hacia las escaleras. Las puertas debieron de haber cerrado para su discurso, pero en vez de eso estaban abiertas. Había un hombre en el umbral, observándolo. Un hombre que se veía justo como su papá.

Mark miró hacia su discurso y luego levantó su mirada. El hombre había desaparecido y las puertas al otro extremo del salón de eventos estaban cerradas.

Mark se aclaró la garganta. — Y finalmente quisiera agradecer a Rebecca, por todo, básicamente. Por ser mi mejor amiga, desde que la he conocido. Porque siempre estuvo allí para mí. Por ser una fuente constante de cordialidad, de inspiración, de alegría. Y por concederme el gran honor de aceptar ser mi esposa. Él levantó su copa. — Por Rebecca.



La noche se había vuelto fría, así que ellos no esperaban ser molestados en el jardín del hotel. Las mesas de picnic aún estaban húmedas por la lluvia, como Rory había descubierto cuando trató de sentarse en una. También era muy improbable que fueran vistos, ya que la única luz procedía de las ventanas de la TARDIS, parqueada discretamente en la esquina y de las ventanas del hotel, como destellando en el tiempo para las apagadas melodías de Dancing in the Moonlight.

Rory no podía dejar de buscar en la oscuridad rastros de un Ángel Lloroso. El Doctor le había asegurado que el momento de crisis había pasado y que ahora los Ángeles estarían escondidos, conservando sus fuerzas. Es por eso que El Doctor había permitido a Mark observar a su joven yo pronunciando su discurso de bodas.

El Doctor miró hacia la noche, con las manos dentro de sus bolsillos, mirándose como si tuviera todos los problemas del universo sobre sus hombros. — Todo lo que les he dicho hasta ahora ha sido un error.

— ¿Qué?, dijo Rory.

— Los Ángeles. No han estado siguiendo a Mark con la esperanza de que él cree una paradoja.

— ¿Qué?, dijo Amy. — Pero ellos son atraídos por la inestabilidad, vos lo dijiste, como polillas a la llama.

— Sí, dijo El Doctor. — Pero no por porque ellos quieren que él cambie su pasado, sino porque ellos quieren asegurarse que él *no lo haga*.

— ¿Eh?, dijo Rory. — Pero pensé que vos había dicho...

— Pensé en eso. Cuando los encontramos en la Unión de estudiantes, ellos estaban tratando de mantener a los dos Mark separados. Lo mismo cuando los encontramos de nuevo en Roma. Lo mismo hoy.

— ¿Pero por qué?, dijo Amy. — ¿Por qué hacen eso?

— Porque están trabajando en un plan. Algo grande. Algo mucho, mucho más grande que enviar a Mark ante su yo más joven.

— ¿Cómo qué, dijo Mark?

El Doctor no respondió. En vez de eso, miró a Mark con toda la tristeza de sus novecientos años. — Dígamelo, Mark Whitaker. Usted dígamelo.

— No lo sé. Honestamente, no lo sé.

— Lo dejé escuchar su discurso de bodas, dijo El Doctor. — Pero eso será lo último. A partir de ahora, manténgase alejado de su pasado.

— No se preocupe, dijo Mark. — Después de lo que pasó hoy, si usted cree que yo voy a estar cerca de mi yo más joven de nuevo, está muy equivocado.

— Bien, dijo El Doctor abriendo las puertas de la TARDIS. — Porque si intenta *hacer* algo, los Ángeles estarán esperándolo.

Capítulo 13

5 de Junio de 2001

Mark fue al librero, hizo a un lado las primeras ediciones de Harry Potter y abrió una pequeña puerta de seguridad detrás de ellas. Él extrajo un sobre maltratado con *Mark Whitaker 10-07-2011* escrito al frente. Caminando hasta su escritorio, sacó la carta de su futuro, con su lista de tareas, donde debía intervenir en su propio pasado. Una lista la cual él ya había completado.

Mark tomó un sorbo de café recién hecho, arrancó una hoja de papel de una libreta, y empezó a copiarla, palabra por palabra, línea por línea.

No era la primera copia que hacía de la carta, él había hecho una copia allá por 1998, la copia que le mostró al Doctor en Roma, que él había destruido a su regreso. Una en la que deliberadamente no incluyó la parte final del mensaje:

“Pero asegúrate de seguir estas instrucciones, Mark. Porque si vos lo hacés, recordá esto:

Vos podés salvarla.

Justo como yo lo hice.

Tuyo, sinceramente.

Mark Whitaker, Abril 2003.”

¿Cuántas veces había leído esas palabras? Incluso leyéndolas ahora por centésima vez, Mark sentía un dolor en su corazón. Rebecca no necesitaba morir. Estaba escrito allí, en blanco y negro, de su propio puño y letra.

Él daría cualquier cosa solo por hablarle de nuevo. Oh, él le habló en la boda, pero entonces había estado prendiendo ser alguien más. Quería hablarle a ella como él mismo, contarle a ella como se sentía. Anhelaba estar

con ella, oír su risa, escuchar lo que pensaba de todas las cosas que ella se había perdido, de todas las películas que habían producido después de su muerte, de todas las navidades pasadas, de la ceremonia civil de Lucy y Emma y su bebita. Ellos siempre habían dicho que regresarían a Roma para su décimo aniversario de bodas. Ahora ellos podrían hacer eso y mucho más.

Lenta y meticulosamente, Mark copió la carta. Con cada línea, se detenía para revisar que hubiera reproducido los detalles exactamente. Volviendo a mirar hacia la carta original, él descubrió que la caligrafía concordaba. No había forma de diferenciar entre ambas cartas, porque, desde luego, eran la misma carta.

Mark estaba a punto de escribir “*porque si vos lo hacés*”, cuando hizo una pausa para mirar hacia la ventana. Miró su reflejo mirando hacia atrás, un fantasma suspendido sobre el paisaje de Londres. Podía ver los rascacielos de la ciudad, destellando como torres de un reino mágico bajo el atardecer color rojo vino.

Incluso podía distinguir El London Eye brillando con luz azul eléctrica en el horizonte. [N.T.: El **London Eye** (El Ojo de Londres), o Millennium Wheel (La Noria del milenio), es una noria-mirador de 135mts de altura situada en el South Bank del Támesis, Londres.]

Pero ahora Mark era, más o menos, un multimillonario. Su apartamento había sido su única complacencia; un ático en la cima de un exclusivo proyecto. Todo el mobiliario era moderno y elegante, y todo un lado de la sala consistía en una ventana que miraba hacia la Colina del Parlamento.

Pero las vistas espectaculares y el lujo no quitaban el dolor. Mark regresó a su trabajo, y a las palabras **VOS PODÉS SALVARLA**.

Todo lo demás en su carta se había vuelto realidad, ¿entonces por qué dudar de esta parte? Quizás porque eso era demasiado bueno para ser verdad. Pero también porque El Doctor le había advertido que no debía cambiar la historia, sin importar qué. Salvar a Rebecca ciertamente contaría como cambiar la historia, pero si él estaba destinado a salvarla, como la carta proclamaba, seguramente si él *no lo hacía*, eso también podría contar como cambiar la historia.

Mark puso su pluma sobre la mesa. Dejaría el resto de la carta en blanco hasta después de que él haya salvado a Rebecca. Entonces, y solo entonces, completaría el resto. Esa era la manera en que él podría estar seguro de que el mensaje era verdad. Y si eso significaba que estaba cambiando la historia entonces así sería.

Mark miró a través de Londres. Su yo más joven estaría en algún lugar allá afuera. Él se preguntó qué estaría haciendo justo ahora.



El joven Mark estaba trabajando hasta tarde en su oficina. Todos los demás se habían marchado hace horas, mientras que Mark se quedó por un caso inesperadamente adelantado.

Él frotó sus ojos y pensó en casa. Rebecca estaría allí ahora. Ellos se veían el uno al otro durante media hora antes de ir a la cama, cuando ambos estaban demasiado exhaustos para hacer otra cosa que mirar televisión, y durante media hora en la mañana cuando estaban demasiado apresurados para hablar.

Pero todo eso valdría la pena. Él había sido promovido a asistente principal y en pocos años estaría en el camino para convertirse en un socio menor. Entonces les sería posible costearse un hogar propio y podrían empezar a pensar acerca de los niños. Pero mientras tanto, él tenía que volverse invaluable, lo cual significaba ser voluntario para intervenir siempre que hubiera una crisis. Como esta noche.

Mark examinó cuidadosamente las notas del caso. El caso era similar a uno que él había manejado el año anterior, Jones contra Maxwell y sería más rápido ver qué precedentes habían usado la firma en vez de empezar desde el principio.

Mark abrió el archivador y extrajo la carpeta de Jones y regresó con él a su escritorio. Entonces lo abrió, y espero encontrar un fajo de notas. En vez de eso había una segunda carpeta más delgada, la cual tenía escrito: **IMPORTANTE: QUE NO LO VEA MARK WHITAKER.**

Mark revisó el nombre en la carpeta. Leyó Harold Jones. Alguien accidentalmente había archivado mal la carpeta. ¿Pero quién era Harold Jones? ¿Y por qué esa carpeta contenía algo que a él le estaba prohibido ver? Mark no había escuchado el nombre de ese tipo antes. Lo cual era extraño, ya que él conocía los nombres de todos los clientes regulares y por el espesor de su carpeta, éste era un cliente regular.

Mark consideró poner de nuevo la carpeta en el archivador. Lo cual sería lo correcto a hacer. Si él tenía prohibido leer este archivo, había una muy buena razón para ello. Pero por su vida, Mark no podía pensar cuál razón podría ser esa.

Solo había una forma de averiguarlo. Allí había algo que Pollard y Boyce no querían que viera, Mark quería saber qué era. Él abrió la carpeta, y la primera cosa que vio fue una copia de su curriculum que había enviado cuando el aplicó para la posición de asistente menor. Entonces había una hoja de notas con la caligrafía de Pollard, bajo el encabezado *PROYECTO MAGWITCH*.

Mark leyó las notas, al principio intrigado, luego con un sentimiento creciente de indignación. Resultaba que este tipo Harold Jones era uno de los clientes más lucrativos de la firma, quien personalmente había intervenido para asegurarse de que a Mark le fuera dado el trabajo de asistente menor allá por 1999. En retribución, Jones continuó utilizando a Pollard & Boyce para manejar sus negocios. Parecía que los intereses de Jones iban desde los desarrollos inmobiliarios a las compañías productoras de televisión. Siempre como un socio anónimo, invirtiendo dinero a través de terceras personas para mantener su anonimato, cosechando ganancias por la venta de acciones por un beneficio o recibiendo dividendos y regalías.

Mark ojeó a través de todas la páginas pero no pudo encontrar ninguna explicación de porqué Jones había intervenido para que le dieran el trabajo de asistente menor. Excepto por una nota que Pollard había garabateado en el margen de una página: *¿Pariente distante?*

Quienquiera que este Harold Jones fuera, Mark tenía que hablarle. Había una dirección incluida en la carpeta, un edificio de apartamentos en Highgate. Mark regresó la carpeta al archivador, tomó su chaqueta y corrió

escalaras abajo sin molestarse en decirle adiós a Ron en la recepción. Luego subió a su automóvil y llamó a Rebecca desde su teléfono móvil.

— Hola, esposo, ella respondió, su voz lejana pero alegre.

— Hola, solo llamaba para decirte que...

— ¿Hay una crisis en el trabajo y vas a quedarte hasta tarde?

— Sí, algo como eso, lo siento.

— No te disculpés. Solo ordenaré un curry y veré el programa Big Brother.

— ¿Podés dejarme algo? Tuve que trabajar a la hora de la comida.

— ¿Necesitás algo más? Es que estaba en el baño y estoy llenando todo el teléfono de espuma.

— No, eso es todo. No sé cuánto tiempo tome esto, así que no me esperés levantada.

— Haré lo mejor que pueda. Adiós entonces. Te amo.

— Te amo. Adiós.

Mark arrojó su teléfono al asiento del pasajero, giró la ignición y condujo desde Londres a Highgate, con preguntas sin respuesta recorriendo su mente. Luego de una hora de conducir, parqueó frente a un edificio de apartamentos. Estaba sorprendido por lo impresionante que era el edificio. Un buen edificio de acero y cristal, alumbrado por reflectores a nivel del suelo. Parecía más una galería moderna de arte que algún lugar donde las personas podían vivir.

Mark revisó la dirección por una última vez. Apartamento 4-A. Él se dirigió hacia la entrada y oprimió el intercomunicador.

Luego de unos diez segundos una voz respondió. — ¿Hola?

— Hola. ¿Harold Jones?

— Sí. ¿Quién es?

— Soy de Pollard & Boyce.

— Suba. La puerta de seguridad zumbó.

Mark la empujó para abrirla y camino dentro brillantemente iluminada área de recepción. El ascensor lo llevó hasta el quinto piso, donde un pequeño corredor lo condujo hasta la puerta de paneles del apartamento 4-A. Mientras se aproximaba la puerta se abrió.

— ¿Hola?

El hombre que estaba de pie en la puerta parecía extrañamente familiar. Por un momento, Mark pensó que estaba viendo a su propio padre. El hombre tenía los mismos ojos llorosos y el mismo tipo de cabello adelgazado. Pero este hombre no era su padre, él estaba a la mitad de sus cuarenta, a lo sumo. Era algo de lo más extraño. Era como si él mismo se estuviera mirando en un espejo y ver a su yo futuro reflejado.



— ¿Más inestabilidad?, preguntó Rory.

El Doctor asintió. — Una acumulación de energía temporal potencial, la más grande hasta el momento. Él aguzó la vista en los alrededores del parque. A la distancia, las luces de Londres centellaban en la penumbra. — Mark debe estar interfiriendo con su propio pasado... ¡idiota irresponsable!

Amy salió de la TARDIS poniéndose su chaqueta y le entregó a Rory la suya, — ¿Alguna suerte?

Rory negó con su cabeza. Solo diez minutos antes habían dejado a Mark fuera de su hotel. Entonces la TARDIS había empezado como a respirar silbando como un motor a vapor dando a luz y El Doctor se había transformado en un loco a cargo de una consola mezcladora de sonidos, con mirada salvaje y dedos crispados.

— Y hablando de eso, ¿dónde estamos?, dijo Rory. — Digo, bonita vista.

— Hampstead Heath. **[N.T.]**: es un parque inmenso en las afueras de Londres, a 6 kilómetros al norte de la capital británica. Cerca de él se localiza el barrio de Hampstead es donde viven un gran número de personas con una gran capacidad adquisitiva; es el barrio donde se concentra la mayor

riqueza del país.] El Doctor golpeó con su palma su detector de inestabilidad.

— Brillante. No logró arreglarlo, la señal inunda los sensores...

— ¿Y cómo vamos a hacer para encontrar esa tal paradoja?, preguntó Amy.

De repente hubo un destello. Rory protegió sus ojos mientras un rayo azul chisporroteaba por un edificio de apartamentos en el límite del parque. El rayo parecía concentrarse en lo alto del edificio.

— Creo que la hemos encontrado, dijo Rory. — No soy experto, pero para mí eso parece una inestabilidad...

*

— ¿Usted es Harold Jones?

Mark asintió lentamente. El hombre de pie en su pasillo era su yo más joven. Era como verse confrontado a una vieja fotografía. Una cara que había visto muchas veces en el espejo pero hace mucho tiempo.

— ¿Podría entrar?, dijo el Mark joven.

— ¿Usted es de Pollard & Boyce?, dijo Mark.

— Correcto, trabajo allí. Pero creo que usted ya sabe eso.

Y entonces Mark se dio cuenta de la segunda cosa que estaba mal de la visita de su yo más joven. Cuando él había trabajado en Pollard & Boyce nunca había encontrada nada acerca de Harold Jones. Ciertamente él nunca había ido a visitarlo.

— Creo que mejor entra. Mark condujo a su yo más joven al salón. Mientras lo hacía, sintió un hormigueo en su mano derecha y notó que su yo más joven se frotaba la mano derecha al mismo tiempo. Él lo sentía también. Había un extraño olor metálico en el aire, como el de los autos chocones de las ferias y el de los modelos de autos de carreras. El olor a electricidad estática.

— ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Café? ¿Té?

— No, está bien, dijo el Mark más joven. — ¿Podemos saltarnos la charla?

— Si usted gusta, dijo Mark sentándose en su escritorio. — ¿Entonces, en qué puedo ayudarlo?

— Puede *ayudarme* diciéndome quién diablos es usted, dijo el joven Mark. — Y porque demonios a elegido interferir en mi vida.



Amy se encontró con El Doctor y Rory en la entrada al edificio de apartamentos. Ambos estaban mirando hacia la parte superior del edificio, donde el rayo azul centellaba entre el vidrio y el acero.

— Es posible que sea demasiado tarde. El Doctor probó el aire. — Se *siente* como si ya fuera demasiado tarde.

— ¿Qué querés decir con “*se siente*”?

— El tiempo corre fuera de sus rieles. Forjando nuevos caminos, nuevas posibilidades.

Rory miró a su alrededor con cautela. — Sí pero con toda seguridad si las cosas fueran mal, los Ángeles Llorosos estarían aquí, ¿cierto? Como las polillas a un gong y todo eso.

— Oh, *fabuloso*, dijo Amy. — Gracias por recordármelo.

— Oh, ellos estarán aquí, dijo El Doctor. — Vos podés estar seguro de eso. Probablemente han estado sin llamar la atención en el cementerio camino abajo, aguardando por la señal. Él apuntó su destornillador sónico hacia la puerta y ésta se abrió. — Amy, Rory. Permanezcan aquí.

— ¿Qué?, protestó Amy. — Oh, no. Iremos con vos.

— Hey, dijo Rory agarrando una esquina del abrigo de Amy. — Sí El Doctor dice que debemos permanecer aquí, tal vez deberíamos hacer lo que el hombre dice. Digo, él sabe de lo que está hablando.

— Amy, escuchá a tu esposo, dijo El Doctor. El corrió dentro de la brillante área de recepción y subió por las escaleras.

— Sí. Eso nunca va a suceder. Amy corrió dentro del área de recepción y fue tras El Doctor, su muy sufrido esposo fue visto arrastrado por su estela.



— ¿Usted es un familiar lejano?

— Correcto, dijo Harold Jones. — Por el lado de la tía Margaret. Yo soy, er, de Canadá.

— ¿Canadá?, dijo Mark con desconfianza. Pero las palabras del hombre le sonaban. Su madre una vez le había mencionado un familiar de Canadá, un hombre que había llegado una vez a visitarla y quien nunca respondió sus cartas y tarjetas de navidad. Y eso podría explicar *el parecido...*

— ¿Visitó a mi madre una vez, hace unos seis o siete años atrás?, preguntó Mark.

— Sí. Sí, es cierto. Sucedió que estaba en el país, asunto de trabajo y pensé en buscar a algunos familiares.

— Bien, dijo Mark. — ¿Y es por eso que me consiguió el trabajo en Pollard & Boyce?

Harold asintió. — Exactamente. Ellos se encargan de gran parte de mis negocios, así que pensé que podría hacerle un favor.

— ¿Usted pensó que me haría *un favor*?

— Les recomendé que deberían contratarlo. Pero solo por un período de prueba, en el entendido de que si no era lo bastante bueno ellos eran libres de prescindir de usted.

Mark permanecía incrédulo — ¿En verdad?

— Así, aunque yo lo ayudé a poner un pie dentro, todo lo que ha logrado desde entonces ha sido totalmente por mérito suyo.

— Ellos lo han estado manteniendo informado de mi progreso entonces, ¿cierto?

— Algo como eso, sí. Ellos lo llaman Proyecto Magwitch.

*

Cuando Rory llegaba a la puerta del apartamento 4-A, El Doctor gritó detrás de él. — ¡Espera!

— ¿Qué?, dijo Rory con sus dedos a centímetros de la puerta. Un momento después un rayo azul empezó a revolotear intermitentemente a través de su superficie y cruzó las paredes, el piso y el techo del corredor. Rory sintió el vello de la parte de atrás de su mano se erizaba. — ¿Qué es esto?

— Un campo de limitación Blinovitch. El Doctor apuntó su destornillador sónico hacia la puerta, moviéndolo gradualmente más cerca hasta que hubo un chisporroteo y un crujido. — Cosa repugnante. Es mejor no acercarse tanto.

— ¿Pero podemos entrar?, dijo Amy impacientemente.

— En un momento, dijo El Doctor jugueteando con su destornillador.
— Ya casi, ya casi...

*

Mientras Harold explicó acerca del Proyecto Magwitch, Mark aprovechó la oportunidad para mirar alrededor del apartamento, con sus grandes ventanas y su vista de Londres, el diseño de sus sillas, su televisor de plasma pantalla ancha. Un rayo azul brilló en el exterior, como el de una ambulancia.

La historia de Harold tenía sentido, pero Mark aún no la creía. — ¿Y es por eso que no permite que me ocupe de ninguno de sus casos?

— Correcto. No quería que lo supiera. Miré, lo lamento. Quizás debí de habérselo contado, pero...

Harold continuaba hablando, pero Mark había dejado de escuchar. Él notó dos cartas escritas a mano sobre el escritorio de Harold, ambas incluían una lista de lugares, horas y fechas que se remontaban a 1994. En el año 1995 vio detalles de un examen que él había realizado en la universidad. En 1997 vio la dirección de un café en Coventry junto con algunos números de lotería. En 1998 describía el momento en que él extravió su billetera en Roma...

De repente Mark recordó algo que Rebecca le había dicho hace mucho tiempo. Acerca de que había alguien en la universidad que se veía igual a él.

— ¿Qué está haciendo?, gritó Harold Jones cuando se dio cuenta, demasiado tarde, que Mark estaba mirando el contenido de su escritorio. Él se lanzó hacia adelante en un desesperado esfuerzo por ocultar las cartas.
— No debe verlas, son, son, *confidenciales*...

Mark alcanzó una de las cartas, y cuando lo hizo, los dedos de su mano derecha hicieron contacto con la mano derecha de Harold. Mark escuchó el sonido como de un fuerte crepitar, como el de un circuito haciendo corto, y un rayo de dolor atormentador se disparó por su brazo. Por un momento tuvo la sensación como de un calambre, y pudo oler algo quemándose, y luego todo se volvió blanco.

Capítulo 14

El Doctor abrió a la fuerza la puerta del apartamento y entró corriendo. Amy y Rory le pisaban los talones. El vestíbulo de entrada parpadeaba con luz azul y el humo inundaba el aire. Era como caminar dentro de un club nocturno. — ¿Hola?, El Doctor llamó. — ¿Alguien en casa?

Ellos se abrieron camino a través del humo hasta una gran habitación con una cocina a un extremo y una oficina al otro. Todos los aparatos eléctricos de la cocina se habían vuelto locos, encendiéndose y apagándose solos, con humo saliendo por su enchufes. El rayo azul crepitaba a través del

piso, el techo y las paredes, y la gran ventana que había a un lado de la habitación.

Los ojos de Rory empezaron a llorar debido al humo. — ¿Qué sucede?, él tosió. — Este lugar es una locura...

— Descarga de energía temporal, respondió El Doctor, avanzando dentro de la habitación como un tigre al asecho. — Sobrecargas eléctricas.

Los accesorios de iluminación estaban apagados, enviando cascadas de chispas humeantes. — ¿Y qué pudo haber causado esto?, dijo Rory.

Tap-tap-tap.

— Creo que lo sé. Amy, apuntó hacia la oficina, donde yacían dos, inconscientes, uno en el piso, el otro a través del escritorio. Ambos tenían el brazo derecho extendido y parecían estar emitiendo vapor.

— Mark Whitaker, A y B. El Doctor se aproximó a los cuerpos. — Deben de haber hecho contacto físico, cortocircuitaron la diferencia. Él se acucilló junto al cuerpo del joven Mark y le tomó el pulso, antes de repetir el proceso con el viejo Mark. — Son afortunados en estar vivos. Parece que el joven Mark decidió hacerle una visita a su yo más viejo.

— Así que no fue el viejo Mark quien interfirió con su propio pasado, dijo Amy. — Fue el joven Mark quien interfirió con *su propio futuro*...

Tap-tap-tap.

— ¿Pero esto no debió de haber pasado?, dijo Rory. — Digo, de cualquier forma que sea, chocar con uno mismo debe ser algo malo, ¿cierto?

— Esta no es una situación ideal, no, dijo El Doctor. — Tenemos que sacarlos de aquí. Rory tomó a un Mark, yo tomaré al otro.

— Correcto, dijo Rory, levantando al joven Mark hasta ponerlo en posición vertical. Mientras hacía eso, El Doctor lograba poner al viejo Mark de pie y lo medio levantó y medio arrastró hacia la puerta.

Tap-tap-tap.

Rory sentía sus pulmones como si estuvieran en llamas. Mientras él luchaba cruzando la habitación con el joven Mark todos los accesorios de iluminación estallaron en llamas.

— No lo entiendo, gritó Amy sobre el caos. — ¿Por qué el sistema de rociadores no se enciende?

— Algo se lo está impidiendo, dijo El Doctor. — Miren.

Rory siguió la mirada del Doctor hacia la ventana, al otro extremo de la habitación. Seis figuras de piedra permanecían al otro lado del vidrio, sus manos presionaban contra su superficie, mirando hacia adentro con caras serenas y blancas. Los Ángeles Llorosos. Todos bañados por la luz parpadeante del rayo.

— ¿Qué están haciendo?, le gritó Rory al Doctor.

— ¿Qué creés?, El Doctor le gritó en respuesta. — ¡Alimentándose!

Pero eso era imposible, pensó Rory. Ellos estaban cuatro pisos arriba. No había nada en que los Ángeles pudieran pararse.

Tap-tap-tap.

Rory no podía mantener su mirada en todos los Ángeles a la vez. Peor, con todo ese humo arremolinándose alrededor, apenas podía mantener los ojos abiertos. Pero ese sonido que los Ángeles estaban haciendo, estaban golpeando el vidrio con sus dedos...

Hubo un crujido fuerte, un estallido.

Rory alcanzó a ver la ventana cubierta con una telaraña de líneas de fracturas emanando de la mano de uno de los Ángeles. Entonces él tuvo que parpadear y un segundo después se escuchó un sonido ensordecedor de algo rompiéndose y toda la ventana saltó hecha pedazos. El viento nocturno entró rugiendo avivando mucho más las llamas y enviando el humo hacia Rory, Amy y El Doctor.

Y Rory pudo ver a los Ángeles Llorosos, nunca visiblemente moviéndose pero en proceso de trepar dentro de la habitación, uno por uno, con sus bocas muy abiertas como gritando por el triunfo.

— Vamos, gritó El Doctor en el oído a Rory. — ¡Tenemos que irnos!

Rory agarró al joven Mark por la pretina y tiró de él hasta el corredor, a través de una oleada de humo y de llamas crepitantes y avivadas. Era como si estuvieran escapando del mismo infierno.



El viejo Mark volvió en sí tosiendo y queriendo vomitar. Sus ojos y garganta le escocían y había un sabor acre y ahumado en su lengua. Pero podía oler el aire fresco y escuchar el susurro de las hojas en la brisa. Estaba acostado en el piso, se dio cuenta. Rory hincado a su lado, tomándole el pulso. Detrás de Rory podía ver al Doctor y a Amy, mirando a alguien más que yacía sobre el pavimento, alguien a quien no podía ver.

Entonces todos los recuerdos volvieron a él. La visita de su yo más joven. Él podía recordarlo enmarcado en el umbral. Mark dio un profundo y súbito grito ahogado ante el recuerdo.

— Todo está bien, dijo Rory suavemente. — Está a salvo, amigo. El Doctor y yo lo rescatamos.

— *¿Me rescataron?*

Rory le señaló la parte superior del edificio de apartamentos. La parte superior era un incendio de llamas anaranjadas parpadeantes y humo negro aceitoso ascendía hacia el cielo nocturno.

— ¿Qué... qué sucedió?, dijo Mark poniéndose de pie él mismo.

— Hey, tranquilo, dijo Rory. — Parece que, um, usted mismo se golpeó.

Mark se tambaleó hacia El Doctor y Amy. Ellos estaban atendiendo a su yo más joven, quien había sido puesto en posición de recuperación, su camisa chamuscada, su cara sucia y con hollín. Por un horrible momento, Mark pensó que su yo más joven podía estar muerto, hasta que se gimió y respiró con una profunda y soñolienta bocanada.

Mark lo miró y luego elevó su mirada hacia su apartamento en llamas, imposible de comprenderlo todo. Había algo más, algo que había olvidado.
— ¿Qué fue lo que dijo?, él le gritó a Rory. — *¿Qué yo mismo me golpee?*

— El Doctor cree que usted hizo, er, contacto físico o algo así. Lo cual liberó una carga de energía temporal.

— ¿Contacto físico? Él recordó estar sentado en su escritorio, su yo más joven en frente de él, y recordó darse cuenta que su yo más joven no lo estaba escuchando porque...

— ¡La carta!, resopló Mark. — La carta que tenía que enviarme...

— ¿Qué?, dijo Rory.

— ¿Dónde está? ¿La ha traído consigo?

— No. ¿Había que hacerlo?

— Oh, no, dijo Mark. — Oh, no... Él miró a Rory, cuya boca estaba abierta por la incompreensión, entonces Mark dio media vuelta y corrió de regreso a la entrada de los apartamentos.

— Hey, ¿a dónde va? ¡Solo logrará morir! Rory gritó detrás de él.
— Doctor, el viejo está huyendo.

Mark empujó para abrir las puertas de seguridad y subió corriendo las escaleras, su pecho se esforzaba por la carrera. Él pasó a algunos de los residentes del edificio mientras ellos se abrían camino escaleras abajo. Ellos lo llamaron, le advirtieron no ir arriba, pero él los ignoró.

Él alcanzó el cuarto piso y arremetió contra la puerta que daba hacia corredor para abrirla. Una pared de calor extremo lo golpeó en la cara, como si hubiera entrado a un horno. Él sentía que su piel le picaba y sudaba. El corredor de adelante estaba despejado excepto por el humo negro espeso que pendía sobre su cabeza como una nube de tormenta en un interior.

Manteniendo su cabeza baja, Mark se tambaleó por el corredor hacia la puerta de su apartamento. Sus pulmones se sentían como si se estuvieran quemando y podía escuchar su propios jadeos por respirar, furiosos y desesperados.

Consiguió atravesar la puerta hasta el vestíbulo de la entrada. Éste era casi irreconocible, iluminado con un rojo profundo por el brillo pulsante del fuego. Apenas podía mantener sus ojos abiertos. Pero tenía que encontrar la carta.

Mark entró a su sala de estar para ser confrontado con una visión de pesadilla. La cocina era una furiosa masa de llamas, una columna de fuego se extendía desde su televisor hasta el techo, y su sofá ardía con humo pestilente.

Había seis figuras en la habitación, de pie perfectamente aún en medio de la conflagración, cada una sosteniendo su cabeza entre sus manos y sus alas dobladas hacia atrás.

Cuando Mark fue forzado a parpadear para limpiar sus ojos del humo, las estatuas empezaron a *moverse*. Lentamente bajaron sus manos y volvieron sus caras hacia Mark. No había expresión en sus ojos. Parecían inconscientes de que las llamas acariciaban sus pétreos cuerpos.

Entonces, una a una, abrieron sus bocas, mostrando sus largos y afilados colmillos,

Mark caminó a ciegas hasta su escritorio, palpando su camino a través de la habitación, hasta que lo golpeó con su abdomen y el humo se disipó lo suficiente para que pudiera ver los papeles sobre su escritorio. Mientras observaba, ambas cartas encendieron y se volvieron negras. Las llamas consumieron las dos totalmente, enviando fragmentos calcinados revoloteando por el aire.

Mark sintió una mano sobre su hombro y dio la vuelta.

— Tenemos que irnos, dijo El Doctor inflexiblemente. — *Ahora*.

Mark pudo ver a los Ángeles Llorosos detrás del Doctor, estirándose hacia él. La visión causó que Mark se paralizara del terror. No podía hablar ni moverse.

El Doctor lo tomó por la muñeca y lo guió de regreso a la sala de estar, pasando a los Ángeles y saliendo al corredor. Mark apenas podía respirar y apenas podía ver pero El Doctor continuaba guiándolo a través del humo y la

oscuridad, ayudándolo a descender las escaleras y a salir al aire limpio de la noche.

*

Amy gritó con alivio cuando El Doctor salió tambaleándose del edificio en llamas, arrastrando con gran esfuerzo al viejo Mark con él. El cabello y las ropas del viejo Mark estaban sucias y chamuscadas, pero por el contrario parecía ileso. Él se sentó en la acera a pocos metros de distancia de donde su yo más joven estaba durmiendo.

Los residentes del edificio de apartamentos se habían reunido en la zona de parqueo, maravillándose ante las llamas mientras esperaban la llegada de los bomberos. El fuego era visible desde todo Londres.

El Doctor se acucilló al lado del viejo Mark. — ¿Qué estaba tratando de hacer?

— La carta, Doctor, Mark tomó otra bocanada de aire. — La carta que recibí de mi propio futuro, la que yo tenía que enviar. Estaba allí. ¡Ambas copias estaban allí!

— Oh, Dios mío... dijo Amy con su boca abierta.

— *Las vi quemarse*, dijo Mark miserablemente. — Así que eso. La historia ha sido cambiada.

— ¿Qué quiere decir?, preguntó Rory.

— ¡Como puedo haberme enviado la carta a mí mismo, *cuando ya no la tengo más!*, gritó Mark.

— ¿Simplemente no puede hacer otra copia?

— No puedo recordar cada palabra de la carta, ¿o sí? Y si escribo mal una simple palabra...

— Oh. Bueno. Sí.

— ¿No sacó fotocopias o algo como eso?, dijo Amy

— No, respondió Mark, levantando su mirada acusadora hacia El Doctor.
— Porque usted me dijo que no lo hiciera, ¿recuerda?

El Doctor frunció el ceño. — Por lo tanto, ahora ya no puede enviarse la carta a sí mismo y todo el curso de la historia ha cambiado, con desastrosas *ramificaciones* para todo el planeta.

Él hizo una pausa para enderezarse, lamió un dedo y lo sostuvo arriba en el aire. — A menos... Él alcanzó su detector de inestabilidad, el cual aún colgaba alrededor de su cuello y empezó a girar los diales con urgencia.

— Oh, no. Oh no, no, no, no, no...

— ¿A menos?

El Doctor no respondió. Estaba demasiado preocupado tomando una lectura con el detector. Entonces miró hacia Amy con unos ojos temerosos.
— A menos desde luego que la historia *no haya* sido cambiada.

— ¿Qué?

— Lo cual solo puede significar una cosa, dijo El Doctor con gravedad.
— *Mark no fue quien escribió esa carta.*

— ¿Qué? Pero desde luego que él lo hizo, dijo Amy. — Vos dijiste...

— Desde luego, dijo El Doctor. — Todo eso es parte de su plan.

— ¿El plan de quién?

— De los Ángeles Llorosos.

— ¿Lo siento Doctor, vos estás diciendo que *los Ángeles Llorosos* escribieron esa carta?, dijo Rory. — ¿La que Mark recibió en el año 2011?

El Doctor asintió. — Una lista de instrucciones que Mark debía pensar provenían de su propio futuro, a fin de asegurarse de que las obedeciera al pie de la letra. A fin de asegurarse de que *yo le dijera* de que las obedeciera al pie de la letra.

— Pero aguardá, vos está olvidando algo. ¡Mark dijo que la carta fue escrita por su propio puño y letra!

El Doctor negó con su cabeza y se volvió hacia Mark. — Usted nunca me mostró la carta original, ¿verdad?

— No, dijo Mark.

— Desearía que lo hubiera hecho, dijo El Doctor. — Porque yo podría haber notado que estaba escrita en *papel psíquico*. Escriba una carta en papel psíquico y la caligrafía se verá como de aquel quien la lee.

Mark se puso el mismo de pie. — Pero el nombre en el sobre estaba escrito con mi caligrafía también.

— Un sobre psíquico, dijo El Doctor. — Del mismo material.

— Y los Ángeles Llorosos se apoderaron de todo eso, ¿cómo?, preguntó Rory. — ¿Ellos simplemente se aparecieron por el quisco de papel psíquico más cercano?

— Los Ángeles son criaturas de percepción. Para ellos sería un juego de niños. El Doctor miró hacia Mark con tristeza. — La copia de la carta que usted me mostró. No era la carta completa, ¿verdad?

Mark se movió con nerviosismo. — ¿Qué quiere decir?

— Qué había algo más. Algo más que los Ángeles Llorosos quieren que usted haga.

— No.

— ¿Qué era esa otra parte de la carta, Mark? El Doctor explotó de la ira. — ¡Dígame!

— No hay ninguna otra parte de la carta, lo que usted miró era todo.

— No lo creo así. Porque escúcheme. Sea lo que sea que está escrito en esa carta no es verdad. Los Ángeles lo escribieron, porque quieren que usted *cambie la historia*. Es algo que *nunca puede suceder*. Algo que *nunca debe hacer*.

— No, Mark protestó, doblándose del dolor como si éste lo aplastara. Su pecho subía y bajaba, y se mantenía tragando, jadeando y haciendo una mueca, como si tratara de hablar, pero no encontrara las palabras. — No,

usted se equivoca, él le siseó al Doctor. — Eso puede suceder. Voy a hacer que suceda.

— Mark, no puede, no importa cuánto...

Mark se enderezó y miró al Doctor con ojos fríos y furiosos; ojos llenos de años de soledad y duelo. Pero en vez de hablar se dio vuelta y se alejó hacia el aparcamiento.

— Mark. ¿A dónde va? *Deténgase...*

Mark levantó su llavero y apuntó hacia su automóvil todo terreno y lo abrió con un bip. Subió al asiento del conductor. El Doctor intentó agarrar la puerta del automóvil pero fue demasiado tarde; el motor rugió con vida, sus faros brillaron con luz cegadora y se dirigió hacia la carretera. Amy, Rory y El Doctor solo pudieron permanecer impotentes mientras Mark aceleraba en la noche.

Mientras el automóvil desaparecía de la vista, el ulular de las sirenas se hizo más fuerte hasta que dos carros de bomberos y una ambulancia aparecieron al final del camino, iluminando todo con sus luces parpadeantes. Los bomberos descendieron, gritando instrucciones, mirando hacia arriba para evaluar el incendio.

Distraída por los bomberos, le tomó unos pocos segundos a Amy darse cuenta que El Doctor no estaba con ella. Él y Rory habían vuelto su atención hacia el joven Mark, quien aún estaba acurrucado en la acera. Él recobró la conciencia con un resuello y un balbuceo, sus ojos inyectados de sangre, miraban a su alrededor confundido. — ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué sucedió?

— Usted vino a ver a un hombre llamado Harold Jones, dijo El Doctor con calma. — ¿Por qué?

— ¿Harold Jones?, Mark frunció el ceño mientras luchaba por recordar. — Estaba trabajando hasta tarde en la oficina y me encontré con esa carpeta... él era la razón por la que me dieron ese trabajo. ¡Y él tenía esas cartas en su escritorio, con listas de cosas de mi vida!

— Todo está bien, dijo El Doctor con gentileza mientras colocaba sus dedos en la frente de Mark. Los párpados de Mark cayeron y su cabeza se reclinó hacia adelante mientras él caía en un trance. — Usted estará bien. No tendrá recuerdo de los eventos de esta noche.

— Sin recuerdos, repitió Mark.

— La última cosa que recordará es que estaba trabajando hasta tarde en la oficina. No me recordará a mí, a mis amigos o a Harold Jones. Cuando despierte nunca habrá escuchado sobre él, ¿comprende?

Mark asintió.

— Hubo un pequeño fuego en su oficina, alguien lanzó una cerilla encendida dentro de un cesto para basura, usted lanzó su chaqueta sobre él, es así como ésta se chamuscó.

Mark asintió.

— Cuando despierte, quiero que telefonee a su esposa y le diga que se dirige a casa, luego vaya a su automóvil y conduzca directo hacia allá. ¿Ha entendido todo?

Mark asintió.

— Bien. El Doctor chasqueó sus dedos.

La cabeza de Mark se erguió. Por un momento miró a su alrededor, sin estar seguro de dónde se encontraba, luego se puso de pie. — Perdón, um, discúlpeme... él murmuró, antes de marcar rápidamente un número en su teléfono móvil. — Hola... Sí. Soy yo. Solo te llamaba para avisarte que voy en camino a casa... Te amo también. Entonces sin notar al Doctor, Amy y Rory, él caminó hacia uno de los automóviles parqueados fuera del edificio, entró en él y se alejó conduciendo.

El Doctor, Amy y Rory se apartaron mientras los bomberos localizaban el hidrante más cercano y conectaban sus mangueras.

— ¿Así que es eso?, dijo Amy sacudiendo el hollín de sus manos.

— Creo que así es, dijo El Doctor. — Mark se dirige a casa con su esposa, habiendo olvidado todo acerca de esta noche, y todo sobre nosotros...

La boca de Rory se abrió cuando súbita y terriblemente cayó en la cuenta. — Aguardá un minuto, él dijo. — ¿Dijiste que él iba a casa con *su* esposa?

— Sí...

— ¡Pero cuando hablé con la señora Levenson, ella nunca mencionó nada acerca de que Mark estuviera casado!

— No, dijo Amy. — Y cuando yo le pregunté a él hace un par de días, me dijo que no tenía esposa ni hijos...

— Pero sabemos que *ahora* él tiene una esposa, así que si no tiene una en el futuro, dijo Rory. — Entonces eso significa o que ellos se divorciaron, o...

El Doctor de repente se vio increíblemente viejo y demacrado. — Así que eso es. Eso hacia lo que los Ángeles Llorosos han estado trabajando.

— ¿Se refiere a que algo le pasó a Rebecca?, dijo Amy. — Oh mejor dicho, algo *le va a pasar* a Rebecca. Oh, por Dios. Ella va a morir...

— Y Mark va a tratar de evitarlo, murmuró El Doctor, mirando dentro de la profundidad de la noche. — Él va a tratar de salvarla.

— Pero si él la salva, dijo Rory, — y todo se reajusta... entonces estaría cambiando la historia.

— No solo eso, sino... Antes de que El Doctor pudiera terminar fue interrumpido por una voz que los llamaba desde calle abajo.

— ¡Doctor! ¡Amy! Una figura familiar salió corriendo de la oscuridad hacia ellos. Al acercarse y disminuir su velocidad, caminó bajo la luz de una farola y Amy pudo ver su cara.

Era Rory.

Pero Rory estaba de pie a su derecha, boquiabierto ante la incredulidad por el recién llegado. Amy miró hacia él y miró hacia el otro Rory, el nuevo Rory. Él se aproximó con una mirada de cansancio en su rostro.

— Gracias a Dios, él suspiró con alivio, frotándose un costado y haciendo una mueca. — Por un momento, pensé que los había perdido.

— ¿*Rory*?, dijo El Doctor mirándolo con desconfianza. — ¿Qué estás haciendo aquí?

El nuevo Rory le ofreció a Amy una sonrisa tranquilizadora, antes de notar que su antiguo yo estaba boquiabierto. — Yo, em, soy del futuro, ¿sí?, el nuevo Rory empezó a decir. — Digo, estaba con ustedes en el futuro, pero entonces, fui tocado por un Ángel...

Capítulo 15

21 de Abril de 2002

Esa había sido su primera discusión importante.

Todo empezó cuando Mark sugirió que Rebecca no debería molestarse en comprar otro automóvil luego de que el anterior había sido dinero perdido. Su punto era que teniendo un automóvil en Londres era una pérdida de dinero, ya que ella difícilmente lo utilizaba, excepto para ir a ver a sus padres y ella le dijo que conducir en Londres era increíblemente estresante y peligroso.

La respuesta de Rebecca había sido acusar a Mark de llamarla mala conductora. Lo que no había sido su objetivo en absoluto. No era la forma de conducir de Rebecca lo que le preocupaba. Era la de todos los demás.

Rebecca había estado conduciendo hasta Peckham para la venta semanal cuando, mientras giraba a la izquierda en una intersección, el automóvil a su derecha se saltó la luz roja y se estrelló contra ella. Fue afortunada en resultar con latigazo en las cervicales y un hombro dislocado.

La discusión continuó en la siguiente noche. Ambos estaban muy cansados, ninguno de los dos pudo dormir más que unas pocas horas después del accidente. Mark aún tenía el estrés del día corriendo por su sistema y Rebecca seguía despertándose conforme sus analgésicos perdían efecto. Entonces ambos tuvieron un día para tratar con la policía y la aseguradora. Encima de todo eso, tuvieron que cancelar sus vacaciones a París las cuales debían de haber empezado al día siguiente.

Sobre eso fue lo que trató la parte final de la discusión. Rebecca acusó a Mark de que él estaba contento con que sus vacaciones se hubieran cancelado porque significaba que podría regresar al trabajo. Mark lo negó acaloradamente, pero el problema era, que Rebecca lo conocía demasiado bien. La idea de regresar al trabajo se le había ocurrido.

Y fue por eso que él pasó la noche en el sofá de la sala.



Rebecca despertó mientras un pinchazo de dolor en su cuello le recordaba sus heridas. Poco a poco y con torpeza, ella se acomodó en una posición de sentada y alcanzó los analgésicos y el agua en la mesa contigua. Ella tuvo que girar su cintura para ver qué estaba haciendo ya que no podía girar la cabeza.

En el reloj alarma se leía 11:30. El otro lado de la cama estaba vacío. Por un momento no le dio importancia, ella acostumbraba levantarse después de que Mark se había marchado para la oficina, hasta que recordó que era la primera vez, desde su boda, que ambos pasaban la noche aparte.

Rebecca se lavó y se puso una camiseta limpia, luego se dirigió a la planta baja, agarrando la barandilla con la mano buena. Ella se prepararía una taza de té y tal vez vería las noticias. Hoy habría estado explorando las galerías de arte y los museos de París con Mark, en vez de estar pasando el tiempo sola en un apartamento frío.

Rebecca se detuvo al pie de las escaleras. Podía escuchar algo chisporroteando en la cocina y podía oler el aroma ahumado de panqueques. Ella vagó para descubrir a Mark en la cocina con una sartén freidora en su

mano y una cadena de ajos alrededor de su cuello, una boina sobre la cabeza y tarareando "She", de Charles Aznavour.

— ¿Qué estás haciendo?, dijo Rebecca.

— Hago crepas. Este es mi sexto intento. Creo que ya casi lo logro.

— Yo hablo del, ella señaló el ajo, — y la, señaló la boina.

— Oh, una idea que tuve. Por las próximas dos semanas he designado este apartamento como territorio francés.

— ¿Qué?

— Sí vos no podés ir a París... entonces París vendrá a vos. Mark deslizó los panqueques fuera del sartén freidor y se volvió hacia ella.

— Por favor quitáte esa cosa, te pareces a Frank Spencer. [N.T.: personaje, que suele usar una boina, en la comedia inglesa "Some mothers do have them"]

— Pensé que me veía como el Che Guevara, protestó Mark. — La conseguí mientras andaba de compras. No pude conseguir caracoles o ancas de rana, pero tenemos *croissants*, *pain au chocolat*, y luego tiene la opción de elegir entre *coq au vine* o *ratatouille*. [N.T.: se refiere a un platillo tradicional francés, en base de berenjenas, calabacines, pimientos, tomate y a veces otras verduras, que se aderezan con hierbas provenzales y se hornean o se cocinan.]

Rebecca notó las cinco abultadas bolsas de compras de supermercado a un lado.

— Y también creo, continuó diciendo Mark, — que si vamos a estar dos semanas atorados juntos en este apartamento, podríamos necesitar algo de entretenimiento, así que tengo unos cuantos DVD y videos. Mark señaló una de las bolsas.

Rebecca la revolvió. — Amelie. Cyrano de Beryerac. Betty Blue. Mon Oncle. Asterix & Obelix contra César. Y las dos primeras temporadas de Alló. Alló.

— ¿No pudiste conseguir algo más francés?

— Muy cierto. Rebecca olió las crepas. — Así que vamos a pasar las siguientes dos semanas atorados en este piso, ¿cierto?

— Bueno, siempre puedo ir a trabajar, si vos lo preferís, pero creo que dos semanas con mi hermosa esposa Rebecca versus sentarme dos semanas en una oficina de abogados en Croydon. No hay comparación.

— No cuando lo ponés así. ¿Es esa tu forma de decir lo siento?

Mark puso su panqueque en un plato. — Sobreactuado, ¿no lo creés?

— Un poco, sí. Rebecca partió algunos panqueques y comió. — Pero lo apruebo firmemente. Ella lo besó suavemente en la nuca. — *Merci beaucoup*.

— Vos sos afortunada. Estuve a punto de comprar un acordeón.

— No tenés idea de lo agradecida que estoy de que no lo hicieras.

— ¿Estás seguro que no tenés problema en que esté por aquí?

— Podría acostumbrarme a eso, dijo Rebecca. — Debería tener accidentes automovilísticos más a menudo. No, creo que si tengo permanecer atorada en el apartamento por dos semanas, no hay nadie más en el mundo con quien quisiera estarlo.

— ¿Entonces no estás molesta, por no ir a París?

— No más. Digo, no es que París se vaya a ir a algún lugar. Siempre hay un próximo año.

*

— ¿Esto es absolutamente necesario?, preguntó Rory mientras El Doctor pasaba su destornillador sónico sobre él como un funcionario de aduanas con un detector de metales. En vez de darle una respuesta, El Doctor se lanzó a través de la sala de control y repitió el proceso con el otro Rory, el del futuro.

Era una sensación extraña estar en la misma habitación con su yo futuro. Esa persona por allí, con la nariz asombrosamente grande y con cara de aburrido, sería él en algún momento. Mirando hacia atrás a su propio

pasado, en lo que se refiere a Rory, era su actual yo. Lo cual era confuso, si lo piensa bien, así que Rory decidió dejar de pensar en ello.

— Completamente necesario, dijo El Doctor, cerrando su destornillador sónico con una floritura. — Ahora es seguro para ambos estar juntos en la misma habitación.

— ¿Eh?

El Doctor pasó al modo de explicación. — El efecto de limitación Blinovich. Dos versiones idénticas de la misma persona, en diferentes momentos de su línea temporal, no deben coexistir en el mismo espacio y tiempo. Todo tipo de desagradables paradojas temporales potenciales. Y si ellos logran hacer contacto físico... ¡Bang!

— ¿Cómo con los dos Marks?, dijo Amy.

— Al igual que, como vos lo decís, con los dos Marks, dijo El Doctor.
— Pero ahora he neutralizado el efecto. Pregúntenme cómo.

— ¿Cómo?, dijo el Rory del futuro.

— Posiblemente no podrías empezar siquiera a entenderlo. Pero gracias por preguntar.

Rory trató de comprenderlo. — ¿Entonces, ahora es seguro para mí tocar a mi yo futuro?

— Sí, dijo El Doctor. — Aunque yo les recomiendo enérgicamente que no.

— ¿Por qué?, preguntó Rory.

— ¿Sí, por qué no?, preguntó el Rory del futuro.

— Porque se vería extraño. Mejor mantengan sus manos en, um, ustedes mismos.

Rory y su yo futuro intercambiaron ceños indignados. — Correcto. Sí. Muchas gracias, Doctor.

— ¿Entonces, de dónde sos vos?, preguntó Amy al Rory futuro con una sonrisa coqueta. Rory no pudo evitar sentir celos.

— ¿Qué te sucedió exactamente?

— Bueno, no estoy muy seguro de cuanto les puedo contar, dijo el Rory futuro dudando. Ya saben, sobre hechos y la información. Pero estábamos en ese campo, en South Downs, en la noche del diez de abril del 2003 y los Ángeles Llorosos estaban allí también y fui tocado.

— ¿Tocado?, dijo Rory.

— Regresado a 2001, lo cual fue un poco confuso, por decirlo suavemente.

— ¿Entonces vos viniste y nos encontraste?, preguntó El Doctor.

— No *exactamente*. Primero tuve que aguardar por allí un mes esperando a que aparecieran.

— ¿Qué?

— Me enviaron de nuevo al primero de mayo. ¡Durante cuatro semanas he estado atorado aquí en el pasado esperándolos! El Rory futuro suspiró con indignación. — ¡Parece que gasté la mitad de mi vida aguardando!

— Sin embargo, cuatro semanas, dijo El Doctor, — le darían tiempo para ponerse al día con los viejos tiempos y esas cosas.

— ¡Intentá ser lanzado al pasado sin dinero, sin trabajo y ningún lugar donde vivir! Difícilmente pude regresar a Leadworth, ¿sabés?

— Seguro que vos te las arreglaste admirablemente. No necesitás entrar en los detalles espeluznantes.

— Aguardá, dijo Rory. — Sí eso va a sucederme, me gustaría mucho escuchar los detalles espeluznantes, muchas gracias. Dame una idea a qué me enfrentaré.

— Por eso precisamente no tenés que saberlo, dijo El Doctor. — Y porque tu futuro no debe contártelo. Vos ya has escuchado demasiado. Él

regresó con Rory del futuro. — Dejamé ver si lo entiendo. ¿Era la noche del diez de abril del 2003, cuando fuiste tocado por un Ángel?

— Sí.

El Doctor giró la pequeña pantalla del monitor hasta la cara de Rory. Ésta mostraba la primera página de un periódico local. — Lo cual fue la noche en que Rebecca Whitaker murió.

El futuro Rory asintió y tragó saliva. — Sí.

— Correcto. Ahora necesito que me contestés esto tan exactamente como podás. Cuándo vos eras el Rory de allá, El Doctor señaló a Rory, — y tu yo futuro apareció afuera del edificio de Mark, ¿qué hicimos a continuación?

— ¿Qué hicimos a continuación?

— Sí. Es de vital importancia que lo recordés.

— Lo intento, es solo que no estoy seguro que deba contarlo. Vos sabés, sería develar el futuro.

El Doctor dejó escapar un suspiro de desesperación. — Muy bien. Dejamé que te lo ponga de esta manera. Creo que la siguiente cosa que deberíamos hacer es llevarlos al tiempo y lugar donde Rebecca murió. Si yo hiciera eso, ¿estaría cambiando la historia?

— No, dijo el Rory del futuro. — Eso es exactamente lo que recuerdo que hiciste la última vez.

— Bien. Entonces eso es lo que haré. Él se volvió hacia Rory.

— Espero que estés poniendo atención a esto, te haré preguntas después.

— Sí, no te preocupés, dijo Rory dándose una palmadita en su frente.

— Me comprometo a recordar todo.

— Bien. El Doctor avanzó hacia la consola como un pianista a punto de dar un recital pero antes de empezar a fijar el curso, se detuvo. — Sabe, potencialmente podría ser un poco confuso tener a dos Rory aquí...

— Yo no estoy confundido, dijo el Rory del futuro.

— No, yo tampoco, dijo Rory. — Sé cuál soy yo.

— Lo mismo digo, dijo su yo futuro.

— Sí, dijo El Doctor. — Sin embargo, sería útil si tuviera alguna forma de diferenciarlos.

— ¿Qué, como si uno de nosotros se dejara crecer el bigote?, dijo Rory.

— Sí, pero difícilmente hay tiempo para eso, ¿verdad? El Doctor se mordió el labio mientras pensaba. — Rory futuro. Rory futuro. Rory “F”. Rory “F”... ¡Ja! Lo sabía. ¡Tengo justo lo que se necesita! El Doctor descendió de un salto a una de las áreas de almacenamiento por las puertas interiores, sacó un cofre y rebuscó dentro para extraer luego un sombrero cilíndrico color rojo con una borla. — ¡Rory Fez!, El Doctor anunció. Él se acercó a Rory y lo deslizó sobre su cabeza. — Rory futuro. ¡Rory Fez!

— Er, Doctor. Yo no soy el del futuro, dijo Rory. Él apuntó hacia su yo futuro. — Es él.

El Doctor le arrebató el Fez. — Lo ves, dije que empezarían a confundirme. Él saltó hacia el Rory futuro y lo colocó ceremonialmente sobre su cabeza. — Listo. Ahora usted debe mantenerse con esto puesto. El destino de todo el universo depende de ello.

— ¿En verdad?, dijo el Rory del futuro. — ¿Todo el universo? ¿Depende de que use un Fez? Así es como las cosas funcionan, ¿cierto?

— Ahora, si me permite un momento, dijo El Doctor, regresando a los controles. — ¡Cuanto más pronto lleguemos a 2003, más pronto podremos evitar tener a dos Rory deambulando por el lugar!

Capítulo 16

10 de Abril de 2003

Al fin, después de nueve años de esperar, el día finalmente había llegado. El día que Rebecca murió. Excepto que esta vez todo sería diferente.

Mark condujo a través del estrecho camino, entrecerrando los ojos mientras brillaba a través de los setos que se alzaban sobre el camino. A la distancia, él podía ver los negros nubarrones de la tormenta que se aproximaba. En una hora o poco más, estaría oscuro y llovería torrencialmente. Pero Mark estaría listo.

Su boca estaba seca por la anticipación. Exploró cada opción de cómo evitar el accidente. Consideró simplemente robarle el automóvil a Rebecca, pero, ¿y si pasaba un policía y lo atrapaba en el intento? Pasaría la noche en las celdas mientras ella continuaba hacia su muerte. No. Tenía que hacerlo simple, interviniendo en el último momento posible. Solo entonces, podría estar seguro de que él evitaría el accidente sin ser parte de la cadena de eventos que condujeron a éste.

Los detalles del accidente estaban indeleblemente grabados en su memoria. A las 10:26 p.m., Rebecca se vio involucrada en una colisión de frente con un vehículo pesado de transporte de bienes a kilómetro y medio del pueblo de Chilbury. Ella simplemente había tomado un giro cerrado a la izquierda. El camión estaba viajando a más de ochenta kilómetros por hora. Debido a los altos setos no hubo forma de que cualquier de ellos viera al otro. Mark había visitado el sitio del accidente para prepararse y conocer cada detalle del viaje.

Entonces todo lo que tenía que hacer era detener el camión antes de que alcanzara la falta curva. Mark sabía que el camino continuaba hacia Chilbury, sin empalmes o intersecciones, pero como a cuatrocientos metros más adelante había un largo tramo del camino, del ancho de un solo carril, que iba cuesta arriba hacia el pueblo. Era allí donde el camión tenía que

aumentar la velocidad. Era allí donde el automóvil de Mark podía estar bloqueando el camino. El conductor del camión lo vería con tiempo más que suficiente y sería obligado a detenerse. Y Rebecca llegando por el otro lado del camino también vería el automóvil y disminuiría la velocidad. Solo entonces Mark movería su automóvil fuera del camino.

Y entonces tendría a Rebecca de nuevo. Todos los años sin ella, todos esos largos y solitarios años de dolor y lamentaciones, serían borrados al instante. Nunca habrían existido. Y si eso atraía a los Ángeles Llorosos, entonces sería un pequeño precio a pagar por la vida de la mujer que él amaba.

Casi sin notarlo, Mark llegó al punto en el camino donde el accidente tendría lugar. O ya no tendría lugar. Él cambió de marcha, condujo su todo terreno alrededor de la curva, y aceleró por el camino largo y recto hacia Chilbury. Entonces, en una pequeña y áspera área de descanso a mitad del camino, se estacionó y apagó el motor.

Él había revisado el área una semana antes. Incluso en la torrencial lluvia no había oportunidad de que su automóvil quedara atascado en el barro. Él había revisado el motor, no había oportunidad de que fallara o se le agotara el combustible. Revisó el reporte de la policía después del accidente... lo leyó tantas veces que se lo sabía de memoria. En los diez minutos previos al accidente no había otros vehículos visibles en esa recta del camino. A las 10:16 p.m., él movió su auto dentro del camino, entonces le sería posible observar desde un campo cercano mientras el camión se aproximaba desde una distancia de unos 800 metros. Él había pensado en todo.

Hubo el retumbar de un trueno y la lluvia salpicó contra el parabrisas.

*

Rory siguió al Doctor y a Amy fuera de la TARDIS e inmediatamente se estremeció por el frío y abrazó su abrigo para calentarse. Afortunadamente su gorro de lana cubría sus orejas, mientras el viento arremetía con lluvia helada sobre sus mejillas. Junto a él, Amy apartaba el cabello sobre su cara y se puso la capucha sobre su cabeza, mientras el Rory del futuro hacia su

mejor esfuerzo por mirarse indiferente mientras llevaba un Fez cada vez más húmedo.

Solo El Doctor parecía inmune a este tiempo congelante. — ¿Este es el lugar?

El Rory con el Fez asintió.

El Doctor le entregó a cada uno una linterna eléctrica las cuales encendieron. Los rayos solo se extendían unos pocos metros en la penumbra, las lucen captaban una cortina siempre cambiante de gotas de lluvia. Rory podía distinguir el césped lleno de barro a sus pies. — Tengan cuidado de no tropezar.

— Estoy captando inestabilidad a una escala sin precedentes, dijo El Doctor mientras tomaba una lectura con su detector de inestabilidad. — Es difícil identificar la fuente exacta, pero éste es. Este es el punto de inflexión, el momento donde el futuro está en juego. Hubo el súbito bum de un trueno y el destello de un relámpago azul. — El momento por el cual los Ángeles Llorosos han estado esperando.

— El gong de la cena.

— Con un grande y jugoso evento espacio temporal en el menú. Es hora del *banquete*. El Doctor bajó su detector y apretó la mandíbula, su cara se llenó de pavor. Luego movió el rayo de su linterna eléctrica cuesta abajo. — Por este camino, creo.

Mientras ellos seguían al Doctor a través del campo embarrialado, Rory esforzó su vista para ver algo en la penumbra. Estaba tan oscuro que seguía pensando que vio movimiento, pero fue solo que sus ojos le jugaban trucos a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Pero entonces él lo vio, una pálida luz amarilla, como a cuatrocientos metros de distancia, en un lugar ladera más abajo.

— ¡Allá!, dijo Rory. La luz provenía del interior de un automóvil estacionado a la mitad de un camino empinado.

— Ese debe ser él. El Doctor se volvió hacia el Rory con el Fez.
— ¿Estoy en lo cierto?

— Um, sí. Ese es su automóvil, confirmó el Rory con el Fez.

— Entonces no hay tiempo que perder. Usando su linterna eléctrica para alumbrar el terreno que tenía por delante, El Doctor se dirigió hacia la luz con renovada urgencia. — Pero cuidado. Los Ángeles Llorosos están aquí. Y trataran de detenernos.

Diez minutos después los zapatos de Rory estaban empapados por dentro y sus pies entumecidos. Desde allí podían ver que el automóvil de Mark estaba abandonado en medio del camino. Rory no podía decir si el motor del todo terreno estaba encendido; todo lo que podía oír era el rugir del viento y el ocasional estallido de un trueno.

— ¿Qué está haciendo?, dijo Amy. — ¿Simplemente se queda allí? ¿Por qué?

— Su esposa encontró la muerte en este tramo del camino, dijo El Doctor. — Una colisión con un vehículo que se aproximaba. El cual ya *no podrá* aproximarse si un automóvil está dentro del camino.

— ¿Vos obtenés todo eso con solamente estacionar un automóvil?, dijo Rory, logrando que algo de sensación regresara a sus pies entumecidos.

— Él dejó las luces encendidas, quiere ser visto. Es *una advertencia*. ¿Cuál es la mejor forma de detener una colisión entre dos vehículos? Poner algo *muy grande y obvio* entre ellos. Eso es lo que yo haría.

— Er, Doctor, dijo el Rory con el Fez. Él señaló una figura que estaba como a unos veinte metros de distancia, entre ellos y el automóvil. Un hombre en un abrigo hinchado de invierno, con su cara colorada por el frío. Él se miraba desafiante dentro de la luz de sus linternas eléctricas.

— Mark, El Doctor le gritó. — ¡Sea lo sea que esté pensando hacer, tiene que detenerse!

Mark negó con su cabeza. — ¿Sea lo que sea que esté *pensando* hacer?, él gritó. — Voy a salvar a Rebecca. Y no hay nada que pueda decir o hacer que me detenga.

El Doctor empezó a aventurarse lentamente hacia él. — ¿Después de todo lo que le he dicho no ha aprendido nada? Tendrá que mover su automóvil fuera del camino y dejar que la historia siga su curso.

— No.

— Tendrá que hacerlo, Mark. El Doctor apartó el cabello de sus ojos. Su cara y su ropa estaban empapadas, gotas de lluvia goteaban de su nariz y sus cejas. — *Escúcheme*.

— Dentro de siete minutos, un camión pesado de mercadería, va a venir descendiendo esa colina. Si mi automóvil no está aquí para detenerlo, ese camión chocara contra el automóvil de Rebecca. Y no voy a permitir que eso suceda.

— ¡Usted no tiene opción alguna!

— Pero si la tengo. De otro modo usted no estaría aquí para tratar de convencerme de ello, dijo Mark, su cara se iluminó con el brillo de un relámpago. — No. Esta vez va a ser diferente. Esta vez ella vivirá. Hubo otro retumbar de un trueno.

— Ella *muere*, Mark. Eso sucedió. Y eso tiene que suceder. No pude cambiar eso.

— ¿Por qué no?, protestó Mark. Él empezó a retroceder alejándose de ellos, dirigiéndose hacia el camino.

— Porque es *una trampa*, gritó El Doctor, caminando decididamente hacia él. — Todo lo que ha pasado, todo ha sido planeado por los Ángeles Llorosos para traerlo hasta este punto.

Por un momento pareció como si Mark le creyera al Doctor, su rostro temblaba mientras trataba de contener sus lágrimas. — Ellos me dieron la oportunidad de salvarla, dijo él, su pecho se agitaba por la rabia.

— A los Ángeles no les importa si Rebecca vive o muere. Ellos solo la están utilizando y a *usted*, para que les dé lo que desean. Una paradoja temporal.

— ¡No le creo!

— ¡Entonces mire a su alrededor, Mark!, gritó El Doctor. — ¡Mire alrededor!

El Doctor alumbró con su linterna eléctrica hacia una figura de mármol blanco que permanecía en la negrura a cinco metros a la izquierda de Mark. La figura tenía sus manos levantadas ante ella, con sus palmas hacia arriba, la lluvia salpicaba y goteaba sobre sus alas de piedra y su ropaje estilo griego.

El Doctor giró su rayo de luz a la derecha de Mark, alumbrando un segundo Ángel Lloroso en la misma postura sumisa.

Amy, Rory y el Rory con el Fez iluminaron con sus linternas eléctricas alrededor de ellos, iluminando el césped húmedo, las hojas brillantes por la lluvia, y a cuatro Ángeles más emergiendo del vacío de la oscuridad, dos a su izquierda y dos a su derecha. Todos con las palmas de sus manos extendidas hacia afuera, a modo de saludo.

— Oh, diablos, murmuró Rory.

— Me quitaste las palabras de mi boca, dijo el Rory del Fez.

— Usted los trajo aquí, dijo El Doctor sin levantar la voz. Él dio otro paso hacia Mark. — Justo como le advertí que no lo hiciera.

Mark retrocedió, lanzándole miradas a los Ángeles. — No, no...

— No se preocupe, El Doctor le aseguró. — Ellos *no* lo detendrán. No se pueden involucrar directamente, verá, ellos necesitan que la paradoja sea el resultado de la interferencia de alguien más. Pero en cuanto a nosotros... bueno, ja, eso es otra historia.

Mientras El Doctor hablaba, Rory se mantenía moviendo el rayo de luz de su linterna eléctrica entre los Ángeles. Ellos aún permanecían en la misma postura pero, ¿era su imaginación o se estaban acercando? No, no era su imaginación. Los cuatro Ángeles a su izquierda y a su derecha se habían acercado, cortándoles cualquier ruta de escape. — Um, Doctor, respecto a eso...

El Doctor ignoró a Rory, manteniendo su atención fija en Mark.
— ¿Piensa que esto ahora se ve mal?, dijo él. — No tiene ni idea de las consecuencias que tendrá.

— Sé lo que estoy haciendo, protestó Mark, tropezando y alejándose un paso del Doctor. — Voy a salvar a Rebecca. Rory notó que los Ángeles a ambos lados de Mark se habían movido más cerca. Ahora estaban solo a un par de metros de distancia de Mark, tratando de colocarse entre él y El Doctor, para cortarles el paso y evitar que alcancen el vehículo.

— ¿Y usted cree que eso hará el mundo un lugar mejor?, dijo El Doctor.

— ¿Cómo podría ser *peor*?, gritó Mark. — ¿Cómo podría?
¡Respóndame eso? He pasado diecisiete años de mi vida sin ella. No me importan las paradojas, no me importan los Ángeles. Mark parpadeó para contener las lágrimas que se formaban en sus ojos. — Solo quiero que regrese.

— No pude tenerla de vuelta. Ella murió.

— ¿Por qué?, gritó Mark. — ¿Por qué *ella* tiene que ser quien tenga que morir?

Mientras El Doctor se concentraba en Mark, Rory dirigió su rayo de luz hacia la oscuridad que los rodeaba. Con dos Ángeles detrás de ellos, uno a cada lado, y dos por el frente, ellos estaban efectivamente atrapados en el centro de un círculo.

El Doctor le ofreció a Mark una sonrisa de simpatía, ignorando a los dos Ángeles que lo flanqueaban a cada lado. — ¿Por qué cree que los Ángeles lo eligieron, Mark?

— No lo sé.

— *Exactamente*. Podría haber sido cualquiera, solo que lo eligieron a usted. Porque todo el mundo tiene algo, a lo que le gustaría regresar y cambiar.

— Yo solo quiero salvar una persona, sollozó Mark, secándose las lágrimas de los ojos. — ¿Tiene alguna idea, de lo que ha sido estar así,

durante los últimos nueve años? Todas las buenas personas que han muerto y yo solo me mantuve al margen y no hice nada. ¿Qué cree que sentí el 11 de setiembre, viendo a todas esas personas morir? Pero no hice *nada*. Puede haber salvado a mi propio padre, pero no hice *nada*. Seguí las reglas, Doctor. Hice lo que me dijo. Solo quiero una vida. ¿Es demasiado pedir?

— Sí, dijo El Doctor con pesar. — Me temo que lo es. Usted no puede cambiar el pasado.

— ¿No puede?, dijo Amy. Ella tenía lágrimas corriendo por sus mejillas.
— Vos siempre decís que el tiempo puede ser reescrito. ¿Por qué no ahora?

— Porque esto no solo es la vida de una persona, explicó El Doctor.
— Los Ángeles han arreglado esto tan deliberadamente que cualquier cambio en la línea temporal tendrá el impacto más grande posible.

— Pero debe haber alguna forma de salvarla, gritó Amy. — Tiene que haber algo que podamos hacer.

— No. La muerte de Rebecca es un complejo evento espacio temporal. Si Mark lo evita, no solo cambiará el futuro, él cambiará el pasado también.

Pobre tipo, pensó Rory. Todo lo que quiere hacer es salvar la vida de su esposa. Rory pensó sobre lo que él haría si estuviera en los zapatos de Mark y fuera Amy la que estuviera a punto de morir. ¿Arriesgaría todo por la más ligera oportunidad de salvarla? Desde luego que lo haría. Sin dudarlo. Debido a que la idea de su muerte, el pensamiento de tener que continuar viviendo sin ella, era simplemente demasiado terrible para imaginarla.

Rory limpió las lágrimas de sus ojos y movió su rayo de luz a su alrededor, casi agradecido por la distracción. Mientras los dos Ángeles, a cada lado de Mark, no se habían movido, cada uno de los otros había acercado tres o cuatro pasos más y habían levantado sus brazos a cada lado. Cerrando los espacios entre ellos.

— ¡Usted está mintiendo!, gritó Mark. — ¡No puede estar seguro de nada de eso!

— Mark, si la salva, ¿qué cree que sucederá?, dijo El Doctor. — ¿Cree que todo va a continuar desde donde lo dejó?

— No...

— No. Usted eliminará los eventos de los próximos ocho años. Todo ese tiempo será reescrito. Pero eso no es todo lo que perderá. Perderá nueve años de *su pasado* también. Todo el tiempo que usted estuvo con Rebecca dejará de existir. Todo desaparecerá. Nada quedará ni un recuerdo. ¡Cada momento que pasó con ella se perderá sin dejar rastro!

— ¿Por qué?

— Piense. Usted *ha viajado en el tiempo*. Su pasado, presente y futuro están intrínsecamente relacionados y unidos. Piense en todas las veces en que usted ha intervenido en su propio pasado.

— No le creo, balbuceó Mark. — ¡No le creo!

— La perderá, Mark. Y los Ángeles se alimentarán y crecerán más fuertes. Y ese será el principio del fin de la Tierra.

— ¿Qué? ¿Cómo sabe eso?

— ¡Porque lo he visto *antes*! ¿Cree que cuando los Ángeles logren su objetivo con usted, ese será el fin? No, ellos se moverán hacia alguien más. Lo harán pasar por todo lo que usted ha pasado hasta que creen otra paradoja. Luego, habrá alguien más, y alguien más, hasta que no quede una sola persona en este planeta cuya vida no haya sido utilizada por los Ángeles como fuente de alimentación. El Doctor levantó sus cejas y habló suavemente, suplicante. — Y a mí no me será posible detenerlos. Ahora están débiles pero no permanecerán así por mucho tiempo. Usted es solo es el primero. Pero no será el último.

La cara de Mark se arrugó por el dolor. — Pero yo solo quiero salvarla.

— Lo siento, dijo El Doctor con la tristeza de siglos. — Pero tiene que dejar que se marche.

El Rory con el Fez tosió para llamar la atención del Doctor. Mientras El Doctor había estado intentando hacer que Mark entrara en razón, los cuatro Ángeles habían avanzado aún más cerca. Estaban ahora situados a unos cuatro o cinco metros de distancia, cada uno con los brazos extendidos y sus

rostros extrañamente tranquilos. El Doctor odiaba las interrupciones, pero tenía una situación de Ángeles Llorosos entre manos.

— Es como si ellos estuvieran esperando algo, dijo Amy desde algún lugar detrás de Rory. — ¿Por qué no han atacado?

— Se están quedando sin combustible, dijo El Doctor. — No harán nada a menos de que tratemos de escapar o llegar al vehículo de Mark. Aguardarán para conservar sus energías hasta que la paradoja tenga lugar.

— ¿Y entonces?, dijo Rory con nerviosismo.

— Oh, entonces todos estaremos muertos, dijo El Doctor con indiferencia. — Es Rebecca o nosotros. Él se volvió hacia Mark. Los dos Ángeles Llorosos ahora estaban entre él y El Doctor. Mark permanecía mirándolos con terror, retrocedió tropezando. Entonces dio la vuelta y se echó a correr, y rápidamente desapareció dentro de la completa oscuridad.

— ¿Entonces qué sugerís que hagamos ahora?, agitando su rayo de luz entre los Ángeles. Éstos estaban cada vez más cerca. Pronto estarían al alcance de sus manos.

— Rory, ¿sabés cuanto has querido ser mi secretario?

— No.

— Bueno, ahora es tu oportunidad. El Doctor hurgó en sus bolsillos y extrajo una libreta de notas y un lápiz. Rápidamente garabateó una nota en la libreta, antes de entregársela a Rory con el estuche que contiene su papel psíquico. — Cuidá esto por mí. Podrían serte útiles. Él sacó una tarjeta de su manga como un mago y se la dio a Rory. — Tarjeta de crédito psíquica, no es para volverse loco comprando.

— Disculpá, ¿por qué me estás dando tus cosas?, dijo Rory poniendo todo dentro de su chaqueta. ¿Y qué querés decir con “serme útiles”? El Doctor levantó sus cejas hacia el Rory con el Fez como si comprobara algo. El Rory con el Fez asintió. El Doctor asintió en respuesta y luego se volvió hacia Rory y le obsequió una sonrisa tranquilizadora que solo sirvió para preocuparlo más. — Necesito que volvés a la TARDIS. ¿Creés que podás hacerlo?

Rory dirigió su luz hacia el Ángel Lloroso más cercano, el que le cortaba el camino de regreso a la cima de la colina. El cual se alargaba hacia él con ambos brazos. Sí Rory era rápido podría ser capaz de deslizarse y pasarlo. — Haré mi mejor esfuerzo, dijo Rory. — Pero Doctor, aún no me has...

— Entonces ve, le urgió El Doctor. — ¡Ahora! ¡Vamos!

Rory tomó una respiración profunda y se lanzó hacia el Ángel Lloroso. Se concentró en dirigir su linterna eléctrica hacia el rostro de éste y en no parpadear.

Sin previo aviso su pie izquierdo se enganchó en lo que se sentía como un trozo de cuerda, Rory tropezó y cayó pesadamente de frente. Su linterna eléctrica rodó fuera de sus dedos. Por un momento, Rory tuvo la sensación de estar extremadamente frío y húmedo, con su cara y manos empapadas de barro viscoso. Él forzó su vista para mirar a su alrededor pero solo podía ver oscuridad. Extendió su mano desesperadamente, tratando de encontrar su linterna eléctrica. Pero en vez de eso sintió el toque de algo hecho de piedra.

Y entonces, Rory ya no estaba en 2003.

Capítulo 17

— ¡Rory!, gritó Amy. — ¡Rory! ¡No!

Eso había sucedido en un instante. No hubo ni una luz ni un sonido. Rory simplemente había desaparecido en la negrura como una luz que se apagó. Amy dirigió su linterna eléctrica hacia donde lo escuchó caer. La tenue luz surcó un parche vacío de reluciente césped y un Ángel Lloroso alcanzando el suelo con una mano extendida.

El corazón de Amy latía con fuerza. Rory había desaparecido. Su valiente esposo se había ido. Había sido tocado por un Ángel Lloroso.

— Todo está bien, dijo el Rory del futuro, quitándose el Fez. — Él solo ha regresado al 2001. No duele ni un poco. Aunque uno queda con esa especie de gusto a ajo en la boca que lleva años en desaparecer.

— Me estás diciendo, que así fue como terminaste aquí... Amy se volvió y golpeó al Doctor en el brazo. — Vos sabías que esto pasaría.

El Doctor asintió y luego levantó la mirada alarmado. Hubo otro destello de un rayo de luz azul y un retumbo. Pero en vez de desvanecerse, el relámpago permaneció, enviando estelas brillantes de luz zigzagueante a través del césped como serpientes que rebotaban.

— Rory, dijo El Doctor. — ¿Lograste completar mi pequeño encargo?

— ¿Pequeño encargo?, dijo Rory. — ¡Difícilmente diría *pequeño*! ¡Increíblemente complicado sería mejor decir!

— Disculpen, ¿qué encargo podría ser ese?, preguntó Amy.

— Justo antes de que Rory fuera enviado atrás en el tiempo le escribí una nota, dijo El Doctor, lanzándoles miradas a los seis Ángeles que los rodeaban, como si éstos se estuvieran atreviendo a moverse. — Conteniendo instrucciones sobre qué hacer cuando llegara al 2001. ¿Y bien?

— Sí, lo hice, Rory suspiró. — Me tomó cuatro semanas convencer al granjero que no era una broma. Si lo comprendí bien, el interruptor de “encendido” debe estar sobre el terreno en algún lugar alrededor de aquí.

— ¿Cuál interruptor de encendido?, dijo Amy mientras El Doctor y Rory barrían con la luz de sus linternas eléctricas el césped a sus pies.

— ¡Aquí está? ¡Sí! ¡Belleza!, anunció Rory. El rayo de luz de su linterna eléctrica iluminó un grueso cable que se retorció a través del césped. Estaba tan bien disimulado que Amy nunca lo habría notado si ella no hubiera estado mirándolo. Con un vistazo se dio cuenta que ese era el cable con el que Rory... el otro Rory, el que había desaparecido... se había tropezado hace solamente unos segundos antes.

— ¿Qué está haciendo eso allí?, dijo Amy. — ¡Podría alguien decirme *por favor* qué sucede!

El rayo de luz de Rory recorrió a lo largo el cable, hasta donde éste se unía a muchos otros cables en una caja negra con un gran interruptor rojo. Un trabajo muy pesado, el tipo de cosa que uno espera encontrar detrás del escenario de un concierto de rock.

— ¡Encontrado!, anunció Rory jubiloso, antes de dar un grito de susto cuando la luz de su linterna eléctrica iluminó dos figuras blanca inmóviles que estaban de pie una a cada lado del interruptor, sus manos extendidas, mirándolo de reojo de forma burlona. — Oh, Uups.

Los Ángeles Llorones estaban entre ellos y la caja negra. Sea lo que sea que ese interruptor rojo hiciera, no había forma de que ellos pudieran alcanzarlo.



Su corazón palpitaba con fuerza dentro de su pecho, Mark se detuvo para recuperar el aliento cuando alcanzó la puerta del automóvil, tomando profundas bocanadas de aire helado, levantando su cabeza para permitir que la lluvia le enfriara su cara.

Su vehículo todo terreno permanecía en el camino, con sus luces a toda potencia. Mark miró hacia arriba y hacia abajo del camino, pero no encontró signo de ningún vehículo. Pero en un par de minutos, un camión pesado de mercadería descendería acelerando por ese camino hacia él.

Mark limpió sus ojos, húmedos por la lluvia y las lágrimas de dolor y miró atrás hacia el campo. Las linternas eléctricas danzaban en la oscuridad. El Doctor, Am, Rory y el otro Rory el del Fez. Excepto porque parecían ser solo tres ahora. Los Ángeles habían formado un anillo alrededor de ellos, como si ejecutaran un baile en círculo.

Hubo el retumbo de otro trueno y el parpadeo de la luz azul eléctrico.

Las palabras del Doctor hacían eco en sus oídos. — Es Rebeca o nosotros. ¿Y qué había hecho él? Huyó y los dejó morir. Pero eso no es mi culpa, se decía a sí mismo Mark. Él no podía salvarlos, no de los Ángeles Llorosos. No podía.

Esa no era la única cosa que El Doctor había dicho que obsesionaba su mente. Sí él salvaba a Rebecca, entonces de acuerdo con El Doctor él no cambiaría solo el futuro, sino el pasado. Él no perdería solo los largos y solitarios años de pena, sino también todo el tiempo que había vivido con ella.

Porque si ellos nunca hubieran viajado en el tiempo, todo habría sido diferente. Esa noche en la Unión de Estudiantes cuando él la besó en la azotea no habría sucedido. Probablemente no habría ido a Roma con ella, a él nunca le habría sido posible costárselo si su yo futuro no le hubiera dado ese boleto de lotería ganador. Incluso, si él hubiera ido, no habría podido recuperar su billetera luego de que le fue robada y así ellos no habrían ido al Museo Capitolino. Y ellos no habrían estado juntos en el museo de no ser porque su yo futuro, El Doctor, Amy y Rory los encerraron.

Mark reflexionó sobre todos los otros momentos que había vivido con Rebecca. Las más preciosas páginas de su libro de recuerdos. Todas las veces que la había citado para tomar café y discutir los problemas de sus relaciones. El día que se mudaron por primera vez a su primer apartamento juntos. El día de su boda. Y luego aquel momento en que Rebecca había tenido su accidente y ellos pasaron juntos dos semanas en su apartamento mirando videos y DVDs.

La parte más triste de todo era que no había suficiente recuerdos. Él quería más. Él merecía más. Le remordía hasta el alma todas las noches que él trabajó hasta tarde cuando pudo haber estado con Rebecca.

Él daría cualquier cosa, cualquier cosa en el mundo solo por tener una hora más con ella. Tener solo un recuerdo más. Ese había sido el único deseo que lo motivaba, ese ardiente sentimiento de injusticia, lo que lo había impulsado los pasados diecisiete años.

Tenía que hacer que Rebecca regresara. Y si no lo hacía, ¿cuál era la razón? ¿Para qué había sido todo eso?

Pero si todo lo que El Doctor había dicho era verdad, entonces todos aquellos recuerdos le serían arrebatados. Y personas podrían morir. Gente inocente moriría y todo sería por causa de él. Rebecca no querría eso. Ella no querría ser la razón por la que eso sucedió.

Mark volvió a mirar hacia la colina, hacia donde El Doctor y sus amigos estaban rodeados por los Ángeles Llorosos.

— Lo siento, dijo Mark ahogadamente, reprimiendo un sollozo, mientras caminaba hacia su automóvil. — Lo siento, Rebecca.



Rory retrocedió ante los dos Ángeles Llorosos frente a él, moviendo el rayo de luz de su linterna eléctrica de uno a otro. Él retrocedió hacia El Doctor, ocupado en intentar mantener a su propios dos Ángeles Llorosos a raya. — Esto no está bien, dijo Rory. — No puedo alcanzar el interruptor de “encendido.” Lo arruiné y ahora estamos atrapados y probablemente vayamos a morir.

— Esto aún no ha terminado, debo ser capaz de activarlo con esto, dijo El Doctor, con destreza levantó su destornillador sónico. El cual falló en iluminarse o emitir algún sonido. — Oh, esto habría sido mucho más impresionante de haber funcionado en verdad. No, vos tenías razón con lo primero que dijiste.

Hubo otro trueno retumbó y el crepitar de un relámpago. Eso iluminó la cara de los Ángeles. Estaban gruñendo con avidez, con sus afilados dientes a la vista, con sus lenguas colgando, sus frentes surcadas por ceños de odio y sus horribles ojos mirando desde blancas globos de piedra.

Rory los mantenía atrás utilizando la luz de su linterna eléctrica. La luz empezó a disminuir. Rory agitó su linterna eléctrica y la golpeó con la palma de su mano, pero no consiguió que brillara más. — Doctor, las linternas...

— Los Ángeles están absorbiendo la energía, dijo El Doctor. — Lo sé. De allí mi problema con el destornillador.

Rory iluminó con su débil rayo de nuevo a los Ángeles. Ahora estaban a menos de un metro de distancia, estirándose hacia él con sus largos dedos como garras. La luz de las linternas eléctricas era ahora tan débil que él tenía que esforzar sus ojos solo para distinguir la forma de los Ángeles en la oscuridad.

— Rory, dijo Amy. — No creo que pueda contenerlos por mucho... Ella dio un pequeño grito.

Rory se dio vuelta para ver a Amy de pie inmóvil, con sus ojos muy abiertos por el terror, el brazo de un Ángel Lloroso rodeaba su cuello, casi pero no haciendo contacto del todo con su piel. La boca del Ángel Lloroso estaba abierta lascivamente, como la de un vampiro a punto de hundir sus colmillos en su yugular.

— No dejés de mirarlo, Rory, suplicó Amy. No veás hacia otro lado. ¡Y por favor, hagás lo que hagás, no parpadees!

Rory mantuvo sus ojos pegados al Ángel, pero como la luz de su linterna eléctrica se desvanecía, lenta pero irremediabilmente éste desaparecía dentro de la oscuridad.

De pronto el rugir del motor de un automóvil llenó el aire y Amy y los Ángeles Llorosos fueron atrapados por los rayos tambaleantes de un par de faros delanteros que se aproximaban.

Rory no se atrevió a apartar la vista de Amy, no se atrevió a parpadear, incluso mientras escuchó el automóvil acercarse y llegar a detenerse, incluso mientras escuchaba el sonido del portazo y el de alguien corriendo hacia ellos.

— Mark, gritó El Doctor. — ¡Presione el gran interruptor rojo! ¡En el suelo, a sus pies!

¡K-chunk! ¡K-chunk! ¡K-chunk!

Hubo una luz brillante y deslumbrante. Temporalmente cegado, Rory parpadeó.

Cuando miró de nuevo, cuando sus ojos se ajustaron a la luz, descubrió que el Ángel Lloroso no se había movido. Todavía tenía su brazo alrededor del cuello de Amy, pero el hecho de que las luces eléctricas se hayan encendido significaba que el plan del Doctor había funcionado.

Los Ángeles Llorosos estaban aún formaban un círculo a su alrededor, todos congelados en la posición mientras se lanzaban hacia adelante,

aferrándose al aire. Pero en la parte exterior del círculo, a seis metros de distancia, había un segundo círculo de seis poderosas lámparas de halógeno montadas a nivel del suelo, todas brillando hacia adentro.

Y junto a cada una de las lámparas había una cámara de video, en un trípode, apuntado hacia el interior, y junto a cada cámara había un monitor de televisión mostrando seis imágenes de seis diferentes ángulos de los Ángeles Llorosos. Ellos permanecían en medio del anillo de cámaras.

Mark estaba acucillado junto al gran interruptor rojo de “encendido.”

— Todo está bien, El Doctor le aseguró a Amy. — No van a moverse. Con algo de dificultad, él la ayudó a deslizarse fuera del abrazo del Ángel Lloroso.

— ¿Qué fue lo que hiciste?, preguntó Amy una vez que estuvo libre, protegiendo sus ojos del brillo de las lámparas.

— Nada, dijo El Doctor con una generosa sonrisa. — Vos tenés que agradecer a Rory por esto.

— ¿*Rory?*, dijo Amy con incredulidad.

— Sí, bueno, todo en un mes de trabajo, dijo Rory. — Bueno, aunque para ser justos, fue idea del Doctor. Él extrajo la libreta de notas del Doctor de su chaqueta. Dándolo vuelta a la cubierta, le mostró a Amy el contenido; una página de instrucciones casi ilegibles del Doctor sobre qué hacer en 2001, junto con un diagrama de cómo colocar las cámaras de video.

— ¿Pero *cómo fue qué?*, dijo Amy mirando de un Ángel a otro, asegurándose de que hayan dejado de moverse.

El Doctor guardó su linterna en el bolsillo. — Es muy simple. Los Ángeles Llorosos son criaturas que se encierran cuánticamente, significa que solo pueden moverse si no son observados.

— Yo sé eso, vos lo has mencionado una o dos veces.

— Así que lo que hicimos, dijo El Doctor. — Es arreglar las cosas para que cada Ángel Lloroso no solo esté siendo observado, sino que también se observe a sí mismo y a todos los otros Ángeles Llorosos.

Amy miró hacia uno de los monitores. — ¿Me querés decir que esto está mostrando las imágenes de todas las cámaras a la vez?

— Y no hay ningún lugar al que podás ir donde no te mirés en uno de los monitores. Todas las direcciones están cubiertas, dijo Rory. Necesité casi un mes para instalar todo, viajar para localizar el punto exacto, luego convenciendo a una compañía de equipo de video no solo en instalar un arreglo específico de luces, cámaras y monitores, sino hacerlo en una fecha específica, a dos años en el futuro. Y luego tuve que convencer al granjero propietario de la tierra que los dejara hacer esto. Rory solo había logrado tener todo listo la noche anterior a la que se tenía que reunir con El Doctor y Amy. Si algo aprendió durante este tiempo en el 2001 fue esto; es asombroso cuantas personas van a estar de acuerdo en hacer algo si vos estás dispuesto a pagar en efectivo anticipadamente.

Cuando ellos llegaron por primera vez en la TARDIS, él estaba aterrorizado de que El Doctor pudiera llevarlos a la parte equivocada del campo. Pero él no necesitaba tener que preocuparse, porque todos ellos terminarían en el lugar exacto, ya que eso fue lo que hicieron la última vez. Y aunque Rory había atisbado fortuitamente las cámaras, lámparas y monitores porque él sabía hacia dónde mirar, todo estaba muy bien oculto por el césped y no sería visto por El Doctor, Amy, su otro yo... y más importante... por los Ángeles.

— ¿Así que vos llevaste a los Ángeles a una trampa?, dijo Amy.
— ¿Usándonos como carnada?

— ¡De carnada e interruptor! ¡Ellos deberían conocerme mejor, para saber que no me metería en una trampa! El Doctor caminó hacia Mark.
— Regresó, dijo El Doctor con delicadeza.

Mark asintió. Parpadeando para contener sus lágrimas y sollozando.
— Nunca los dejaría morir, no podía.

— Sin embargo, por un momento me había preocupado, dijo El Doctor.

— Doctor, los Ángeles, gritó Amy.

Rory se dio la vuelta para ver a los cinco Ángeles Llorosos empezar a temblar y a desvanecerse como la imagen en una pantalla de televisión durante una interferencia.

— Están demasiado débiles para mantener sus formas corpóreas, explicó El Doctor. — Y como están encerrados cuánticamente, solo les queda una forma de marcharse...

En unos pocos segundos, todos ellos eran transparentes, sus cuerpos de piedra se desvanecían como estática y luego, en un instante, todos desaparecieron.

— ¿Se fueron?, dijo Amy. — ¿A dónde?

El Doctor señaló con su cabeza hacia uno de los monitores. En la pantalla Rory podía ver la imagen temblorosa y granulada del Ángel Lloroso, mirando hacia afuera, hacia él, en blanco y negro, sus manos presionadas contra el vidrio como si estuviera tratando de abrirse paso. Rory miró hacia el siguiente monitor. La historia era la misma. Cada pantalla mostraba un Ángel atrapado detrás del vidrio, una distorsionada masa gris.

— *¡Atrapados en un circuito cerrado!* Esta es nuestra oportunidad. ¡Hagan lo que hago! El Doctor corrió hacia una de las cámaras, la levantó de su trípode, y luego la posicionó de tal forma que daba el monitor a la cual estaba conectada.

— ¿Qué estás haciendo?, preguntó Rory.

El Doctor encendió un interruptor. — Enviándolos al infinito.

El Ángel Lloroso en la pantalla adquirió una fila de idénticos Ángeles fantasmales detrás de él. Después de esto se disolvió en un remolino, como el patrón circular de la niebla que rápidamente se desvaneció hasta la oscuridad.

El Doctor, Amy y Rory repitieron el proceso en los Ángeles restantes. Fue solo cuando ellos llegaron al sexto monitor y descubrieron que estaba en blanco que Rory se dio cuenta que algo estaba mal. — Doctor, uno de nuestros Ángeles Llorosos está perdido.

— ¿Qué?

— Eran seis. Uno de ellos debe haberse escapado.

El Doctor se miró brevemente alarmado, entonces miró hacia el cielo nocturno. No había habido el rugido de un trueno o la luz de un relámpago desde que Mark había regresado. El Doctor se volvió hacia Mark. — Usted movió su automóvil, dijo El Doctor. No va a haber una paradoja. La historia no va a ser cambiada. Eso fue lo que debilitó a los Ángeles...

Mark asintió tristemente y luego volvió a mirar colina abajo. Los faros delanteros de un camión pesado de mercadería brillaban en la oscuridad. Éste aceleró descendiendo por el empinado camino rural, pasando por donde el automóvil de Mark había estado estacionado y dirigiéndose hacia la noche.

Y entonces, solo un momento después, las luces traseras rojas del camión iluminaron la silueta de una figura a la orilla del campo. — ¡Doctor, el Ángel Lloroso!, dijo Rory. — ¿A dónde se dirige?

— A la escena del accidente, dijo El Doctor con tono sombrío. Él empezó a correr colina abajo hacia donde el Ángel había estado situado. — Vamos.



Ellos no vieron el accidente. Pero podían ver las luces de advertencia naranja que se encendían y apagaban, iluminando los setos que se cernían sobre el camino.

El camión había llegado a detenerse a mitad del camino hacia los setos, la cabina se inclinaba hacia un costado, la parrilla del radiador expulsaba vapor, y las luces de advertencia destellaban. El conductor se había desplomado inconsciente sobre el volante.

— Déjenos el conductor a nosotros. El Doctor dio una palmada en la espalda a Mark. — Vaya con ella.

Mark miró a su alrededor deslumbrado, incapaz de asimilarlo todo y luego divisó el automóvil de Rebecca. La fuerza de la colisión lo había enviado al campo contiguo, rodando hasta llegar a detenerse con la parte

superior hacia abajo. El motor arrojaba humo espeso y podía ver el parpadeo revelador de las llamas.

De pie a casi seis metros del automóvil, atrapado en el pálido resplandor naranja de las luces de advertencia, estaba el Ángel Lloroso restante.



Mirando hacia afuera a través del campo, Rebecca se preguntó porqué todo tenía un extraño tono naranja, como si lo iluminará una lámpara de la calle. Su cinturón estaba tan ajustado que difícilmente podía respirar. Ella quería limpiar la lluvia de sus ojos pero sus manos no le respondían.

Ahora eso era extraño. Casi a seis metros de distancia, en el campo, se alzaba una estatua, como la que podría ser hallada en un cementerio o en un museo romano. La estatua era de una joven mujer, con el pelo recogido y una túnica suelta. Tenía dos alas. Un Ángel. La estatua estaba encorvada, con la cabeza enterrada dentro de sus manos como si llorara.

El brillo naranja parpadeó apagándose y Rebecca pensó en las hogueras de su niñez.

La luz naranja parpadeó encendiéndose de nuevo. La estatua del Ángel estaba ahora mirando hacia ella, con sus blancos ojos sin pupilas.

La luz parpadeó apagándose y encendiéndose de nuevo y cada vez la estatua se acercaba más y más, hasta que abarcó todo su campo visual, cerniéndose sobre ella, estirándose hacia ella con sus manos como garras.

Rebecca deseó que Mark estuviera allí.

Y allí estaba. La estatua había desaparecido y Mark había tomado su lugar. Él se inclinó hacia el interior del automóvil y suavemente limpió la lluvia de su cara. Le sonrió a ella con ternura. Ella podía ver que las lágrimas corrían por su cara.

— ¿Pero por qué se veía tan viejo? Su cabello era fino salpicado con partes grises, su piel estaba curtida y sus ojos estaban surcados por patas de gallo. Estos eran los tristes y cansados ojos de un hombre que había sufrido

años de noches de insomnio. Pero aún eran los mismos ojos del hombre del que se había enamorado y que aún estaban llenos de amor por ella.

Rebecca intentó decir su nombre, pero las palabras no llegaron. Quería preguntarle qué estaba haciendo allí. Él debía de estar trabajando en su oficina en Croydon, no allí afuera en las profundidades de Sussex, en el viento y la lluvia con ella.

Ella sintió que él le tomaba su mano y la apretaba. Su piel se sentía tan tibia contra la de ella, como el fuego. Mirando hacia él, a sus tristes y cansados ojos, ella sonrió. Porque Mark estaba allí. Ella supo que todo estaría bien.

Y entonces Rebecca Whitaker ya no sintió más preocupaciones, ni más temores, ni más dolor. Ella fue hacia la muerte con su cabeza apoyada en los brazos de su esposo.



Amy, El Doctor y Mark observaban en un respetuoso silencio como Mark liberaba a Rebecca de su automóvil y colocaba su cuerpo sobre el césped a poca distancia.

Amy resolló y limpió las lágrimas de sus ojos. — Él no podía salvarla.

— Él nunca pudo, dijo El Doctor. — Los Ángeles simplemente le hicieron cree eso, servía a sus propios fines.

— ¿Entonces el tiempo no puede ser reescrito?

— No sin que las personas resulten heridas, dijo El Doctor apenado.

— ¿Qué hay respecto al Ángel Lloroso?, preguntó Rory. — ¿A dónde se ha ido?

— Escapó, El Doctor señaló una caja de metal emplazada en la cerca a un lado del camino a pocos metros donde el camión había llegado a detenerse. La cámara de velocidad reflejaba el brillo de las luces de advertencia del camión mientras parpadeaban encendiéndose y apagándose.

— Pero si él está dentro de las cámaras de velocidad, puede ir a cualquier lugar... dijo Rory. — Tenemos que encontrarlo.

— No hay necesidad, dijo El Doctor. — Ese es el Ángel Lloroso que encontraremos cuando lleguemos por primera vez a 2011. El Ángel atrapado dentro del televisor.

— ¿Te referís, al que envía atrás a Mark, hasta 1994?, dijo Amy.

El Doctor asintió. — En un desesperado intento por romper el bucle temporal. Pero al tratar de cambiar la historia, termina creándola. Un prisionero de su propio pasado.

— ¿Pero por qué esperar hasta 2011?

— ¿Recargando sus baterías? No puede enviar a Mark al pasado hasta que no haya recibido la carta. La carta que creo dejaron en la oficina de Mark hace un par de días atrás.

Otro minuto pasó en silencio, luego Mark regresó. Sus ojos estaban rojos por las lágrimas y su respiración era superficial y débil, como si cada respiración le causara dolor.

A la distancia, a través de los árboles, Amy pudo ver los faros de un automóvil. El conductor que sería el primero en la escena, quien llamaría a los servicios de emergencia.

—Vamos, dijo El Doctor. — Es tiempo de marcharnos.



Mark estaba a punto de abandonar su oficina en Pollard & Boyce, cuando su teléfono móvil timbró. Él revisó el reloj. ¿Quién podría estarlo llamando a las once y cinco de la noche? El sacó el teléfono de su bolsillo. En el identificador de llamadas se leía *Rodney Coles*.

Mark presionó el contestador. — ¿Aló, sí?

—Mark, um, es Rodney. El padre de Rebecca. Él sonaba extrañamente débil y distante, pausando entre sus palabras.

— Rodney. ¿Qué sucede?

— Es... Hubo un largo silencio. — Ha habido un accidente, Mark. Rebecca ha tenido un accidente. Estaba conduciendo a casa a vernos cuando... Hubo otro largo silencio, dejando a Mark escuchando nada más un débil siseo.

Mark tragó saliva y caminó con paso vacilante hasta su escritorio. Él sentía como si estuviera de pie en la cima de un acantilado muy alto, mirando hacia abajo por encima de la orilla. — Ella está bien, creo, ¿cierto? Decíme que está bien.

— Lo siento, Mark, dijo Rodney. — Ella murió. Ella, um, cuando la encontraron, ya había, dijeron, que ya había muerto.

Rebecca estaba muerta. Mark no podía creerlo. Incluso repitiendo las palabras en su cabeza, no podía creerlo. Sintió como si estuviera sofocado. Sus labios se secaron, su corazón se sentía pesado como una piedra y tenía la horrible sensación de que se le retorció el estómago. Sentía como si todo alrededor de él de repente fuera distante e irreal, como si estuviera mirando a alguien más en una película. O un mal sueño del cual podría despertar en cualquier momento.

Pero él no iba a despertar. Mark le habló a Rodney por un par de minutos más pero su mente estaba en otro lugar. La llamada terminó y él se sentó en silencio, mirando hacia la fotografía de Rebecca que tenía sobre su escritorio. La fotografía de ella sentada en el balcón de su habitación en el hotel de Roma, con su vestido de verano, mirando hacia la calle, con el sol de verano haciendo brillar su cabello, con una sonrisa reservada y satisfecha en sus labios. La fotografía que él tomó la mañana después de que ellos estuvieron juntos.

Mark tomó la fotografía, sus manos temblaban. Rebecca estaba muerta. Él la perdió. Nunca escucharía su voz de nuevo. Mark quería gritar. Quería caer de rodillas y suplicar al cielo, por favor, que el tiempo retrocediera. Permitirme retroceder solo una hora, antes de que Rebecca resultara muerta y así poder salvarla. Cualquier cosa, haría cualquier cosa, si solo me dejas retroceder, para que esto no esté sucediendo ahora, para que esto no sea real, para que esto no sea para siempre

Mark sostuvo la fotografía frente su cara para tratar de no llorar, porque sabía que una vez que empezara, nunca podría detenerse.

Epílogo

16 de Abril de 2003

Mark se situó en la puerta techada del muro de la iglesia, El Doctor, Amy y Rory junto a él, sin ser notados por los dolientes en el cementerio. La tumba había sido cavada a la orilla del cementerio, bajo la sombra de un viejo árbol nudoso de tejo. Los portadores del féretro bajaron el ataúd y el vicario dijo la oración de compromiso, su voz solemne y melodiosa era llevada a través del cálido aire de primavera en medio del susurro de las hojas y el canto de los pájaros.

Era el mismo vicario que había oficiado la boda dos años y medio antes. Estaba dirigiéndose a las mismas personas como en la boda; muchos de los dolientes masculinos incluso estaban vistiendo los mismos trajes. Allí estaba Gareth, el señor Pollard y el señor Boyce, Rajeev, Lucy y Emma. Estaban los padres de Rebecca, Olivia y Rodney, ambos se miraban muy cansados, aturridos y perdidos. Y estaba su madre, secándose los ojos con un pañuelo.

Y estaba su yo más joven. De pie junto a su madre, mirando dentro de la tumba, con las lágrimas recorriendo sus mejillas. Mark recordaba el estar allí como si fuera ayer. Aún podía sentir el dolor, como un gran peso presionando su pecho. Pero como él lo recordaba, el día del funeral había sido en un día nublado, sombrío y frío. No recordaba que hubiera tenido lugar en un día soleado bajo un despejado cielo azul.

El servicio terminó, y Mark se volvió hacia El Doctor, Amy y Rory, quienes habían permanecido a su lado en todo momento. Sus ojos brillaban por las lágrimas. Eso debe ser extraño para ellos, pensó Mark. En cuanto al Doctor y Amy concernía, ellos solo se habían conocido hacía unos días. Debe ser extraño y desgarrador viajar en el tiempo como ellos lo hacen. Pero quizás no tan extraño y desgarrador como lo había sido para él.

- Suficiente, dijo Mark. — ¿Podemos regresar ahora?
- Aún no. Aún hay una cosa más que tiene que ver.



8 de Mayo de 1993

La melodía de guitarra de la canción “Two Princes” hacía eco por las puertas abiertas del salón Dunmore de la residencia y en la fresca noche de primavera. Había estudiantes tendidos sobre el césped recién cortado con carpetas de notas y libros de bolsillo. Todos parecían tan jóvenes y despreocupados.

Sonriéndole a todos junto a los que pasaba como si fueran viejos amigos, El Doctor condujo a Mark, Rory y Amy dentro del salón estudiantil. Para Mark era una experiencia desconcertante. Él había pasado sus primeros años universitarios viviendo en ese edificio. Era tanto extraño como familiar, mientras miraba tantos detalles olvidados desde hace tiempo. Los carteles en la pizarra de avisos dando detalles sobre las manifestaciones de la Unión de Estudiantes y el horario de apertura del centro de cómputo.

Una fiesta en el salón estaba en progreso. Desde uno de los extremos del pasillo se podía escuchar el atractivo tintineo del nuevo álbum del grupo Suede. Ellos se apretujaron para pasar a los estudiantes que llenaban el salón y entraron en la cocina. El Doctor le indicó a Mark que mirará a través de la habitación.

Para ver a Rebecca, apoyada contra la pared más lejana, con un vaso de papel en la mano, y una sonrisa sarcástica en los labios. Su largo cabello estaba teñido de negro y vestía una sudadera de una universidad estadounidense.

— Háblele, dijo El Doctor, ajustando su corbata de lazo con alegre movimiento.

— ¿Está seguro? ¿No cambiaré la historia?

— No estoy esperando que le dé una lista de los futuros presidentes de los Estados Unidos.

Mark tomó una respiración profunda y caminó hacia ella, sintiéndose tan consiente de sí mismo como cuando era un estudiante de 19 años de edad. Incluso aunque él ahora tenía 46.

— Hola, le dijo a Rebecca. — ¿Le importaría charlamos un poco?

— No, en absoluto. Ella lo estudió y frunció el ceño. — Estudiante maduro, ¿cierto?

— Sí, algo así.

— Interesante, Rebecca sonrió. — ¿Entonces, de qué quiere hablarme?

Mark le contó todo. Él fue cuidadoso en omitir fechas, nombres y el viaje en el tiempo, pero le dijo todo acerca de la hermosa mujer que él conoció y se enamoró hacía veintisiete años antes, quien, después de muchos falsos inicios y virajes equivocados, se había convertido en su esposa. Le dijo lo felices que habían sido juntos. Y le contó como su esposa había sido muerta en un accidente de tránsito y como desde entonces, no pasa una hora sin que pensara en ella.

Rebecca escuchó con mucho interés. — Ella suena grandiosa, esta... ¿cuál era su nombre?

— Um, Rebecca, en realidad.

— Espeluznante, ese es mi nombre. Rebecca le hizo una mueca al contenido de su vaso. — Aunque nadie me llama así y vive. Entonces, ¿cuánto tiempo ha pasado desde su muerte, si no le importa que pregunte?

— Diecisiete años.

— ¿*Diecisiete años?*, repitió Rebecca asombrada. — Vaya, mucho tiempo.

— No es tanto.

Rebecca hizo una pausa para considerar cuidadosamente las próximas palabras. — Dígame que me calle si estoy hablando de más, pero, bueno, todo lo que me ha dicho ha sido acerca de *usted*, de cómo se siente. ¿Nunca se ha puesto a considerar lo que Rebecca habría querido de todo esto?

— ¿Lo que *Rebecca* hubiera querido?

— ¿Querría ella que usted fuera miserable por el resto de su vida?

¿Querría ella que usted pasara todo su tiempo, deseando lo que pudo haber sido? No.

— ¿No?

— No. Ella querría que usted fuera feliz. Querría que usted encontrara a alguien más, alguien con quien ser feliz. Eso es lo que yo querría si fuera ella.

— No estoy seguro de poder.

— No lo sabrá hasta que lo intente. Esa es *una orden*. Rebecca le sonrió irreverentemente, mientras lo miraba con ojos brillantes y le acariciaba suavemente la mejilla. — Hágalo por mí.

Mark la miró por un segundo, y quedó mudo. Su mejilla le hormigueaba. Luego se volvió hacia la puerta, donde El Doctor, Amy y Rory estaban aguardando. — Gracias, dijo Mark. — Lo haré.

— Encantada de servirle.

Mark regresó donde El Doctor y sus amigos, quienes lo miraban inquisitivamente. ¿Había obtenido la respuesta que buscaba? Mark asintió.

— Siempre tendrá los momentos que vivió con Rebecca, El Doctor le dijo. — Nadie podrá arrebatárselos.

— Lo sé, dijo Mark. — Ahora lo sé.

— Entonces creo que es tiempo de decir adiós.



Bex miró al hombre que abandonaba la cocina. Parecía un hombre encantador, tan dulce y tan triste. Había sido extraño, hablar con él, fue como si ambos se conocieran de años. Ella esperó que siguiera su consejo y encontrara a alguien.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por un grito de indignación proveniente del salón. Un joven que ella nunca había visto antes entró tropezando en la cocina, con su cuello y su camiseta empapados de vino tinto. Él se veía tan ridículo. Bex no pudo evitar reír. — ¿Podría creer esto?, murmuró en respuesta a su diversión. — Un estúpido tipo con chaqueta de tweed, simplemente me empujó, haciendo que me regara el vino encima.

— Sí, dijo Bex con simpatía. — Puedo verlo.

— Esta es, mi mejor camiseta, sabe. Arruinada.

— No, la mancha puede salir si la pone en agua caliente de inmediato. Bex le señaló el fregadero de la cocina con su vaso de papel. — Pero tiene que ser de inmediato.

El joven suspiró y tiró de la camiseta sobre su cabeza. Dándole a Bex la oportunidad de admirar su pecho desnudo. Para un tipo flaco, estaba sorprendentemente bien definido.

Él puso su camisa en el fregadero y la pasó bajo el grifo de agua caliente. Mientras trataba en vano de remover el vino, Bex lo estudió. Tenía cabello corto castaño, con gel y usaba anteojos estilo Jhon Lennon. Era bastante lindo y había algo familiar en él.

— Oye, acabó de conocer a tu padre, dijo Bex.

— ¿Qué?

— Estaba hablando con un tipo que se parece a vos, pero más viejo.

— ¿En serio?, dijo el joven. Tendrás que enseñármelo. Él revisó su camiseta. — Bueno, creo que le he sacado la mayoría. Él se volvió hacia ella. — A propósito, soy Mark. Mark Whitaker.

— Bex Coles.

— Buen nombre. Mark la miró, como si estuviera a punto de hablar, pero no encontró palabras. Bex trató de no reírse en voz alta por su torpeza. — Um, sí, er, ¿supongo que no te gustaría, ya sabes, salir alguna vez?

— ¿Cómo qué tipo de cosa tenés pensado?

— Bueno, está esa banda en el Whip-Round la semana próxima, he escuchado grandes cosas de ella. Aparentemente van a ser más grandes que Suede o Blur.

— ¿En verdad? ¿Cómo se llama?

— Echobelly.

— Entonces, tendré que tomar nota de eso, dijo Bex. — Entonces, ¿no tenés novia?

Mark hizo una pausa para responder. — No. ¿Y vos?

— No. Y tampoco tengo novio.

— ¿Entonces? ¿Te gustaría ir conmigo a eso?

— Sí, porque no.

Bex escuchó a alguien entrar y dio la vuelta para ver a su novio Dennis McCormack de pie en la puerta, vistiendo, como era usual, una chaqueta ridículamente formal que mostraba cuánto sobrepeso tenía. — Hola, bebé. ¿Sorprendida, sí? Él echó un vistazo a Mark de pie en el fregadero y sin camisa. Esto confundió a Dennis. — ¿Por qué no tenés puesta una camisa?

— Vino tinto, explicó Mark.

— Ah, bien, dijo Dennis, regresando su atención a Bex. — De todos modos, resulta que la cena de la sociedad de debates estaba muerta, así que pensé, Dennis, no debés hacer esperar a la señorita. Con eso, él la besó en los labios y atacó su boca como si fuera a lamer un sobre antes de cerrarlo.

Cuando Dennis finalmente le permitió tomar aire, Bex notó que se había unido a ellos una chica con pecho abultado y cabello castaño corto con un marcado estilo garçon.

— Hey, Mark, dijo la joven dándole un beso en la mejilla. — ¿A quién le estás hablando?

— Um. Esta es Bex, dijo Mark. — Y...

— McCormack, Dennis, dijo Dennis estrechando la mano de Mark vigorosamente.

— ¿No vas a presentarme, Mark?, increpó la joven.

— Oh. Sí. Esta es Sophie, mi, um, novia, dijo Mark.

— Encantada de conocerte, dijo Bex.

— ¿Por qué no tenés puesta tu camisa?, Sophie le preguntó a Mark.

— Vino tinto, explicó Dennis.

— Bueno. No podemos tenerte por aquí medio desnudo, ¿cierto?, dijo Sophie tomando la mano de Mark. — Vamos, encontraremos otra camiseta. Ella lo guió fuera de la cocina. Bex los miró marcharse, pensando que era una pena que Mark tuviera novia y que ella tuviera un novio. Si ambos estuvieran libres, eso podía haber sido el principio de algo.



La mejilla de Mark aún hormigueaba cuando entró caminando a la TARDIS. El Doctor bailó alrededor de la consola, oprimiendo interruptores y luego de unos pocos segundos, la columna central empezó a elevarse y a descender.

La sensación del hormigueo se esparció de la mejilla de Mark a través de su cara y descendió por su cuello. Le picaba con alfileres y agujas.

— Doctor..., dijo él.

El Doctor miró hacia él y retrocedió asombrado. — Oh, mi... él miró fijamente a Mark como si hubiera algo malo en su cara.

— ¿Qué sucede?, preguntó Mark tocándose la mejilla. Su piel se sentía extraña. Más suave, más lisa. Él se volvió hacia Amy y Rory, quienes estaban boquiabiertos del asombro. — ¿Qué pasa?

— Amy, dijo El Doctor. — ¡Un espejo!

Amy sacó un pequeño espejo de mano de su abrigo y se lo dio a Mark. Él lo levantó para estudiar su reflejo. La cara que miraba no era la de un

hombre a finales de sus cuarenta. Era la cara de un hombre mucho más joven, un hombre que se estaba volviendo más joven a cada momento. Mientras observaba las líneas alrededor de sus ojos desaparecieron, su cabello se volvió más grueso y el cabello gris se volvió castaño.

La sensación de hormigueo continuó descendiendo por sus brazos hasta terminar en sus dedos. Mark vio como las arrugas de sus manos desaparecían. La sensación se esparció hasta sus pies y entonces se desvaneció.

— Cuando Rebecca tocó su cara ella cortocircuitó la diferencia temporal, explicó El Doctor con toda naturalidad. — Ella le ha regresado los últimos nueve años de su vida. Usted es de la misma edad que cuando nos conocimos. Será como si usted nunca hubiera pasado esos años en el pasado.

— Pero aún puedo recordarlos.

— Y bien que sucedieron, sonrió El Doctor. — Es solo que usted no es ni un día más viejo, eso es todo.

Mark regresó el espejo a Amy, apenas capaz de creerlo. Era un hombre joven de nuevo. Bueno, de 37 años de edad. Y todo lo que se había necesitado era un toque de la mano de Rebecca.



14 de Octubre de 2011

Era una noche lluviosa y fría, justo como la noche cuando él conoció por primera vez al Doctor, Amy y Rory. Las calles estaban salpicadas con charcos y el trueno retumbó a la distancia. La TARDIS se había materializado a unos pocos minutos de distancia de su apartamento, y justo cuando ellos estaban dando la vuelta a la esquina, El Doctor les ordenó mantenerse atrás y permanecer fuera de la vista. Asomándose desde detrás de un contenedor de reciclaje, Mark pronto descubrió la razón.

Sobre la acera estaba una caseta azul de policía y de pie en la entrada del edificio de apartamentos él pudo ver a *otro* Doctor, a *otra* Amy y a *otro*

Rory. Los vio darse prisa en entrar a la TARDIS. Segundos después se desvaneció de la vista con un cortante gemido.

— Muy bien. Se han ido, dijo El Doctor, enderezándose y estirando sus manos. Ellos caminaron los pocos metros que conducían al camino que llevaba a la entrada, entonces El Doctor se detuvo. — Bueno, es más o menos aquí donde empezamos. Hace una semana usted fue tocado por un Ángel Lloroso.

— ¿Una semana? Mark se palpó sus bolsillos. — Oh, aguarden un minuto...

Rory sonrió y le entregó las llaves de la casa. — Las he estado cuidando por usted. Salude a la señora Levenson de mi parte, yo he, um, estado viviendo allí durante una semana.

— Bien, dijo Mark.

— Oh, y se acabó la leche, agregó Rory. — Y el té. Y el pan. Y el papel de higiénico.

— Gracias, dijo Mark volviéndose hacia Amy. — Gracias por todo.

— Fue un placer, dijo Amy con una afectuosa sonrisa.

— Adiós, dijo El Doctor. — Y buena suerte en el, um, futuro. Dónde, afortunadamente, las reglas del tiempo dicen que usted puede hacer *lo que sea* que quiera. Él le sonrió y le dio a Mark una palmada en el hombro y dio la vuelta para marcharse. Rory estrechó la mano de Mark y Amy lo besó en la mejilla, y luego los tres se alejaron caminando, de regreso por la calle hacia la TARDIS.

Mark subió caminando las escaleras hasta la entrada. Hizo una pausa antes de deslizar la llave en la cerradura. Justo como lo había hecho la semana anterior, nueve años antes.

Estaba de regreso en 2011, pero ahora las cosas serían diferentes. Él aún era dueño de las propiedades, bienes y acciones de Harold Jones. Él aún era un multimillonario. No tenía que volver a su trabajo en Pollard & Boyce si no deseaba hacerlo. Podía hacer cualquier cosa que quisiera.

Lo primero que haría, él decidió, sería ir y ver a Lucy y a Emma. No las había visto durante años, sabía que no les importaría si aparecía de la nada y pasaba la noche hablándoles acerca de Rebecca. No porque él quisiera hablar de su muerte o de cuanto la extrañaba, sino porque deseaba recordarla y celebrar su vida con sus amigos, porque su recuerdo ya no lo hacía sentirse triste.

Seguiría el consejo de Rebecca, Mark decidió, y encontrar a alguien. ¿Pero dónde buscar? No tenía ni la más remota idea. Pero sería divertido averiguarlo.

Mark abrió la puerta y entró al edificio de apartamentos, listo para empezar a vivir el resto de su vida.

FIN